



Un te quiero no es
para tanto
Un te amo es para
siempre

ÁNGELA MARTÍNEZ

**Un te quiero, no es para tanto.
Un te amo, es para siempre.**

© *Ángela Martínez*

Título: Un te quiero, no es para tanto. Un te amo, es para siempre.

Primera edición: Julio 2019

© 2019 Ángela Martínez.

© Derechos de edición reservados.

Diseño de cubierta: Roma García.

Corrección: Luis Solís.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

***Un te quiero, no es para tanto.
Un te amo, es para siempre.***



*«Amar no es mirarse el uno al otro;
es mirar juntos en la misma dirección».
Antoine de Saint-Exupéry.*

© *Ángela Martínez*

Quiero dedicar esta primera novela a mis ángeles de la guarda: Ángel,
Miguel, Fina y Mónica,
por protegerme desde el cielo.
A mi madre y a mis hermanos.
A mis sobrinas.
A mi marido y a mis hijas.
Os quiero.

Sinopsis

Roberto es un abogado de treinta ocho años que pierde a su mujer como consecuencia de una grave enfermedad. Decide darle un giro a su vida y deja la abogacía para dedicarse plenamente a criar y disfrutar de sus hijas.

Un par de años después recibe una llamada que le hace replantearse volver al trabajo.

Una cena importante y una canguro que no puede ir. El caos se desata cuando esta le pide a su amiga Rosa que la sustituya esa noche, sabedora de que encajará a la perfección con las niñas y con el... ¿padre?

Una vida nueva para Rosa y Roberto está por llegar.

Tres cartas, un nuevo trabajo, un jefe comprensivo y sobre todo... ¿un nuevo amor?

Agradecimientos

Tengo tanto que agradecer que no sé por dónde empezar.

En primer lugar, quiero dar las gracias a la mujer más importante de mi vida; mi madre (Mami Pepi). Gracias por apoyarme siempre en todas mis decisiones y creer en mí en todo momento. Te quiero, infinito y más allá.

A mi marido José A., por el infatigable apoyo que recibo todos los días de su parte: sus críticas hacia la novela, sus consejos y sus ganas de que siga hacia delante. Por su culpa he acabado escribiendo. Gracias por ayudarme a hacer realidad esta locura. Te quiero, pero no es para tanto. Es para siempre.

A mi hija mayor Paula, por ser mi DJ particular y aconsejarme qué canciones poner dentro de la novela. Te quiero, preciosa.

A mi hija pequeña Marta, por poner nombre a mis protagonistas y prestarme el suyo para uno de mis personajes. Te quiero, preciosa.

A Amanda y Álex, mis hermanos, por confiar en mí, y a mis sobrinas, Claudia y Valeria, por prestarme sus nombres. Sois los mejores del mundo mundial.

A mis cuñadas: Raquel, por el entusiasmo que ha puesto al leer mi novela, e Inés por engancharme a la lectura de la forma en la que lo hizo. ¿Quién nos iba a decir que acabaríamos así? ¡Has creado un monstruo! ¡Ja, ja!

A mi tía Yolanda, por ser una de mis lectoras cero y por sus consejos. Cada capítulo que le mandaba me decía: «Nena, ¿de dónde sacas todo eso?». Gracias por aportar tus ideas y tus risas telefónicas. Te quiero mucho.

Gracias a Anna por dejar que le ponga su nombre a una de las amigas locas de Rosa. Porque algo de loca también tienes. Eres genial.

Tengo que agradecer a todas las personas tan maravillosas que me he ido encontrando a lo largo de este camino.

A Eve Romu, por hacer el *booktrailer*, *banners* y *teaser* de mi novela. Son espectaculares, pero tú lo eres más. Gracias por tus mensajes de voz diciéndome lo que tenía que publicar y también por estar pendiente de mí. Gracias por hacerme sentir especial.

A Roma García, por esa portada tan preciosa que, aun estando de exámenes, siempre ha tenido un hueco para mi novela y para mí. Gracias por todas las muestras que has creado, por tu simpatía al tratar conmigo y tus ganas de hacer

las cosas bien. Has hecho un gran trabajo.

A Luis Solís, por el esfuerzo y la dedicación que ha hecho al aceptar, leer y corregir mi novela con todo el afecto del mundo. Gracias por todas tus palabras de cariño que he ido recibiendo a lo largo de este tiempo. Gracias por todos tus consejos literarios y los que no lo son. Eres un gran profesional.

A mi lectora cero Beatriz Belmonte, por su sinceridad en todo momento. Gracias por acompañarme en mis principios.

A la autora Susy Hope, por todas las conversaciones telefónicas y mensajes de WhatsApp que hemos tenido en todo este tiempo. Gracias por tus consejos y los buenos ratos de risas que hemos echado. Gracias por vivir la publicación de mi novela como si fuera la tuya propia. Te quiero mucho.

He querido dejar a esta GRAN PERSONA para el final, porque sin ella esto que habéis leído no hubiera sido posible sin su ayuda. Mi querida hada madrina (es así como la llamo) Carmen Romero (Carmen RB). La conocí por casualidad en las redes sociales y en persona lo hice en el Encuentro de Romántica de Armilla (Granada) de marzo de 2019. Nos bastó solo un rato y una foto para saber que congeniaríamos para siempre. En cuanto le dije que estaba escribiendo una novela de momento me dijo: «Pásamela y te comento». Yo no podía creer que una escritora como ella me estuviera pidiendo eso. Pero me tiré a la piscina y así lo hice. Al cabo de unos días me contestó con algunas correcciones y un «Me encanta. Quiero másss». Y ahí siguió mi aventura de continuar esta travesía en la que me he embarcado. Ha sido mi lectora cero, mi editora, mi correctora, lo ha sido todo. Ella siempre me dice que: las gracias son para las monjas. Así que, aunque no le guste que se las dé, lo voy a hacer.

Gracias por toda la ayuda que me has regalado. Quiero pedirles perdón a tu marido e hijos por ese tiempo que les he robado a su esposa y a su mami. Gracias por todos tus consejos, por cogerme a tiempo antes de caer, por tus «eso no me gusta, suena raro cámbialo».

Gracias por tus conocimientos informáticos. Gracias por ayudarme a conseguir mi sueño. Podría escribir un millón de páginas diciendo gracias y no serían suficientes para agradecer todo lo que has hecho por mí.

TE QUIERO MUCHO, HADA MADRINA.

Y quiero hacer una especial mención para ti lector o lectora, por elegir mi novela y darle una oportunidad a esta historia que con tanto cariño e ilusión he escrito. Gracias por dedicarle tu tiempo.

Finalmente, agradecer a todas las personas que pierden un poquito de su tiempo en dar un «me gusta» o hacer un comentario todos los días en las redes sociales cuando ven algunas de mis publicaciones. A vosotros...

GRACIAS DE TODO CORAZÓN.

Índice

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

Capítulo uno

La sustitución

Estoy en mi despacho revisando la documentación que mi tía Yolanda me ha dado para llevársela a mi padre. Su nombre es Arturo Villafranca y es el socio mayoritario de la notaría más importante de Madrid.

Nuestros habitáculos están uno al lado del otro. Soy notaria y abogada. Trabajo con y para mi padre. Me encanta mi trabajo. Estamos situados en la última planta del edificio. También hay una tercera estancia, pero ahora está vacía, porque Fernando se acaba de jubilar por enfermedad. Al pobre le ha vuelto a dar otro infarto de miocardio y con los años que lleva trabajando ya se puede tomar un merecido descanso. Así que tenemos ese despacho vacío y espero que no sea por mucho tiempo. Desde que Fernando se ha ido tenemos más trabajo y la verdad sea dicha mi padre y yo no nos damos abasto. Tenemos más personal trabajando con nosotros, pero toda ayuda es poca. Desde mi lugar de trabajo observo a través de la ventana cómo pasa la gente siempre con prisas, con estrés, aunque desde aquí arriba parecen pequeños puntos negros.

Me dejo caer en el sillón rendida, cierro los ojos por un instante, repaso mentalmente todas las cosas que me quedan aún por hacer cuando suena mi teléfono; descuelgo y me dice la secretaria que es mi padre. Le digo que me lo pase y le doy las gracias. Estela es un amor de chica.

—¡Buenos días, papá!

—¡Buenos días, Rosa! Necesito la documentación de tu tía. Debemos dejar este asunto zanjado para hoy, porque si me vuelve a preguntar otra vez cuándo podrá empezar con la obra no sé de qué seré capaz de hacer.

Lo escucho reír por lo bajo y yo me río con él.

—No te preocupes, en un ratito te la llevo.

—De acuerdo, pero no tardes, porque también quiero presentarte al nuevo socio que trabajará con nosotros a partir del lunes. Ya que no has podido estar presente en las reuniones para su contratación, quiero que lo conozcas de una vez.

—¡Perfecto! Terminó unos asuntos y en seguida nos vemos.

Una vez finalizada la conversación con mi padre vuelvo a revisarlo todo de nuevo. Mi tía quiere abrir el *Books and Coffee*. Será un local donde se podrá ir a leer y escribir mientras tomas un delicioso café o té. Su pareja es Nacho; es asturiano. Yolanda, en uno de sus viajes a Asturias, perdió la maleta y él amablemente la ayudó a encontrarla. Ella, que es muy agradecida, quedó un día con él para tomar un café... Y una cosa llevó a la otra... Y ese agradecimiento quedó en una noche de locura y pasión. Volvieron a quedar algún día que otro hasta que, pasado un tiempo, se dieron cuenta de que no podían estar el uno sin el otro y se vinieron a vivir juntos a Madrid. Él la ayudará en el nuevo negocio. Estará dividido por zonas: Romántico—erótica, terror, cómica... Vamos, que habrá de todo lo que cada persona quiera leer. Los sábados por la tarde—noche se organizarán espectáculos como monólogos y conciertos, y también asistirán autores y autoras con sus últimos libros de la talla de Carmen RB, Judith Galán, Dani Vera, Gema Tacón, Susana Rubio, Elisa Mayo, Yolanda García, Susy Hope, entre otros, para que puedan presentar sus libros. Será todo un éxito; estoy segura de ello.

Me dispongo a salir cuando es ahora mi móvil el que empieza a sonar. Veo en la pantalla la cara de mi loca amiga Bea. Descuelgo y un grito ensordecedor hace que mis tímpanos se resientan.

—¡Rosa! —Mi amiga me grita de alegría.

—¡Bea, por Dios, cualquier día vas a matarme de un susto! ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Necesito un supermegahíperfavor!

«¡Uy, uy, uy! Me temo lo peor», me digo a mí misma.

—¡Ay, Rosita! He conocido al amor de mi vida. Se llama Ian. Es el nuevo profesor de inglés de mi instituto. Se parece muchísimo a Nick Bateman y tú mejor que nadie sabe lo que a mí me gusta ese hombre. ¡Es su doble! Pero lo mejor de todo es que me lo han asignado a mí para que le explique cómo funciona el instituto. He quedado esta noche con él para cenar y enseñarle los encantos de Madrid y, de paso, mis propios encantos, si se deja, ¡ja, ja, ja!

Siento que se descojona mi amiga sola. No tiene remedio la jodía. Bea es una mujer morena, de ojos color miel, un metro sesenta y cinco de estatura y unas curvas matadoras.

—Rosa, amiga, ¡es el amor de mi vida!

—¡La madre que te parió!

—¡Ja, ja, ja! —Ríe de nuevo.

—Rosa, te lo juro, ha sido un flechado.

—Vamos a ver, pedazo de loca —consigo decir, por fin—. Primero: buenos días. Segundo: eso de que es el amor de tu vida ya lo veremos, porque como sea igual que todos los otros amores, vamos apañados. No quiero verte sufrir más, Bea. Y tercero: ¿no podrías habérmelo dicho a la hora de la comida o luego, en casa? Mi padre me va a matar si no me presento en su despacho ya. Y cuarto: ¿cuál es ese favor tan grandísimo que debo hacerte? No querrás que se la sujete mientras te empotra, ¿no?

Empiezo a reírme como antes lo hizo ella.

—¡Joder, Rosa! A veces puedes llegar a ser más bruta que yo —me dice algo más seria y eso me hace gracia—. Aunque estaría bien que se la sujetaras, ¡ja, ja, ja!

Eso me pasa por hablar.

—Podrías alegrarte por mí.

—¡Pues, claro que me alegro, loca! Y espero que tus encantos le encanten. —Se hace un pequeño silencio y luego soltamos unas carcajadas enormes.

—Bea, tengo que dejarte, después seguiremos hablando. —Pero antes de colgar me dice de nuevo—. Rosa, necesito el favor, de verdad.

¡Anda! Es verdad, no me lo ha contado aún.

—A ver, dime —le digo para que me lo suelte ya y me deje continuar con mi trabajo.

—Verás... —Venga, ahí viene—, esta noche tengo que cuidar a las niñas del amigo de mi madre. Él es viudo y normalmente es la abuela quien se queda con ellas. Pero en alguna que otra ocasión eso no ha sido posible y he sido yo quien las ha cuidado. Y como he quedado con Ian he pensado que tal vez tú...

Ay, Dios mío, que me lía...

—...que tal vez tú podrías sustituirme por esta noche.

Lo hizo. Me lio.

—¿Qué?! —le respondo con voz de «te voy a matar».

—Rosa, que yo sepa, esta noche no tienes plan. Y a ti que te gustan tanto los niños y se te da tan bien... No hay más que verte cuando estás con tus sobrinas.

«No me lo puedo creer», pienso para mí.

—Tía, Bea, ya te vale.

—¡Por fi, por fi! —empieza a rogarme, y cuando empieza así es mejor no

llevarle la contraria. Así que no le doy más vueltas y acepto lo que me propone.

—Está bien, voy.

—Mira, he ido unas cuantas veces y las niñas son adorables. Además, se te da superbién hacer de canguro, porque he podido comprobarlo cuando tu hermana te pide que cuides de tus sobrinas y francamente, tienes instinto maternal.

—¡Calla ya, loca! Ya te he dicho que sí, pesada. —Vuelvo a poner los ojos en blanco y como siga así voy a acabar pareciéndome a la niña del exorcista.

—¡Yupi! —La oigo decir a través del móvil.

—Eres un bicho malo, ¿lo sabías?

—Sí, por eso me adoras. —Unos segundos de silencio y las dos nos echamos a reír como locas.

—Bea, ¿el padre de las niñas sabe que voy en tu lugar?

—Uhm, sí, ¡ja, ja, ja!

—¡¿Qué?! O sea, que ya lo habías hablado con él antes de preguntarme a mí, ¿no?

—El que no arriesga no gana. Y yo he arriesgado y he ganado.

—Y la que no corre vuela y veo que has volado, pero ya, ya pagará el francés el vino que se bebió.

—¿Qué pasa? ¿Qué te has tragado todo el refranero español hoy o qué? —me dice a risotada limpia.

—De verdad, no tienes remedio —la reprendo.

—Le dije al padre de las niñas que esta noche no podía ir y que irías tú. Le he hablado muy bien de ti y está encantado con la idea. También le he dicho que eres una persona muy responsable, que tienes un trabajo bastante serio, el cual pertenece a la abogacía, y que no podían estar sus hijas esta noche en mejores manos. Creo que él también se dedica a algo de eso.

—Un poco más y le cuentas de qué color me pongo las bragas.

—Bueno, eso se lo cuentas tú, si quieres, porque el hombre está de toma pan y moja.

—¡Serás guarra! —le digo riéndome.

—Pues, ya te contaré si se lo he dicho o no. Tengo que dejarte o mi padre me echará y mi siguiente trabajo será el de estar en la cola del INEM.

—¡O también puedes hacer de canguro, ja, ja, ja!

—¡Ya te vale, cabrona! —Y sigue riendo como una descosida.

—¡Vale, guarri! ¡Eres la mejor del mundo mundial! —me dice la muy sinvergüenza y cuelga.

Con la sonrisa en los labios dejo el móvil encima de la mesa y salgo corriendo hacia el despacho de mi padre mientras pienso en el marrón en que me ha metido mi amiga Bea. Ella es una de mis mejores amigas, junto con Anna. Las tres nos conocemos desde que íbamos al colegio y ahora vivimos juntas aquí, en Madrid. Veo a Valentina haciendo aspavientos con la cara y las manos; me indica que mi padre lleva un buen rato esperándome. Me apresuro, toco la puerta y me hace pasar.

—Buenos días, Rosa.

—Buenos días, papá, siento mucho el retraso, se me complicó un asunto, pero ya lo he solucionado —miento un poquito.

—Maravilloso, como debe ser.

Cuando me acerco a su escritorio veo una silueta casi perfecta en el gran ventanal del despacho. Me quedo ensimismada al ver tal cuerpo hasta que mi padre me hace salir de ese estado llamando mí atención.

—Rosa, ven por favor, quiero presentarte a alguien. Él es Roberto Martínez, el nuevo socio de nuestra notaría. Él será quien ocupe el despacho de Fernando, el que está frente al tuyo.

—Buenos días, soy Roberto. Encantado de conocerla, señorita Villafranca.

Me tiende su mano para que se la estreche y yo me quedo de piedra al ver tal monumento frente a mí. Es un hombre alto, sobre el metro ochenta, de pelo negro corto, ojos verdes, bien afeitado y una voz tan profunda que te quita todo el sentido. En ese momento reacciono como puedo y le tiendo mi mano. Cuando siento su contacto algo me ocurre que me da un escalofrío por todo mi cuerpo, desde la punta de mis dedos hasta mis partes más íntimas. El saludo dura un poco más de lo habitual y es algo que los dos notamos y nos soltamos rápidamente.

—En... encantada, señor Martínez, digo tartamudeando. Si necesita algo, no dude en pedírmelo, y si está en mi mano, le ayudaré.

—Estoy seguro de ello —me responde otra vez con esa sonrisa que derretiría hasta el mismísimo polo norte.

—Papá, aquí tienes la documentación del Book and Coffee.

—Perfecto. Déjala en mi mesa.

Dejo la documentación encima de la mesa de mi padre. Cuando voy a salir,

este me dice:

—Rosa, por favor, ¿serías tan amable de acompañar a Roberto a su despacho?

«¿En serio?», pienso para mí. No sé si voy a poder llegar hasta ahí sin desmayarme. ¡Por el amor de Dios, es la perfección personificada! Pongo cara de circunstancia. Mi padre se da cuenta y con su mirada me ruega que lo haga sin rechistar. Lo miro asintiendo con la cabeza y él suelta el aire que tenía acumulado por si me ponía a discutirle delante de nuestro nuevo fichaje. No puedo negarme, aunque quisiera, porque es mi padre y también mi jefe; y donde manda patrón, no manda marinero.

—Claro que sí, me pilla de camino. —Mi gran jefe me mira con cara de alivio, haciéndome saber que, por primera vez, le he hecho caso sin protestar. «Que no se acostumbre», pienso esbozando una leve sonrisa.

Salimos del despacho y, tras cerrar la puerta, el que creo que va a ser mi perdición me habla.

—Discúlpame, Rosa, ¿te importa si nos tuteamos? Ya que vamos a pasar tanto tiempo el uno junto con el otro, pienso que nos sería más fácil a la hora de trabajar.

—Me parece bien —le respondo sin más.

—Tu padre me ha hablado mucho de ti.

Lo miro con cara de sorpresa y le digo.

—Espero que haya sido todo bueno, aunque conociéndolo... seguro que ha sido así.

—Todo bueno. Y por lo que me ha contado, creo que vamos a formar un buen equipo.

—Eso espero —le respondo—, porque yo solo trabajo con los mejores, y si estás aquí es porque tienes que ser muy bueno en tu trabajo. —«Y estás muy bueno, por lo que veo», aunque eso no se lo digo.

Se queda callado mirándome fijamente a los ojos. Una vez que hemos llegado al que será su nuevo despacho me dice.

—Que no te quepa la menor duda de que no solamente soy bueno en lo mío, soy el mejor en todo.

Y con esa sonrisa que está empezando a ser un sufrimiento para mí, entra en su nueva estancia y cierra la puerta. Me quedo con una cara de boba y una impotencia tan llena de rabia que no sé qué hacer.

Así que me voy para mi lugar de trabajo y no me demoro en llegar, ya que

mi puerta está justo en frente de la del señor don Soy el mejor en todo. Entro y me pongo a recibir a los últimos clientes del día de hoy. En cuanto termino, paso por el despacho de mi padre para despedirme y marcharme a casa para comer algo y descansar un poco antes de ir a mi jornada de canguro que, gracias a mi amiga Bea, tengo esta noche.

Por fin, llego a mi maravilloso hogar. Me dirijo a la habitación para soltar mis cosas, quitarme estos zapatos de tacón que, aunque me encantan, cuando estoy más de ocho horas con ellos empiezan a ser insufribles. Por último, me daré una ducha relajante bajo los chorros de la columna de hidromasaje que tengo instalada en el baño y que tanto estrés me quita. Nuestro ático dúplex es maravilloso y enorme, lo que nos permite tener a cada una nuestra intimidad sin invadir la de las demás. Bea no está en casa y Anna sigue de viaje visitando a sus padres, ya que ha cogido unos días libres en su trabajo. Es organizadora de conciertos y eventos de artistas. Ella es una rubia de pelo largo, muy atractiva. Es un pelín más alta que Bea y al igual que esta tiene un cuerpo muy bien esculpido.

Cuando nos juntamos las tres para ir de marcha parecemos *Los Ángeles de Charlie*. Una rubia, una morena y otra pelirroja. Anna ha recorrido medio mundo, por lo que hay épocas en que casi no la vemos aparecer por casa.

Salgo de la ducha y me pongo algo cómodo para estar en casa. Me preparo de comer y me tumbo en el sofá a ver un rato la tele y desconectar del mundo. Sobre todo, de cierta persona que no tendré que ver hasta el lunes, gracias a la Virgen, al cielo y a todos los santos. Cierro los ojos y me pego la siesta del siglo. Madre mía, me ha sentado como una patada en todo el «pepe». Río sola en medio del salón, porque si mi loca amiga me escuchara decir «pepe» se descojonaría de mí en toda mi cara.

Miro la hora en mi móvil y veo que tengo un mensaje de Bea indicándome la dirección y la hora a la que tengo que estar en casa de las niñas a las que voy a cuidar esta noche.

Le mando un ok, un montón de besos y que lo pase muy bien.

Voy a mi habitación y me cambio de ropa. Elijo unos *leggings* negros, un jersey azul eléctrico y unas zapatillas azules haciendo juego con mi jersey. Me encanta ir conjuntada. Como por mi trabajo me lo puedo permitir, de vez en cuando me permito algún capricho que otro. Me retoco un poco el maquillaje y ya estoy lista. Cojo las llaves del coche y pongo en el GPS la dirección que Bea me ha indicado. La casa está a unos veinte minutos del centro de Madrid.

Cuando llego, me quedo impactada por la inmensa casa de dos plantas con jardín y piscina que tengo delante de mis narices.

Aparco mi coche, me dirijo hacia la entrada y toco el timbre de la puerta. Oigo pasos acelerados, como si alguien tuviera prisa por abrir y por fin me abren la puerta. Al ver quién hay detrás, vuelve a darme ese escalofrío que desde esta mañana me acompaña cada vez que veo esa sonrisa que hace que me quiera morir de un infarto. Sí, es él, el mismo que me ha tenido todo el viernes de mal humor y excitada a la vez. Sí, don perfecto está intentando abrocharse la corbata, pero deja de hacerlo cuando me ve.

—¿Rosa? —me dice con cara de sorpresa.

—¿Ro... Roberto? —digo atropelladamente.

—¿Qué haces aquí?

—Pues, si no me equivoco, tú tienes una cena de negocios y necesitabas una canguero. Soy amiga de Bea y me ha pedido el favor de que la sustituya esta noche —le digo como si nada, aunque por dentro me muero de nervios.

Me mira fijamente, no habla, se ha quedado mudo e incluso ha dejado de pelear con su corbata. Va vestido con un traje de chaqueta azul marino, camisa blanca que le marca todo su cuerpo atlético y la corbata que se le resiste es de color rojo pasión (mi color favorito, por cierto).

—Perdona —consigue decir en un tono calmado—, no sabía que mi canguero eras tú y menos que fueras amiga de Bea. Pasa, por favor —me dice con un tono muy calmado mezclado con algo de nerviosismo.

Ahora la que se queda sin habla soy yo. No me esperaba tanta amabilidad de golpe y porrazo después de la mañana que me ha dado.

—Gracias —le respondo.

Pasan unos segundos en el que los dos recuperamos nuestra propia calma y se dirige hacia las escaleras y empieza a llamar a las niñas.

—¡Paula!, ¡Marta!, bajad enseguida, vuestra canguero ha llegado.

—¡Ya vamos, papá! —oigo decir a un par de vocecillas bajando las escaleras a toda marcha.

Cuando terminan de bajar se posicionan al lado de su padre y me quedo prendada con lo que veo. Paula es una mujercita de once años casi tan alta como yo, con ojos de color verde parecidos a los de su padre, pero ella los tiene aún más claros. Tiene el pelo castaño con las puntas rubias y le llega casi al final de la espalda. Y Marta es otra preciosidad de ocho años, más menudita que su hermana, con ojos marrones. Pero lo que más me llama la

atención de ella son sus ojos. Son enormes y eso la hace superbonita. También tiene el pelo castaño, pero en un tono más oscuro que el de su hermana.

Una vez que ya están al lado de su padre todos nos quedamos callados. Para romper ese silencio que se está haciendo un poco incómodo decido ser yo quien empiece a hablar.

—¡Hola! ¿Qué tal estáis? Mi nombre es Rosa y esta noche la vamos a pasar juntas. Encantada de conoceros. —Las niñas me miran y se acercan a mí para saludarme con dos besos cada una.

—Hola, yo soy Paula. Dice la mayor.

—Hola, yo soy Marta. ¿Por qué no ha venido Bea, papá? —le pregunta la pequeña Marta a su padre.

—Bea no ha podido venir porque le ha surgido un compromiso, pero en su lugar he venido yo. Bea es mi amiga y os manda un besote enorme para las dos —le respondo suavemente a la niña antes de que su padre pueda abrir su preciosa y apetitosa boca.

Él me mira agradecido y con ternura le dice a su hija que yo las voy a cuidar de maravilla, porque Bea no mandaría a nadie si no fuera la mejor y porque él solo contrata a las mejores. Cuando termina de decir esto me mira y me lanza un guiño. Le ha dicho la misma frase que yo le he dicho esta mañana a él. La niña se le acerca al oído y le dice algo a su padre y veo a este sonreír mirándome.

Me quedo de piedra cuando lo veo hablar con tanta dulzura y me derrito al momento. Ya sé cuál es uno de sus puntos débiles: sus hijas.

Marta me mira y me dice.

—Bienvenida, Rosa.

«¡Ay, que me la como con patatas y no dejo ná!», eso lo digo para mí.

—Gracias —le respondo conteniéndome las ganas de estrujarla que me han entrado de pronto. Esta niña es un encanto.

Las niñas vuelven a subir a sus habitaciones por orden del padre. Luego este me dice.

—A Marta le has gustado mucho. —¡Oh, si es que es para comérsela!

—Paula es un poco más reservada a la hora de expresar sus sentimientos, pero seguro que también le has gustado —me habla Roberto a modo de disculpa. Le digo que no se preocupe porque cada uno es como es y que ellas a mí también me han gustado.

—Rosa —oigo que dice.

—¿Sí? Dime.

—Tengo que marcharme ya. En la cocina tienes de todo para poder cocinar lo que quieras. Me consta por tu padre que eres buena cocinera, sobre todo con los postres —y al decirme esto lo miro y le digo con una voz picarona:

—Sí, es cierto, sobre todo con los postres. —Y me sonrío con esos labios tan perfectos que creo que han hecho casi que moje hasta el pantalón.

Siento un carraspeo que me saca de mis pensamientos y observo que ha dejado la corbata.

—Me marchó.

—¿No vas a ponértela? —le pregunto señalando hacia la corbata. Él la observa encima de la mesita de la entrada, que es donde la ha dejado cuando me ha presentado a las niñas.

—Eh... No. No sé qué me pasa hoy que no me sale el nudo. Cuando me pongo nervioso no me sale. Algún fallo tendría que tener.

«¡Vaya!, don Soy el mejor en todo tiene un defecto», pienso para mí y me río. Él me observa y antes de que me diga más cosas, cojo la dichosa corbata, me la pongo alrededor del cuello y empiezo a hacer el nudo más perfecto que nunca haya podido hacer. Me sigue observando y se queda con la boca abierta cuando me quito el trozo de tela roja y se lo voy pasando por su ancho cuello. Con delicadeza le paso por encima de la cabeza mis dos brazos para ajustársela al cuello de la camisa. Cuando noto su contacto hace que otra corriente eléctrica vuelva a recorrer todo mi ser hasta llegar a mi sexo. Lo observo y veo cómo su piel se le ha erizado. Eso me hace gracia. También ha tenido la misma reacción que yo, porque veo algo abultado que se marca en su pantalón. Él se da cuenta y se separa de mí como si le quemara y esa reacción me parece divertida a la vez que me molesta. Pero ¿por qué me ha molestado? Rosa, déjate de historias y céntrate a lo que has venido. Cuando cree que se ha calmado me da las gracias. Se echa mano a la chaqueta, saca una tarjeta de visita y me la da.

—Este es mi número. Si surge cualquier problema, llámame. Intentaré no retrasarme mucho.

Cojo la tarjeta, la dejo al lado de mi bolso y le digo:

—Pues, si no tienes que decirme nada más, me voy a preparar una suculenta cena para las chicas y para mí. Que pases buena noche. Me giro en dirección hacia la cocina, cuando me coge suavemente del brazo, me pone frente a él y me dice.

—No tan buena como la que vais a pasar aquí. Espero que me guardes un poquito de ese postre tan especial que vais a preparar. Y me lo dice con cara de niño bueno. «¡Ay, Dios mío, al final me pongo chorreando!», me digo a mí misma.

—Te lo guardaremos si queda algo —le digo con mi mirada de niña mala.

Lo acompaño hasta la puerta y cuando sale por ella cierro inmediatamente. Tengo que quedarme unos segundos echada en la pared, porque necesito ese pequeño tiempo para recuperarme de toda esa tensión sexual que sé que ha existido entre los dos.

Una vez que ya he vuelto a mi estado natural, llamo a las niñas para que me ayuden a preparar la cena. Seguro que les encanta. Las llamo y veo bajar solo a Marta.

—¿Dónde está Paula?

—Está en su habitación haciendo musical.ly. A ella no le gusta preparar la cena, a ella le gusta comérsela.

¡Ay, qué arte tiene la chiquitilla!

—Bueno, la prepararemos tú y yo, pero después le vamos a pedir ayuda para el postre mientras nos hacemos un musical.ly. ¿Te gusta la idea?

—¡Sí! —me grita con mucha emoción la pequeña, y es cuando su hermana baja corriendo las escaleras preocupada por el grito que ha pegado su hermana.

—¿Pero, qué pasa? —pregunta Paula algo preocupada.

—¿Te apuntas? Vamos a preparar el postre mientras Rosa nos graba con su móvil —le pregunta a su hermana toda llena de emoción.

Paula duda por un momento, pero no tarda en aceptar. La idea de grabar mientras cocinamos le ha encantado.

Preparamos el móvil y todos los ingredientes que nos hacen falta para preparar una ensalada César y unas pizzas estupendas. Para el postre haremos flan de turrón.

Nos disponemos cada una a su tarea mientras cantamos y bailamos las tres sin parar. Lo estamos pasando de miedo.

Una vez que tenemos nuestra ensalada preparada y nuestras pizzas en el horno, nos disponemos a hacer el postre, no sin antes hacer una pequeña guerra de harina. Hemos acabado un poquito blancas, pero ha merecido la pena.

Ya lo tenemos todo dispuesto y comenzamos a cenar. Cuando terminamos,

las niñas me ayudan a recoger la mesa y lo ponemos todo en el lavavajillas. Ya está todo como antes. Aquí no ha pasado nada.

Marta me pregunta si quiero subir al cuarto de juegos y como no puedo negarme le digo que sí. Subimos las escaleras y al fondo del pasillo veo una habitación enorme llena de juguetes, *play station*, *Wii*... No le falta detalle. Tiene hasta un mini escenario con karaoke.

—Rosa, ¿te apuntas a un reto de karaoke?

—¿En serio? Te voy a machacar —le digo a la niña toda emocionada—. Me encantan los karaokes.

—Paula hará de jurado como en *La Voz*.

Cantamos y bailamos todo el repertorio habido y por haber del dúo Adexe & Nau. A las niñas les encanta y doy fe (nunca mejor dicho) de ello por mi sobrina Valeria.

Y así estuvimos un buen rato. Estábamos pasándolo genial cuando mi móvil empezó a sonar y tuvimos que parar la música. Miro la pantalla y con la mano les digo que sigan ellas, que no tardaré en volver. No tengo el número grabado y dudo en cogerlo, porque no suelo coger números desconocidos. Pero descuelgo por alguna sencilla razón; al preguntar quién es, oigo que me dicen.

—Veó que lo estáis pasando de maravilla. Hacía tiempo que no veía a mis hijas reír tanto.

—¿Cómo?! ¿Roberto? Un temblor recorre mi cuerpo al escuchar su voz. Perdona, aún no tengo tu número grabado y he dudado en contestar.

En el momento que le estoy diciendo esto, caigo en la cuenta de lo que me ha dicho. Y le digo.

—¿Cómo sabes cómo lo estamos pasando? ¿Nos estás espiando? ¿Acaso tienes cámaras por toda la casa? Y empiezo a reírme, pero se me corta la risa cuando miro hacia arriba y lo que yo creía que eran unas luces un poco extrañas resulta que son... ¿cámaras?!

—Exacto. Veó que eres muy lista.

—Podrías habérmelo dicho y no hubiera hecho el ridículo de esta manera —se lo digo en un tono más enfadado. Siento a través del teléfono cómo se está aguantando la risa, y eso me enfada aún más.

—Pues yo no le veo la gracia. Si te querías divertir, haberte comprado un mono de feria. —Y en ese mismo instante le cuelgo, no sin antes levantarle el dedito corazón a la cámara. «¡Hala, ahí llevas diversión!», pienso para mí.

Al segundo, recibo un mensaje de *WhatsApp*.

—Respecto al mono, no me hace falta, ya que para eso tengo a mi canguro, que es más «mona». —Y «mona» la escribe entre comillas. Me lo ha dicho con segundas.

—Y respecto a lo del dedito, ya te explicaré lo que yo haría con ese dedito.

¡Ay, Dios mío, me ha dejado con la boca abierta! ¿Qué habrá querido decir con eso? Ha querido decir lo que ha querido decir, Rosa, que pareces nueva.

Al volver a leerlo me enfurezco un poco más, aunque a la vez me gusta el juegucito que nos traemos. Pero ¿qué me pasa? No lo sé ni yo. Decido contestarle, mas no le voy a dar el gusto de que me note enfadada. Se va a enterar.

—Señor Martínez, no dudo de que me lo explicaría con pelos y señales, dado que usted es el mejor en todo, según su propio criterio, pero le aseguro que a mí no me lo va a demostrar —termino de escribir y apago el teléfono, para que no pueda darme la réplica.

Suelto mi *smartphone* y vuelvo a la habitación con las niñas.

—Chicas, es tarde, creo que deberíais ir a la cama ya. Vamos, lavaos los dientes y cada una a su cama.

Me quedo sorprendida cuando las niñas sin rechistar hacen lo que les digo. Marta me coge de la mano para que la acompañe y Paula se pone a mi lado para indicarme dónde está su habitación.

Me aseguro de que Paula se ha acostado y la arropo dándole un beso en la frente. Cuando estoy a punto de salir por la puerta, me dice:

—Gracias, Rosa. Lo hemos pasado muy bien. Desde que murió mamá no habíamos reído tanto. He visto a mi hermana muy feliz y eso me hace feliz a mí. Espero que vengas más veces a cuidarnos. Al escuchar esas palabras empiezan a escocerme los ojos.

—Gracias a vosotras —digo entre lágrimas—. Sois unas niñas preciosas. Seguro que vengo otro día.

Cierro la puerta y me voy hacia la habitación de Marta pensando en lo injusta que es la vida por dejar a unas niñas tan lindas y pequeñas sin madre.

Me seco las lágrimas antes de entrar en la habitación de Marta y me dice que no puede dormir. Entonces le prometo que me voy a quedar con ella hasta que el sueño pueda con su precioso cuerpecito. La niña asiente con la cabeza y le da unas palmaditas a la cama para que me tumbe con ella. Y así lo hago. Cuando ya estamos las dos tumbadas se vuelve hacia mí, me da un beso y me abraza.

Otra vez las lágrimas, pero por suerte en esta ocasión, como la luz está apagada Marta no puede ver cómo esas gotas saladas caen por mis mejillas. Apoyo mi cabeza sobre la suya y le acaricio esa naricilla tan pequeña. En décimas de segundo cae rendida en un sueño profundo. La estoy observando cuando siento que mis párpados me pesan muchísimo. Aunque hago el intento de abrirlos, al final ellos me ganan la batalla y me vencen.

Capítulo dos

Diversión en el parque

Es sábado por la mañana y la luz que entra por la ventana hace que no pueda ver con claridad. Me duele todo el cuerpo. No puedo moverme bien y cuando giro la cabeza para ver qué es lo que me impide levantarme con facilidad, pego un salto de la cama que hace que me dé con la esquina de la mesita de noche.

—¡Joder! —digo en voz alta, y una vocecita me dice.

—Rosa, ¿estás bien? —Marta me pregunta tapándose la boca, para que no vea que se está riendo por el golpe que me he dado.

—Sí, sí, cariño, no te preocupes, estoy bien. Debí quedarme dormida contigo y, por lo que veo, tu papá no me despertó.

—Le dije que no lo hiciera y te arropó conmigo. Te veías muy cansada y no quisimos despertarte.

—¿Tu padre me arropó?

—Sí.

¡Madre mía!, me ha visto dormida con su pequeña. Me levanto y le pido permiso a la pequeña para poder entrar en su baño, ya que tiene uno en su habitación al igual que en todas las habitaciones. Me adentro en aquella maravilla y me aseó un poco. Me arreglo el pelo y me limpio el resto de rímel que cae por mis ojos. ¡Madre mía, qué pinta tengo!

—Marta, cariño, gracias por dejarme usar tu baño.

—De nada —me responde la pequeña con esa voz tan linda.

—Voy para abajo, preciosa. Ahora vendré para decirte adiós.

Me mira con cara de decepción, pero asiente con la cabeza y se dirige a asearse ella también.

Estoy bajando las escaleras, distraída, cuando un olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales. Casi me caigo del susto cuando escucha una voz grave:

—Buenos días.

Al girarme, no veo el último escalón y caigo de bruces contra un cuerpo de

infarto. ¡Qué vergüenza, por favor!

—Ten cuidado o te vas a lastimar.

—Gracias. Consigo decir con hilo de voz. Me veo sujeta por sus brazos, que me agarran fuertemente, y su mirada profunda se clava en la mía. Su respiración está acelerada y puedo escuchar cómo el corazón le late más deprisa.

Me deshago de su cuerpo muy a mi pesar y me arreglo un poco la ropa con algo de nerviosismo.

—Buenos días —le digo, por fin.

—¿Una mala noche? —me pregunta con tono sarcástico—. ¿Te apetece una taza de café? —vuelve a preguntarme.

—Sí, gracias. ¿Por qué no me despertaste anoche?

—Porque Marta me pidió que no lo hiciese.

—¡Ah! —es lo único que consigo decir.

—Tienes unas niñas preciosas. Le he dicho a Marta que vendré algún día a verlas, si no te importa. —Mi voz sale melosa.

—Por supuesto que no me importa. Marta llevaba mucho tiempo sin dormir una sola noche del tirón. No sé cómo voy a poder agradecerte esto.

Me quedo sin palabras, pero no sin pensamientos. Y se me ocurren unas cuantas maneras de que me lo agradezca.

—No pasa nada, me alegro de haber podido ayudar. Tengo que irme. ¿Puedes decirles a las niñas que me marchó ya? ¿Por favor?

Suelto mi taza de café que, por cierto, me ha sabido a gloria. Mientras, espero a que las niñas bajen para poder darles un beso y poder marcharme a casa.

—Muy rico tu café, gracias.

—Muy rico tu flan. —Lo miro sorprendida. Se ha comido uno de mis flanes. Siento cómo me suben los colores a la cara. Menos mal que empieza a llamar a las niñas y eso me alivia un poco.

—Paula, Marta, ¿podéis bajar un momento, por favor?

—¡Ya vamos, papá! —gritan al unísono.

—¿Qué pasa, papá? —pregunta Paula.

—No pasa nada, tranquila, es solo que Rosa quería despedirse. Se tiene que ir ya.

—¿Ya te vas? —dice la pequeña Marta con voz un poco triste.

—Sí, tesoro, ya me marchó. Hoy es sábado; tu papá no trabaja y supongo

que iréis a hacer algo juntos.

—Exacto, hoy no trabajo, así que decidme qué queréis que hagamos.

Marta le hace señas a su hermana para que se agache un poco hasta llegar a su altura y comentarle algo al oído. Cuando terminan, observo cómo mira a su padre.

—Papi.... ¿podemos ir al parque de atracciones? ¿Y puede venir Rosa?

¡¿Qué?! ¿He escuchado bien?

Roberto me mira y se ríe al verme, porque creo que la cara que he puesto es como poco la de alguien que ha visto un fantasma.

Se gira para mirarme y me pasa la petición.

—Si ella quiere, por mí no hay problema.

Tierra trágame y no me escupas.

—Uhm, eh, bueno, no sé qué decir.

—Pues, di que sí —me suplica Paula.

Vuelvo a mirar a Roberto; se lo está pasando bomba. Ve mi cara descompuesta, porque seguro que mi padre le ha contado que no me gusta nada subirme en los dichosos cacharritos. Tengo un trauma desde pequeña. Cuando tenía seis años me subí en la noria con mi hermana pequeña y hubo un corte de luz. Nos tiramos más de una hora suspendidas en lo más alto y desde entonces juré que jamás me volvería a subir en ningún columpio. Todos me miran expectantes. Están esperando mi respuesta. Al final me resigno y acepto, porque no puedo ver la cara de corderito degollado que Marta me está poniendo.

—Está bien, iré con vosotros.

—¡Bien! —gritan las niñas.

—Pero, antes, debería pasar por mi casa para poder darme una ducha y cambiarme de ropa.

—Pues, yo te veo muy mona —dice Marta, y oigo soltar una carcajada increíble de Roberto. En ese momento no le veo la gracia, pero no tardo en recordar la conversación que tuve por mensaje y me río yo también. Ambos nos miramos y volvemos a reír. Las niñas nos miran con cara de no saber qué pasa y no nos hacen caso. Hacen bien.

Me dirijo hacia la mesa donde dejé anoche mis cosas y cojo mi móvil para encenderlo, ya que tuve que apagarlo para que don perfecto no me escribiera más. Lo meto en el bolso y cierro la cremallera. Me pongo mi chaqueta y cuando me dispongo a girar el pomo de la puerta esos mismos brazos que me

sujetaban hace un rato lo vuelven a hacer.

—No tienes por qué venir, si no quieres —me habla en voz baja para que las niñas no lo escuchen.

—Lo sé, pero me apetece mucho pasar otro rato más con las niñas. Además, creo que Bea me agradecerá que le deje el ático para ella sola y su nueva conquista. —Empiezo a reírme por lo que acabo de decir. Él me mira sin entender nada y muevo mi cabeza de un lado para otro para quitarle importancia.

Entonces, en el mismo tono de voz con el que me había hablado hacia tan solo un segundo, me vuelve a decir.

—¿Solo con las niñas? —¡Por el amor de Dios! ¡¿Qué ha dicho?!

Me quedo como el séptimo enanito de Blancanieves. Es decir, muda. Una vez que recupero el habla, respondo:

—No, también lo voy a pasar con don Soy el mejor en todo. —Y le suelto un guiño y una sonrisa. Él me sonrío y me voy temblando como las gelatinas.

—Te recogeremos en una hora y media.

—De acuerdo —le respondo como puedo y me voy.

Me subo al coche a toda prisa y no atino a meter las llaves en el bombín para arrancar. Me tiembla todo. Respiro varias veces. Por fin, arranco el coche y me voy a mi ático.

Cuando llego, todo está en silencio. Bea ha colgado un cartel en la puerta:

«No molestar, le estoy dando de comer al conejo.»

Y no puedo evitar reír cada vez que lo leo. No tiene remedio. Así que me quito mis zapatillas y me paso de puntillas para no hacer ruido al pasar por su puerta. Llego a mi habitación, me quito toda la ropa lo más rápido que puedo y me meto en la ducha. Hoy no puedo recrearme en el baño, más tarde, cuando llegue, lo haré. Salgo de la ducha en tiempo récord y me pongo unos vaqueros ajustados, una camisa blanca, un jersey color amarillo claro que deja un hombro al aire y unas zapatillas color blanco. Me seco el pelo, me paso la plancha para ponerlo liso y me maquillo un poco, lo justo para no estar exagerada. Me miro en el espejo y me doy el visto bueno.

¡Lista! Miro mi reloj de pulsera que me regaló mi padre y aún me sobran diez minutos para escribirle una nota a Bea diciéndole que tiene el piso para ella sola, ya que estaré todo el día fuera. También le digo que mañana le contaré todo y que se va a quedar muerta cuando se lo cuente. Justo en ese momento recibo un mensaje. Es de Roberto. Lo abro.

—Estamos esperándote en la puerta.

Y respondo con un «vooooy» y un muñequito corriendo. Y me contesta que tenga cuidado con las escaleras.

«Vaya, está gracioso hoy», me digo mentalmente.

Llego hasta donde me están esperando y me hacen señales desde un BMW X8 en color negro. «¡Madre mía! Pero ¿cuánto dinero gana este hombre?», me digo y me quedo en modo *Frozen* al verlo. Salgo de mi estado de congelación cuando me pitan para que me acerque. Se abre la puerta del conductor y veo salir a un hombre vestido de chófer. Se acerca a mí y me saluda quitándose la gorra que lleva puesta, para después volver a ponérsela. Me abre la puerta trasera del coche y me va a dar algo cuando visualizo una estampa preciosa. Dos niñas con una cara de felicidad increíble y un adonis con una sonrisa de infarto.

—¿Preparada? —me dice don Soy bueno en todo.

—Sí.

—Ven, siéntate aquí, a mi lado.

Las niñas están sentadas justo al otro lado de nosotros y van encantadas. El trayecto lo hacemos hablando de los columpios a los que las niñas quieren subir y a mí no me queda más remedio que contarles mi trauma. Roberto aprovecha ese momento para posar una mano sobre mi muslo a modo de excusa, como para darme consuelo. Pero ese gesto hace que me ponga nerviosa y me tiemble todo. Él se da cuenta y me sonrío. «Este hombre va a acabar conmigo en menos de cuarenta y ocho horas», me digo a mí misma. Cuando lo conocí ayer, pensé que era el hombre más prepotente que había conocido y, sin embargo, hoy es el hombre más maravilloso del mundo. ¿Cómo puede una persona cambiar de un día para otro? ¿Y cómo puedo estar tan loca de aceptar una invitación para ir al parque de atracciones con mi compañero de trabajo y sus hijas? Pues sí, estoy más loca que una cabra. En fin, a lo hecho, pecho... Y cuando quiero darme cuenta, ya hemos llegado.

Nos bajamos del lujoso coche bajo la mirada de todo el mundo y nos acercamos hacia la taquilla para sacar las entradas. Estoy vigilando a las niñas cuando veo llegar a Roberto con cuatro entradas en su mano.

—A esta invito yo. —Me sonrío—. La próxima tendrás que invitarme tú. — Y me lanza un guiño de esos que te dejan sin habla, que es como me he quedado yo, pero reacciono rápido:

—Cuando quieras y donde quieras. —¡Ay, madre! ¿Pero, qué he dicho?

—Te tomo la palabra. —Oigo que me dice con una sonrisa picarona.

Esto va a ser muy duro, porque me queda todo el día para estar con él. Por desgracia para mí, esperamos en la cola muy poco tiempo. Cuando nos toca pasar, un señor con una cámara en la mano nos detiene para hacernos una foto a los cuatro juntos. Hago un intento de separarme con la intención de que Roberto se la pueda hacer con sus hijas. De repente, una mano me sujeta de la muñeca y tira de mí hacia él. Me pega a su lado y el fotógrafo pone a las niñas una a cada lado de nosotros. Roberto me pasa su brazo por la cintura y nos pide que sonriamos. Sonrío como puedo y el señor de la cámara nos hace la foto; nos da un ticket para que la recojamos a la salida. El fotógrafo termina con su misión, y ya podemos continuar. O empezar nuestro gran día de diversión.

Una vez dentro las niñas nos dicen dónde quieren subir. Vemos unas colas enormes, pero como somos cuatro, nos organizamos muy bien. Roberto se pone en cola con Paula en La rana saltarina y yo me pongo en cola en El tren de la bruja, con Marta. Ella me pide que también me suba y me mira con cara de guasa. Me hace gracia, porque es la misma expresión que pone su padre cuando está de buen humor. En tan pocas horas he podido darme cuenta de ello. Así que le digo que, como eso no tiene mucho miedo, me subiré con ella. Y la niña aplaude con alegría. Cuando ya nos toca, veo a Roberto reír con su hija Paula, y nos saluda desde lo alto de la rana. ¡Qué sonrisa, por favor!

En ese momento de babeo que me ha entrado, Marta se da cuenta de cómo le sonrío a su padre y me dice:

—¿A que mi padre es muy guapo, eh? —«¿Y a qué viene eso?», me pregunto.

—Eh..., eh..., pues claro, todos los papis son guapos —invento una excusa como puedo.

—No, todos no. Porque algunos papis de mi cole son feos. Mi padre es el más guapo.

—Mira, Marta, ¿sabes qué te digo? Que llevas toda la razón, que no todos los papis son tan guapos como el tuyo.

Y cuando le digo esto, a la niña le sale una sonrisa de oreja a oreja, y veo que se gira un poquito para decir ¡bien!

No sé a qué ha venido eso, pero me temo que no es nada bueno.

Ya que hemos pasado por un montón de atracciones, Paula le dice a su padre que tiene hambre, así que decidimos entrar en un restaurante del parque para

comer algo. Pedimos unas hamburguesas y nos sentamos en una mesa que casualmente se acababa de quedar libre. Estamos terminando de comer y, de repente, Roberto coge su servilleta y me la pasa por la comisura de la boca.

—Tenías un poco de ketchup. —Se acerca un poco más—. Quién fuera papel para poder limpiarte esos labios.

Lo miro con los ojos muy abiertos y veo que se está partiendo de risa.

—Ya hablaremos —le digo.

—Por supuesto que lo haremos —me responde.

Al terminar de comer, las niñas nos dicen que están cansadas y que quieren volver a casa. Doy gracias al cielo por acabar esta terapia de choque a la que me he tenido que enfrentar hoy. Roberto comenta que antes de irnos tenemos que recoger la foto que nos han hecho en la entrada. Vamos hacia la salida no sin antes recoger la dichosa foto. El fotógrafo nos la da y nos dice que somos una familia preciosa. ¡Por el amor de Dios, me va a dar algo!

Roberto le da las gracias y no le da ningún tipo de explicación al hombre. Luego, les pregunta a las niñas:

—¿Os parece bien?

—¡Sí, está bonita!

Vuelven al sitio donde me había quedado y Marta me da un sobre con el fondo del parque y me pide que lo abra. Al hacerlo, las lágrimas se acumulan en mis ojos y evito por todos los medios que salgan a flote. Es la foto que nos han hecho en la entrada y en el reverso de la foto hay algo escrito.

«Gracias por este día tan maravilloso que hemos pasado juntos. Firmado: Paula, Marta y don Soy el mejor en todo.»

Y al ver cómo ha firmado Roberto suelto una carcajada increíble. Ellos, al verme, se unen a mí. Me acerco a Paula y le doy un beso en la mejilla, después le doy otro a Marta y, por último, voy a dárselo a Roberto. En ese mismo instante, unos gritos de una madre desesperada llamando a su hijo para que vuelva nos hacen girar la cara. De pronto, el niño me empuja sobre el cuerpo de Roberto y le planto un beso en todos los morros.

Nos quedamos varios segundos así. Cuando reaccionamos nos separamos de inmediato. La madre del niño nos pide disculpas y le hacemos saber que no pasa nada, que todo está bien. Sí, sí, todo bien.

Roberto y yo nos miramos y a su vez miramos a las niñas que se están partiendo de risa por la situación.

—¡Vaya pedazo de beso, Paula! —le comenta Marta a su hermana. Me

pongo colorada como un tomate.

—Lo siento, yo..., el niño —intento explicarme, pero no lo consigo.

—Tranquila, hacía tiempo que no se me echaban encima de esa manera. —
Sonrío de medio lado, porque no puede darme más vergüenza. «Vaya, ya salió el adonis que lleva dentro», pienso mientras sigo con mi sonrisa de medio lado.

Salimos del recinto y ya nos espera esa maravilla de vehículo. El chófer hace la misma operación que hizo conmigo cuando me recogió. El trayecto lo hacemos en silencio, ya que todos vamos muy cansados y es el móvil de Roberto el que rompe esa tranquilidad.

—¿Diga?

—¡Roberto, hijo! ¡Qué alegría escucharte!

—Hola, mamá, ¿qué ocurre?

—No pasa nada cariño, solo que había pensado que me podía quedar esta noche con las niñas. Tengo muchas ganas de verlas. ¿Qué te parece?

—Por mí, perfecto. Espera y les pregunto.

Roberto les pregunta a las niñas si quieren pasar la noche con su abuela y las niñas aceptan encantadas. Roberto le dice que pase por su casa a recogerlas, ya que tiene que prepararse para irse a la suya.

—Papi, ¿te vas a quedar solito esta noche? —le pregunta Marta a su padre.

—No te preocupes, mi vida. Papi estará bien.

—¿Y por qué no te acompaña Rosa?

¡Toma ya! Esta niña tiene un descaro igual que el del padre.

La niña me mira y me ruega con la mirada que lo haga, pero es su padre quien me ayuda esta vez.

—Marta, tesoro, Rosa tiene su casa y tiene que volver a ella. Desde el viernes la tenemos secuestrada con nosotros y debe volver a su casa.

Lo miro y se lo agradezco con la mirada. La niña vuelve a mirarme y asiente con la cabeza y con la carita de tristeza. Como se me parte el alma al verla, le digo.

—Vamos a hacer una cosa. En cuanto os recoja vuestra abuela me quedo un poquito con vuestro papá hasta que le dé sueño y así no estará tanto rato solo. ¿Te parece bien?

—¡Sí! Es una idea genial.

Y así es. La niña se queda tranquila mientras que su padre me mira con cara de no saber qué pasa. Le hago un gesto con la cabeza para que se quede

tranquilo y me lo agradece.

Llegamos a su casa. Pasado un rato llaman al timbre y es su madre; viene a recoger a las niñas.

—¡Abuela! —gritan las dos a la vez y se tiran literalmente sobre ella.

—¡Niñas! ¡Vais a acabar con vuestra abuela! —regaña en tono cariñoso a sus hijas.

—Tranquilo, hijo, no pasa nada. Me encanta que hagan esto.

Cuando la mujer logra separarse de sus nietas se acerca a su hijo para darle un beso y es Marta la que le llama la atención y le dice.

—Abuela, ella es Rosa, nuestra nueva canguro. Ella estará el día que tú no puedas quedarte con nosotras.

¿Perdón? ¿He oído bien? Esta chiquitilla tiene el don de liarla.

La abuela me mira extrañada y mira a su hijo pidiéndole una explicación.

—Mamá, te presento a Rosa. Rosa, ella es Adoración.

Su madre le lanza una mirada asesina.

—Hijo, te quiero más que a mi vida, pero si me vuelves a llamar Adoración te desheredo —Y le sonrío.

—Encantada de conocerte, Rosa; puedes llamarme Dora.

—Encantada, Dora. —La mujer me planta dos besos sonoros con toda su amabilidad a la vez que me sonrío. Ya sé de quién ha heredado esa sonrisa don Soy el mejor en todo. A esta mujer le pega mucho su nombre, es adorable de verdad.

—Bueno, ya me contaréis por el camino vuestro día y qué tal es vuestra nueva canguro —les dice a las niñas mientras se van hacia la puerta para irse.

—Y tú ya me contarás cómo te ha ido en tu nuevo trabajo y que tal son tus compañeros y demás.

—Aquí tienes a una. —Y me señala.

—Pues, si son todas, así como ella, no te vas a concentrar mucho. Y sin más cierra la puerta y se marcha riéndose.

Los dos nos quedamos como piedras por lo que su madre acababa de decir. Nos recuperamos del comentario de la abuela Dora y me dirijo a coger mi bolso y a marcharme. Sin embargo, él me detiene.

—¿A dónde crees que vas?

—¿Perdón? A mi casa.

—Yo creo que no.

—¿Cómo?

—Le has hecho una promesa a cierta personita de que no ibas a dejar solo a su papá. —«¿En serio?», pienso, porque no soy capaz de pronunciar palabra alguna. Hago el intento de tragar y, por fin, algo de saliva vuelve a mi boca.

—Lo dije para que se quedara tranquila. Creo que ya hemos tenido suficiente por hoy.

—Yo creo que no. Tú y yo tenemos una conversación pendiente sobre cierto gesto con cierto dedito. Me dice quitándome el bolso de la mano y llevándome hacia la pared del salón.

—Yo..., yo... —tartamudeo y no sé qué decir. Me tiene anulada por su contacto. Y de buenas a primeras siento cómo sus labios se juntan con los míos.

—Joder, Rosa, llevo todo el puto día queriendo hacer esto. No sé qué coño has hecho conmigo, pero desde que te vi ayer abrazada a mi hija deseé ser yo quien estuviera en esa cama contigo. Y ese beso accidental ha hecho que me encienda y que quiera besarte aún más.

Me quedo otra vez en modo muda, temblando como una gelatina.

—Roberto, no he hecho nada. Solo he sido yo misma.

Y sin más ahora soy yo la que se lanza encima de él, porque bastante me ha encendido ya. Eso y que llevo un tiempo sin pillar cacho, no me lo pienso y lo beso. Lo beso con pasión, con deseo; él me responde de la misma manera. Nuestras lenguas se funden como si fuera una sola. Estamos un rato así. De repente, se separa con la respiración acelerada, me coge en volandas, me sube a la habitación y me tira en su cama. Empieza a quitarme la ropa con bastante premura, me río porque no me ha quitado las zapatillas y los vaqueros se le han atrancado al intentar quitármelos. Le pido calma con la mirada y deja que me los quite yo misma. Él, sin perder tiempo, se quita la ropa y se baja el bóxer. Lo que veo me deja impactada. Termina de quitarme la ropa, se sube encima de mí y empieza a devorarme la boca de nuevo. Me deja un camino interminable de besos hasta que llega a mis pechos y los mordisquea de tal manera que hace que me tiemble todo mi cuerpo. Siento cómo palpita y estremece mi sexo. Siento un placer como nunca antes nadie me había hecho sentir. Me mira fijamente con esa mirada de color verde que te penetra hasta lo más profundo y no es solo su mirada lo que me penetra sino, también su maravilloso miembro. Pero antes de hacerlo y sentir esa maravilla dentro de mí, saca un preservativo de su mesita de noche y se lo pone con una rapidez impresionante.

—Espero que no estén caducados —susurra algo avergonzado. Entiendo que, desde hace algún tiempo, no los ha utilizado.

Me penetra y quiero morir del gusto que me da. Lo hace repetidas veces. La saca y me frota el clítoris para avivar mi placer y me vuelve a penetrar. Estoy a punto de llegar al clímax. Él lo nota.

—Así, Rosa, córrete para mí. —Y como soy una chica muy obediente (cuando me da la gana), me dejo llevar y siento el mejor orgasmo que jamás haya sentido. Lo observo y veo que también quiere acabar, así que me muevo con destreza y me coloco a horcajadas. También agito mis caderas hasta que veo cómo sus pupilas cambian de color por el placer que está sintiendo. Cuando acabamos los dos nos echamos en la cama agotados por el momento de placer que hemos tenido. Pasados unos minutos nos levantamos y nos aseamos un poco. Una vez que terminamos, vuelvo a la habitación a recoger mi ropa y empiezo a vestirme. Observo cómo me mira con cara de enfado.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto con curiosidad.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué? —En su voz se le nota el enfado.

—Porque debo irme —respondo con tranquilidad.

—Quédate, por favor.

«¿Qué?!», me pregunto a mí misma.

—Se lo has prometido a mi hija. Has dicho que te quedarías hasta que me diera sueño y las promesas se cumplen.

—Desde luego no tenéis remedio ni tú ni tu hija. —Y esbozo una sonrisa, porque yo tampoco quería irme.

Sí, las promesas hay que cumplirlas. ¿Quién soy yo para no hacerlo? Y sin más me meto en la cama de nuevo con él; me abraza como si no hubiera un mañana. Comienza a acariciarme con tal sensualidad que acabamos otra vez besándonos y haciéndolo de nuevo. Así estamos durante bastante tiempo hasta que nuestros cuerpos no pueden más y nos dejamos caer en los brazos de Morfeo.

Capítulo tres

Puto cáncer

Roberto

No puedo creer lo que mis ojos contemplan cuando abro la puerta de mi casa y veo a la mujer que me ha traído de cabeza durante todo el dichoso viernes. Sí, es ella, la que me ha vuelto loco desde el primer momento en el que apareció por la puerta de aquel despacho.

Ella me mira sorprendida. Puedo ver a través de sus maravillosos ojos azules el nerviosismo que desprenden al verme. Eso me gusta. Me gusta mucho. Desde que el puto cáncer me arrebató a mi mujer hace ya dos años, no he estado con ninguna mujer ni he deseado estar con ninguna otra. Y eso que oportunidades no me han faltado. Pero esta mañana me he odiado a mí mismo por traicionar el amor que sentía por mi esposa. Ella dejó morir el amor que nos teníamos al no querer cuidarse y seguir fumando la mierda de tabaco que fumaba, hasta que sus pulmones dijeron basta y acabaron con su vida.

Intenté por todos los medios que lo dejara. Solo en los embarazos fue capaz de reducir cigarrillos hasta conseguir no fumar ninguno. Pero cuando dejaba de darles el pecho a las niñas, volvía a caer en ese maldito vicio. Dios, ¡cómo odio ese asqueroso olor!

Era una lucha constante la que tenía con ella. La amaba, la amaba con todo mi ser. Empezó a sentirse mal. Tosía muy a menudo y cada vez respiraba peor. La obligué a ir al médico. Después de un millón de pruebas, tratamientos para poder respirar mejor y prohibirle fumar, cosa que no hizo, el neumólogo nos confirmó la peor noticia que nos podía dar.

Mi amada, mi mujer, mi compañera, mi amiga, la madre de mis hijas se estaba muriendo. No había solución. Habían encontrado metástasis en sus pulmones. Estaban encharcándose poco a poco y no se podía hacer nada.

Al salir de la consulta le di una patada de impotencia a las sillas de la sala de espera. La rabia corría por mis venas. Ella me miraba abatida y me pedía perdón con la mirada.

Yo la observé y quise morir al contemplar su rostro inundado de lágrimas.

No le daban más que unos meses de vida. Le recetaron alguna medicina para poder aliviar el dolor y para la falta de aire que le estaba provocando cada día que pasaba. Pero eso no iba a evitar el desastroso final que nos esperaba.

Salimos del hospital sin decirnos nada el uno al otro. Me adelanté unos pasos más rápidos para no dirigirle la palabra mientras nos acercábamos al parking para coger el coche, porque si lo hacía podría decir muchas cosas de las que luego acabaría arrepintiéndome seguro.

Subimos al coche y es ella la que me habla con un hilo de voz.

—Lo... lo siento.

Y es ahí donde exploto de rabia.

—¡No me digas que lo sientes! Es lo que tú has querido que pasara. Llevo años diciéndote que lo dejaras, ¡pero no!, ¡la señora tenía que seguir fumando!! —le grité—. Pues, mira, ahora ya puedes fumar todo lo que te dé la gana, porque ya no hay solución. Y mira por dónde, en vez de dejarlo, ahora eres tú la que nos vas a dejar a nosotros.

En ese momento me doy cuenta de lo duro que he sido y que estoy haciendo precisamente lo que quería evitar. Ahora soy yo el que pide disculpas.

—Perdóname, mi amor. No quería decir eso. Estoy muy nervioso.

—No pasa nada, estás en todo tu derecho. Además, me lo merezco por haber sido tan egoísta y solo pensar en mí.

—No digas eso. —En ese momento nos abrazamos y rompemos a llorar como dos niños pequeños.

De camino a casa, una vez que hemos conseguido alcanzar un poco la calma, hablamos de cómo se lo vamos a explicar a nuestras hijas. Paula, por entonces, tenía nueve años y estábamos preparando su primera comunión. La hacía en mayo y teníamos la esperanza de que su madre pudiera asistir a la ceremonia, ya que era lo que más ansiaba en su vida, o lo que le quedaba de ella.

Estábamos en el mes de marzo e íbamos justos de tiempo. Pero la esperanza era lo último que debíamos perder. Marta tenía cinco años. A ver, cómo les explicas a unas niñas tan pequeñas que su madre va a morir en pocos meses.

Llegamos a casa abatidos, pero tuvimos que sacar fuerzas de donde fuera para afrontar lo que se nos venía encima.

Como si no pasara nada, reunimos a nuestras hijas en el salón y empezamos a relatarles lo que le pasaba a su madre. Les dijimos que su mamá se había puesto malita, porque un bicho se había metido en sus pulmones y no lo podían

sacar de ahí.

También les explicamos que mamá, por culpa de ese bicho, tendría que ir al cielo antes de lo que esperábamos y que tendríamos que ayudarla en todo lo que pudiéramos. Debíamos ser fuertes para cuando llegara el fatídico día.

Paula nos mira con cara de espanto. Empiezan a temblarle los labios y seguidamente se echa a llorar. Se tira literalmente en los brazos de su madre abrazándola como si no hubiera un mañana. Y, efectivamente, no lo había.

Marta no entendía muy bien qué estaba pasando y decidió unirse al emotivo abrazo que su madre y su hermana se estaban dando.

No puedo más. Necesito pensar.

Me dirijo a la cocina y tomo un gran vaso de agua. Tengo la boca seca. En realidad, lo que se me ha secado ha sido el corazón.

Al día siguiente de conocer la terrible noticia se lo comunicamos a nuestras respectivas familias. Se lían el caos. Mi esposa los anima y les dice que no quiere verlos así. Quiere disfrutar el tiempo que le quede con todos nosotros.

Estoy en el salón regocijándome en mis miserias cuando oigo que me llama y subo rápidamente las escaleras como alma que lleva el diablo. Entro en la habitación de estudio y la veo escribiendo algo en tres sobres. Alza la vista y me dice.

—Toma.

—¿Qué son?

—Tres cartas.

—¿Tres cartas?

—Sí. Una es para Paula, otra para Marta y la última para ti. La tuya quiero que la leas el mismo día que vuelvas a casa sin mí. La de Paula se la das el día en que pase de niña a mujer, y a mi pequeña Marta el mismo día que se la des a su hermana.

Roto, así es como me he quedado. Cojo las malditas cartas y las guardo en la caja fuerte. Acto seguido me acerco a ella y la abrazo. Me aferro a su calor, ese calor que por desgracia me va a ser arrebatado en poco tiempo.

Pasan los días a una velocidad atroz y siento cómo mi mujer se va apagando a esa misma velocidad. Lleva un respirador, porque apenas puede hacerlo por sí sola, pero hace el esfuerzo por mantenerse vital.

Llega el mes de mayo y hoy es el día de la primera comunión de Paula. Mi mujer apenas puede caminar, así que la llevamos en silla de ruedas con su respirador colgado en la parte de atrás. Aun muriéndose está preciosa, o eso

me parece a mí. Dios, cuánto la voy a echar de menos. Está feliz, porque ha podido asistir a la comunión de su hija.

Llegamos a la capilla del colegio y ya están todos preparados para la ceremonia. Llega el momento donde Paula va a comulgar por primera vez. Me giro para observar a mi mujer; está llorando a moco tendido. Tiene una expresión de tristeza y alegría a la vez. Se me parte el alma verla así. Una vez terminada la misa nos disponemos a hacernos las fotos pertinentes y nos vamos al restaurante donde tenemos contratada la comida para celebrar este maravilloso evento. Aunque la verdad no tenemos ninguna gana de fiesta. Mi esposa le ha organizado la mejor fiesta que una niña de su edad pueda tener. No se ha mirado en gastos.

Cuando llegamos ahí, pasamos un rato muy agradable y por unas horas nos olvidamos de todo.

Terminado el banquete volvemos a casa y, con nosotros, la cruda realidad también lo hace. Un ataque de tos golpea el cuerpo de mi mujer. Me pongo en alerta y ella me hace un gesto levantando la mano para tranquilizarme.

Pasan un par de días desde la gran fiesta y me encuentro sentado en el sofá de casa junto a mi esposa. He pedido unos días de vacaciones para poder estar con ella el mayor tiempo posible. Las niñas están en casa de mi madre pasando el rato con ella. Nos hemos quedado dormidos y ella lo hace sobre mi hombro. Paso mi brazo alrededor de su cuello. Al mirarla algo llama mi atención. Un pitido desagradable me despierta.

—¡Pero, qué coño...! —La miro y es su respirador el que está pitando. Algo no va bien. Se está poniendo morada.

—¡Mierda! ¡No! Cariño, ¿puedes oírme? —no me contesta. Rápidamente llamo una ambulancia y tarda muy poco en llegar. Me sacan de mi propio salón. Un chorro de gente no hace otra cosa que entrar y salir de él, pero nadie dice nada. No me queda nada de calma y solo sé pegarle patadas a todo lo que me encuentro en el camino. Al cabo de un rato, sale el médico que la estaba atendiendo y me confirma lo que llevamos meses esperando.

—Señor Martínez, hemos hecho todo lo posible. Su mujer estaba en un estado de cáncer muy avanzado y sus pulmones no han podido resistirlo más. Lo siento mucho, pero acaba de dejarnos. Ya descansa en paz. Puede pasar a despedirse de ella antes de poder llevárnosla al hospital y certificar su muerte. Prepararemos la documentación necesaria para el funeral.

—¡No! ¡No puede ser, joder!

—Tranquilícese o tendré que atenderlo a usted también. Por favor —le pide al enfermero—, póngale un calmante.

—¡No me toque! ¡No quiero que inyecte nada, solo quiero a mi mujer!

—Se lo ruego, hágame caso y déjenos hacer nuestro trabajo.

Pienso en ella y sé que no le gustaría verme en este estado. También pienso en mis hijas, por lo que me dejo inyectar el tranquilizante. Me calmo.

Llamo a mi suegra y a mi madre; ellas se encargan de hacer todas las llamadas oportunas. Mientras van para el hospital, me dejan un rato a solas con mi mujer, para que le pueda dar el último beso. Se lo doy. Está caliente aún; le aprieto la mano y le digo que la quiero y que siempre estará en mi corazón.

Ya en el hospital, numerosos amigos y familiares se acercan para acompañarme en estos duros momentos. Nos trasladamos al cementerio y es ahí donde paso el peor momento de mi vida. Ya se la llevan al crematorio. Ahí nos darán sus cenizas. No la volveré a ver ni a besar ni nada. Una parte de mí se ha ido con ella.

Por fin termina el odiado día y vuelvo a casa solo, solo y triste. Me están esperando mis hijas con mi madre, que se ha quedado con ellas mientras su madre se iba para siempre.

Entro y me encuentro con una imagen de pesadumbre que hace que quiera morir en ese mismo momento. Mis hijas están llorando en los brazos de mi madre. Al verlas, mi instinto paternal hace que quiera abrazarlas y darles consuelo enseguida. Lo hago y recuperamos un poco de tranquilidad. Me dirijo a nuestra habitación, bueno, a mi habitación, porque ya no hay un «nosotros». Miro hacia el armario, lo abro. Su ropa, sus zapatos... todo sigue ahí. Huele a ella y por el momento todo se quedará en este lugar. Estoy cerrando la puerta del armario cuando observo la caja fuerte. Me acuerdo de las cartas y lo que me dijo sobre ellas: «La tuya quiero que la leas el mismo día que regreses a casa sin mí». Así que abro la caja fuerte y busco mi carta. Vuelvo a cerrar la caja de metal.

Me siento en su lado de la cama, abro el sobre y comienzo a leerla.

Querido Roberto, mi amor:

No estés enfadado conmigo. Siento mucho dejarte solo a ti y a las niñas. Nadie sabe cuánto me arrepiento de no haberte hecho caso antes. Perdóname, por favor. Te quiero, no lo olvides nunca. Y ahí donde vaya te

seguiré queriendo.

Gracias por estos doce años de felicidad que he pasado junto a ti. Me has hecho la mujer más feliz del mundo. Gracias por ser tan buen esposo, padre y tan buen amante. Seguramente, ahora estás sonriendo por esto último que he dicho.

Es verdad, lo estoy haciendo.

No pierdas nunca esa sonrisa que enamora como me enamoró a mí.

Quiero pedirte un par cosas.

La primera es que, hace tiempo, me hice un seguro de vida por si me pasaba algo y tú estás como beneficiario. Fúndetelo con nuestras hijas. Es bastante dinero. No frunzas el ceño que seguro lo estás haciendo.

Joder, cómo me conocía.

Y la segunda es que me encantaría que volvieras a encontrar el amor. Ojalá encuentres a una mujer buena y que os quiera a los tres tanto como os quiero yo. Ante todo, quiero vuestra felicidad.

Dale las gracias a todos nuestros amigos y familiares por esos momentos tan buenos que hemos pasado juntos y por acompañarte en el momento en que me fui.

Deja de poner cara de enanito gruñón.

¡Hostia, puta! Vale, dejo de ponerla.

También quería decirte que debes pasarte por la notaría del señor Villafranca para solucionar unas cosillas que te he dejado por ahí. Llámale y pídele una cita para resolverlo todo con él. Se llama Arturo Villafranca.

A nuestras hijas diles que las voy a querer siempre y que las cuidare ahí donde esté. En sus cartas ya se lo explico todo.

Mi amor, sé feliz siempre y espero que algún día puedas llegar a perdonarme

«Ya lo he hecho», pienso para mí.

Te quiere por siempre, tu esposa Sandra.

Me cago en todo lo cagable. Estoy desolado golpeando el colchón de la cama mientras sostengo la carta en mis manos. Mis lágrimas se han aventurado a salir sin pedir permiso. Tengo rabia, mucha rabia. Pasado un rato me calmo y decido cumplir la primera voluntad de mi mujer. Me dirijo a la notaría del señor Arturo Villafranca. No pido cita, directamente me presento ahí. No puedo esperar. Quiero acabar con esto; cuanto antes, mejor.

Acabo de llegar al lugar donde decía la carta y subo a la última planta. Me acerco a la secretaria y le pregunto por el señor Villafranca. Me dice que está reunido, pero que si me espero un poco podrá atenderme. Respondo que esperaré lo que haga falta y me hace pasar a una gran sala de espera.

Por suerte, no tarda mucho en terminar y esa chica tan agradable que me ha atendido antes, vuelve a aparecer en mi busca para indicarme que ya puedo pasar al despacho de Arturo. El señor Villafranca es un señor serio, pero muy agradable. Me da las condolencias y me dice que mi mujer le ha hablado maravillas de mí y de mis hijas. Me cuenta que en cuanto se enteró de su enfermedad y del poco tiempo que le quedaba, quería dejarnos bien avenidos. Es decir, en pocos días recibiré una cantidad de dinero por ser el beneficiario del seguro de vida que mi mujer tenía hace tiempo. Para mi sorpresa, eso no es todo. Ella, antes de casarnos, invirtió en bolsa unos miles de euros que su abuela le dejó en herencia y, mira por dónde, la hemos pillado en su mejor momento. Me comunica que ahora soy uno de los hombres más ricos de Madrid.

—Señor Martínez, ya está todo en regla. —El notario me habla, pero no lo estoy escuchando; estoy en estado de shock.

—¿Señor Martínez?

—Sí, sí, discúlpeme. Son muchas noticias a la vez y estoy intentando asimilarlo todo para no caer redondo al suelo.

El señor Villafranca suelta una carcajada y a mí se me escapa otra.

—Disculpe, no me esperaba esto y me he puesto un poco nervioso.

—No pasa nada, es normal. Su mujer era estupenda y lo dejó todo bien atado. —Me entrega toda la documentación y, para finalizar, me dice:

—Roberto, ¿puedo decirle algo?

—Por supuesto.

—Ahora que tiene tanto dinero y que supongo no le hace falta trabajar, quiero decirle que, si en algún momento decide seguir ejerciendo, me encantaría que se uniera a nuestro equipo. Necesito gente tan competente como usted. Su esposa me habló de lo bueno que es en su trabajo y yo quiero personas así aquí. Piénselo despacio. Tómese su tiempo. Yo lo voy a esperar con los brazos abiertos.

Le doy las gracias y le digo que me lo pensaré.

Salgo trastornado de aquel lugar y me dirijo a mi casa. Cuando entro por la puerta mi mundo se me viene encima. Ella no está y yo no quiero seguir

viviendo ahí sin ella. Valoro la posibilidad de mudarme, no sin antes preguntarles a las princesas de mi vida qué les parece mi idea. Al principio son reacias al cambio, pero logro convencerlas diciéndoles que en la casa nueva donde vamos a ir tendrán su propia habitación y una piscina donde poder bañarse en verano.

Una vez que me dan el visto bueno, me acompañan a la agencia inmobiliaria y nos decantamos por una gran casa de dos plantas y piscina, a tan solo veinte minutos de Madrid.

—Es perfecta, nos la quedamos. —Y estrecho la mano a la agente inmobiliaria.

—¡Estupendo! Cuando quiera puede pasarse por la oficina y empezamos con los trámites y así finalizar la venta.

Y así es cómo lo hice.

Bien, ya he cumplido la primera voluntad de mi mujer. La segunda está más complicada, ya que creo que no quiero a nadie a mi lado, sino a Sandra. Lo siento por ella, pero eso, de momento, no va a pasar.

Dos años después...

Me encuentro en el despacho que tengo en casa terminando unos asuntos pendientes. Aunque tenga dinero hasta debajo de las piedras, me encanta mi trabajo y sigo ejerciendo como tal. El sonido del móvil me indica que tengo una llamada. No conozco el número, pero me aventuro en cogerlo.

—¿Señor Martínez?

—¿Sí?

—Buenos días, le llamo del despacho del señor Arturo Villafranca; no sé si nos recuerda.

—Sí, sí, claro que les recuerdo. —«Como para olvidarlo», me digo a mí mismo.

—Le paso con el señor Villafranca.

—De acuerdo, gracias.

—¡¿Roberto?!
—¿Arturo?

—Llevo dos larguísimos años esperando a que me llames. Y si Mahoma no va a la montaña, pues es la montaña quien va a Mahoma.

Me quedo estupefacto al escuchar eso y no sé qué responder.

—Señor Villafranca, me alegro de oírle, pero como comprenderá no sé qué

quiere decir con eso.

—Amigo Roberto, uno de mis socios se ha jubilado y necesito a alguien tan eficaz como usted. No se haga de rogar y acepte la propuesta que le hice hace dos años, por favor.

Recuerdo aquel día y aquella conversación y la verdad es que, desde que dejé a mis compañeros, mi casa y cambiamos de aires, no se me había ocurrido volver a trabajar como notario. Con el dinero que nos dejó mi mujer, creé una fundación contra el cáncer de pulmón y así ayudar a los enfermos que no pudieran pagarse un tratamiento y mejorar su calidad de vida.

Desde entonces me he dedicado a eso en cuerpo y alma. También, eventualmente, dono cantidades de dinero para investigación de esta enfermedad.

—Arturo, me halaga mucho que haya pensado en mí, pero no sé si yo...

—No se hable más. Usted tiene que venir aquí. Este es su lugar. Además, no tiene por qué dejar de dirigir su fundación. Podrá llevarlo todo igual que hasta ahora.

Lo pienso por un momento y la verdad es que no vendría nada mal tener otra ocupación fuera de la fundación, así que decido aceptar.

—Sabía que no me defraudaría. Pásese el viernes para ultimar detalle. No se arrepentirá. Muchas gracias. Que pase un buen día. —Y cuelga.

Yo hago lo mismo y como diría mi hija Paula, me quedo unos minutos en *pause* pensando en lo que acababa de ocurrir. Llamo a mi madre y se lo cuento. Ella tendrá que echarme una mano con las niñas mientras yo trabajo fuera. También llamo a Carmen, que es una antigua compañera de trabajo para saber si puedo contar con su hija, Bea, para los días en que mi madre no pueda quedarse con ellas. Me da su teléfono y la llamo. Las dos me dicen que sí y yo pienso que tengo mucha suerte por poder contar con ellas.

Llegó el ansiado viernes. Estoy llegando a la última planta del edificio. Al entrar me acuerdo de la última vez que estuve ahí y del porqué. Intento concentrarme en mi nuevo trabajo y olvidarme por un instante de los malos momentos. Me acerco de nuevo a la misma chica agradable que me atendió en su momento y me indica que Arturo me está esperando en su despacho. Paso un rato hablando con él de cosas banales como la economía en el país, el tiempo, etc. También lo paso escuchando maravillas de su hija Rosa que trabaja aquí con él y me dice que es el motor de la oficina.

Por eso, cuando la volví a ver en mi casa con voz temblorosa diciéndome

que era mi canguro, le di gracias al cielo por enviarme a aquella mujer, aunque esa mañana hubiésemos tenido nuestros más y nuestros menos.

Esa mujer ha hecho que mis hijas y yo pasemos el mejor día desde hace dos años... y no la pienso dejar escapar.

Solo sé que en cuarenta y ocho horas ha puesto mi mundo patas arriba.

Capítulo cuatro

Cuarenta y ocho horas

Es domingo por la mañana y me siento como en una nube gracias al adonis que tengo pegado a mi espalda. Me abraza fuertemente para que no se me ocurra escapar. Hago el intento de poder levantarme y él se aferra a mí de tal manera que, al estar en contacto su piel con la mía, me estremezco de una manera inexplicable.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —respondo con un ápice de vergüenza al escuchar eso de «preciosa». Por favor, si es que este hombre hace que cambie hasta mi forma de ser.

Me da la vuelta para mirarme a la cara y me besa. Yo respondo de la misma manera, porque esos besos me vuelven loca. Nuestras lenguas vuelven a fundirse de nuevo en una, como si ya supieran qué deben hacer. Nuestros cuerpos se están preparando para lo que viene siendo un polvo mañanero del que no me voy a olvidar jamás. Cuando terminamos de darnos los buenos días de esa manera tan efusiva, me ofrece entrar en su baño y yo acepto encantada. Me estoy duchando y siento cómo la puerta del baño se abre y un cuerpo de infarto me hace compañía. Comienza mojando la esponja que tiene sobre la repisa y echa jabón en ella. Posa las manos sobre mis pechos y comienza a frotar suavemente. Ese simple contacto hace que me encienda. Me mira satisfecho. Baja por mi entrepierna y comprueba que no solo estoy mojada por fuera, sino que también lo estoy por dentro.

—Uhm, estás muy mojada.

Siento que ardo por dentro y me tiro literalmente a su boca, y la devoro como si me fuera la vida en ello. Él me corresponde y me llena la boca con su lengua bailando sobre mis labios. Me dejo llevar por ese movimiento y, de pronto, me separo de él y voy en busca de su miembro. Lo agarro fuertemente, pero sin hacerle daño, y comienzo a moverlo de arriba hacia abajo como si de una zambomba se tratase. Lo veo gruñir y me indica que si sigo así terminará él solo y ese no es su plan precisamente. Sin pensárselo me coge y me aplasta

sobre la pared de la ducha y me penetra casi sin que pueda reaccionar. Siento un gran escalofrío que hace que llegue al orgasmo en un segundo, pero no lo hago sola. Roberto me indica que él también ha llegado y echa toda su simiente dentro de mí. «Menos mal que tomo la píldora», pienso para mí. Me pongo algo nerviosa al pensar que este hombre pueda tener alguna enfermedad. Roberto nota mi reacción.

—Tranquila, estoy limpio. —Y con esa simple frase me dejo llevar. Ese momento en el que yo creía que iba a ser de relax acaba siendo una ducha de lujuria y pasión.

Salimos del baño para poder vestirnos. Roberto se viste en un abrir y cerrar de ojos y baja las escaleras a la velocidad de un rayo. Me deja en la habitación para que me vista y arregle. Cuando ya lo he hecho, decido ir a la planta de abajo y me lo encuentro echado en el resquicio de la puerta de la cocina con un succulento desayuno. Me estaba esperando para desayunar los dos juntos. Me ha preparado zumo de naranja, tostadas y ha troceado fruta.

—Gracias por el desayuno. Tiene una pinta estupenda.

—Es lo menos que podía hacer después de los buenos días de placer que me has regalado.

Sonrío por lo que me ha dicho y comienzo a comer. Después de tanto ejercicio tengo un hambre voraz.

Terminado mi desayuno recogemos los platos y los metemos en el lavavajillas. Pasamos al salón.

—Roberto, tengo que irme. Mañana trabajo y tengo que estar pendiente del nuevo para que no meta la pata. —Sé que se da por aludido por lo que he dicho y se acerca a mí oído para susurrarme.

—No te preocupes por el nuevo, porque creo que le ha caído muy bien a la hija del jefe.

Empiezo a reírme a carcajadas y él ni corto ni perezoso me coge por las piernas, me echa en su hombro y me lanza al sofá para después torturarme a cosquillas. No puedo parar de reír. En eso su móvil comienza a sonar. ¡Uf, menos mal!, salvada por la campana. O, mejor dicho, salvada por el móvil.

Roberto ve el número en la pantalla y me lo enseña. Es su madre. Le digo que lo coja y él frunce el ceño, pero al final acaba contestando.

—Hola, mamá.

—Roberto, hijo. Las niñas y yo vamos a ir a comer fuera, ¿te apuntas?

—Por supuesto que me apunto.

—¿Estás solo?

—No, mamá, no estoy solo. Está Rosa aquí conmigo.

—¡Ay, qué alegría, hijo! —La madre estaba entusiasmada.

—Mamá, por favor, no empieces con eso otra vez. Anoche se le hizo tarde y ha pasado la noche aquí. Nada más —dice esto y me regala una de sus sonrisas acompañada de un guiño.

—Ya, ya, lo que tú digas, cariño. ¿Rosa vendrá?

—¡Mamá!

—Vale, de acuerdo, ya me callo. —Y puedo escuchar cómo su madre se parte de risa a través del teléfono.

—Tengo que dejarte, Rosa se tiene que marchar. En un rato te llamo y concretamos la hora y el sitio. —Se oye un te quiero y él contesta.

—Yo también a ti, mamá.

Cuando cuelga me mira con esa cara de niño bueno que tiene y me habla con dulzura.

—Rosa, no sé qué has hecho conmigo, pero en tan solo cuarenta y ocho horas has hecho que mi vida sea un caos. Desde que mi esposa murió no he estado con ninguna mujer. Me he dedicado en cuerpo y alma a mi familia, a mi trabajo, y ahora llegas tú...

Lo estoy escuchando y asimilando todo lo que suelta por esa apetitosa boca, y no me puedo creer lo que me está diciendo.

Decido liberarlo de esa angustia que está pasando y le digo.

—Tranquilo, lo que tenga que pasar, pasará. No te agobies. Lo que ha surgido ha sido porque los dos hemos querido y porque nos apetecía. No te tienes que jurarme amor eterno. —Le sonrío como nunca lo he hecho con nadie y me devuelve la sonrisa.

—Rosa, no sé qué decir.

—Pues, no digas nada.

—No quiero agobiarte, pero me encantaría seguir viéndote, que sigas viniendo a cuidar a mis hijas de vez en cuando y que podamos ir a cenar, al cine, o simplemente mantener una conversación.

No para de hablar. Le planto un beso en toda la boca para que deje de decir cosas. Lo consigo. Me mira fijamente. No dice nada, solo respira agitado.

—¿Roberto?

—S... Sí. Joder, Rosa, así no hay quién hable contigo. Me has puesto como el mástil del Titanic.

Lo miro y es cierto. Me parto de risa al verlo, porque se gira intentando recolocarse su maravilloso miembro. No lo consigue del todo, aún está demasiado abultado.

Paro de reír. Le paso mi brazo por su espalda y él se gira para después devolverme el beso y acompañarme a la puerta, porque si seguimos a este ritmo ninguno de los dos saldrá de aquí.

Antes de marcharme le digo que, por favor, no quiero que nadie del trabajo se entere de que nos conocemos y mucho menos que hemos intimado. Sobre todo, mi padre.

—Mañana haremos como que no nos conocemos. ¿Te parece bien?

—Me va a costar muchísimo, pero me parece bien.

—Genial —le digo.

Salgo de la casa y me dirijo hacia mi coche. Arranco y me voy para mi ático. Por el camino recibo una llamada. Se conecta el manos libres para poder hablar y respondo. Es Anna.

—¡Anna! —le contesto toda llena de alegría.

—Rosa, tía, ¿dónde estás? Acabo de llegar a casa y menudo recibimiento me he llevado. Me he encontrado a Bea medio desnuda por el pasillo y a un tío que juraría que era Nick Bateman saliendo de su habitación. Y para colmo voy para tu cuarto y no te encuentro. Bea me ha dicho casi en modo indio palabras que no entendía nada como canguro, niñas, casa, empotrador... De verdad, os dejo unos días solas y os despendoláis de una manera que no se puede aguantar.

No puedo aguantarme la risa y estallo en carcajadas mientras conduzco.

—¡No te rías, cacho de guarra!

Y más risa me da.

—Perdóname, Anna, de verdad, pero es que me lo has soltado así, todo de golpe y me he imaginado a Bea y a Nick por la casa corriendo... ¡ja, ja, ja!

Se hace un segundo de silencio y las dos nos partimos de risa.

—Rosa, lo siento, tengo muchas cosas que contaros y cuando he llegado y no he podido hacerlo me ha dado mucha rabia.

—Anna, para compensarte te voy a invitar a comer a tu restaurante chino favorito, ¿quieres? Y así nos ponemos todas al día.

—Vale, se lo diré a la folladora nata que tenemos en casa. Ahora te veo.

—¡Vale, guapi! ¡Te superquero!

Con las lágrimas saltadas de tanto reír le doy al botón del manos libres para

terminar la conversación y sin darme cuenta ya estoy en casa. Entro en el parking y aparco en mi plaza. Me subo en el ascensor y llego a la última planta donde tenemos nuestro maravilloso ático dúplex.

Busco las llaves en mi bolso y repentinamente se abre la puerta. Anna tira de mi mano hacia dentro y se apresura a llevarme hacia la cocina, que es donde está el adonis de Bea.

¡Por Dios bendito, si es igualito a Nick Bateman!

Bea ríe desde el umbral de la puerta y nos dice que dejemos de babear, que ya babea ella por las tres. Al cabo de un rato, el nuevo *Bateman* se despide de nuestra amiga y las tres nos arreglamos para ir a comer juntas.

Llegamos al restaurante. Wu, nuestro camarero preferido, nos atiende nada más vernos. Pedimos un montón de platos que no tardan en llegar.

Mientras degustamos nuestra comida, Anna nos suelta así sin más que ha conocido a un hombre maravilloso.

—Chicas, se llama Jorge y es bombero. Casualmente ha pedido el traslado a Madrid y llega en un par de días. ¿Os podéis imaginar la tableta de chocolate que tiene?

—¿Y la manguera? —pregunta Bea.

Al escuchar esto, a Anna se le escapa de la boca todo el contenido que tenía dentro de la boca y ya no podemos aguantarnos más. Empezamos a reír como si nos fuera la vida en ello y es Wu quien nos llama la atención porque estamos liando un escándalo descomunal. Le pedimos perdón, pago la cuenta y le dejo una buena propina por las molestias causadas. Salimos del restaurante despavoridas; eso sí, muertas de risa.

Al salir del restaurante propongo ir a tomarnos un café al pub que tenemos cerca de casa y las dos aceptan encantadas.

Entramos en el pub, divisamos una mesa libre y ahí es donde nos sentamos. Se acerca el camarero y nos toma nota. Pasamos del café y nos pedimos tres copas para despedir la semana y celebrar que las tres volvemos a estar juntas otra vez. Anna ha conseguido quedarse en Madrid por un tiempo y no tener que viajar tanto a no ser que sea muy necesario.

Bea nos relata su fin de semana con Ian y nos confiesa que ese hombre le gusta mucho y que espera que le dure más que los otros que ha tenido.

Yo les cuento que sin saber ni cómo ni cuándo me liaron para ir al parque de atracciones, que me subí en el tren de la bruja y en no sé qué más, el beso accidental, la foto y cómo terminé en la cama de mi supuesto compañero, que

me empotró varias veces en diferentes lugares de su casa.

Finalizadas nuestras copas, regresamos a nuestro ático. «Por fin en casa», me digo. Me doy una ducha de las que me gustan, me pongo mi pijama y les digo a las chicas que no voy a cenar nada. Estoy agotada. Estoy a punto de meterme en la cama cuando recibo un *WhatsApp*. Abro la aplicación de mi móvil y es don Soy el mejor en todo.

—Buenas noches. Mi cama aún huele a ti. Mañana nos vemos. Un beso.

Me quedo embobada mirando el mensaje y le respondo pasados unos segundos.

—Ojalá la mía también tuviera tu olor —¿He dicho yo eso?

Veo que me está escribiendo algo.

—Eso tiene fácil solución. Mira por la ventana.

¡No me lo puedo creer! ¡Este hombre está loco! ¿De verdad que ha venido solo para echarme un polvo? ¿Y las niñas?

Me asomo para verle y ahí está saludándome con la mano. Coge su móvil y me llama.

Justo al descolgar oigo que me dice con ese tono que me encanta.

—¿Me vas a dejar aquí solo? Déjame subir, por favor. Te daré un beso de buenas noches y me iré.

Empiezo a reírme, porque ha puesto los labios haciendo pucheritos como si fuera un bebé y ante eso no puedo hacer nada. Lo dejo subir y en un abrir y cerrar de ojos ya lo tengo llamando al timbre de la puerta.

Mis amigas salen a toda prisa para saber quién está llamando a la puerta a esas horas y les digo que es Roberto, que ha venido para darme las buenas y que se marchará enseguida.

Bea y Anna se quedan paralizadas mientras observan la escena.

—Buenas noches, preciosa.

Y me planta un beso en todos los morros que me deja hasta sin respiración. Las chicas que lo están viendo todo no hacen otra cosa nada más que babear y para que dejen de hacerlo no me queda más remedio que presentárselo. Una vez hechas las presentaciones, aunque a Bea ya la conocía, él hace el amago de irse, pero ahora soy yo quién lo agarra de la muñeca y lo arrastra hasta mi habitación. Ya dentro de mi cuarto nos fundimos en un maravilloso beso mezclado con pasión y fervor. Nos separamos un instante para coger aire.

—Estás loco.

—Tú eres la culpable. No puedo parar de pensar en estos dos días y tenía

que verte esta noche. Aunque sé que te veré todos los días, eso va a ser un sufrimiento, porque tendré que disimular que no nos conocemos.

Me río por cómo me lo está diciendo y sello su boca con un beso.

—Esto se está convirtiendo una costumbre —me dice con la sonrisa en los labios.

—Espero que no calles a todo el que no pare de hablar de igual manera que me paras a mí. Pongo los brazos en jarras y me hago la enfadada, pero él se da cuenta y con las mismas, me lanza sobre mi cama y empieza a darme un millón de besos por todas partes, pelea con mi pijama hasta que logra liberarme de él. Yo hago lo propio con su ropa y nos metemos dentro de mis sábanas.

Comienza a mordisquear mis pezones y besar mis pechos. Continúa dejando un reguero de besos por mi ombligo hasta que llega a mi monte de venus totalmente depilado y comienza lo que llamo una comida de coño en toda regla. Me dejo llevar y le hago saber que estoy a punto de correrme. Acelera los movimientos de su lengua hasta que ya no puedo más y mi esencia es la que entra por su perfecta boca. Alza la vista con ojos victoriosos y ahora soy yo la que lo pone sobre mi colchón y hago la misma operación que él ha hecho conmigo. Lo voy besando lentamente por esos cuadraditos que me vuelven loca y me apresuro hasta llegar a su polla. Roberto me mira fascinado por lo que voy a hacer y no lo hago esperar más. Me introduzco semejante manjar en mi boca y empiezo a chupar de abajo hacia arriba, salivando y saboreando las pequeñas gotas de semen que empiezan a salirle por su capullo. Mi ritmo cada vez es más rápido y por cómo gime, sé que no tardará en llegar al final. Abro más mi boca y me la meto entera, incluso me da una arcada de lo profunda que me la he introducido, pero sigo con mi cometido. La saco un segundo para poder meneársela un poco y volver, hasta que por fin siento cómo el líquido blanco y salado llena mi boca.

Extasiados y agotados pasamos a mi baño y nos limpiamos. Fijamos nuestras miradas el uno en el otro sin saber qué decir.

Cuando volvemos a la cama, es demasiado tarde y Roberto tiene que retornar a su casa. Nos despedimos con un piquito en los labios y se va. Me giro para volver a mi habitación y veo a doña Col y a doña Flor mirándome muertas de la risa. Les levanto mi dedo corazón a la vez que les sonrío. Me voy a dormir.

Capítulo cinco

La amenaza

A las siete de la mañana suena la alarma de mi teléfono y me visto como una autómatas, empiezo mi rutina diaria. Me levanto y me dirijo hacia mi baño. Medio dormida me doy una ducha y mientras lo hago recuerdo con una sonrisa de oreja a oreja las buenas noches que me vino a dar Roberto. Este hombre es insaciable. Me gusta. Hoy tendré que verlo y hacer como si nunca hubiera pasado nada. No quiero comentarios ni corrillos ni mucho menos cotilleos de patio de vecinas. Salgo de la ducha y de mis pensamientos para poder vestirme acorde con mi trabajo. Me planto un traje de chaqueta y falda de color negro, camisa de color rojo pasión, unas medias que llegan hasta los muslos dejando entrever el encaje que hay en ellas y mis tacones de color rojo también. A mi padre no le hace mucha gracia que me vista tan... ¿sexy? Sí, yo diría que se pone nervioso cuando mis compañeros masculinos me miran con deseo cuando hablo con ellos. Y no le culpo. Si mi hija vistiera así también me preocuparía, ja, ja, ja. Pero como soy yo la hija, pues me visto como me venga en gana. Terminó con el maquillaje y el pelo y lista para comenzar una nueva semana de casos aún sin resolver y nuevos por acoger. Menos mal que ya empieza Roberto a trabajar y podremos asignarle tareas para que no se nos acumulen.

Salgo por la puerta. Bea y Anna aún duermen. Ellas comienzan su jornada más tarde.

Bajo en el ascensor hasta la planta del sótano, en el parking donde se encuentra mi coche.

Está todo muy silencioso y solitario. Me encamino hacia mi plaza de aparcamiento y puedo oír el repiqueteo de mis preciosos tacones... Un momento. Siento una extraña sensación que me hace temblar, porque de pronto he sentido como si alguien estuviera detrás de mí. Me ha dado un miedo terrible. Me ha recordado a las pelis de terror donde la chica es atacada por el payaso asesino y la sierra mecánica. «Rosa, ¡por Dios!, estás perdiendo la cabeza por momentos», me recrimino a mí misma.

Me subo al coche, arranco y salgo pitando de ahí para mi oficina.

Por suerte a esas horas no hay mucho tráfico. No tardo en llegar al edificio donde trabajo. Aparco de nuevo y voy a la cafetería que tenemos justo en la acera de enfrente de la notaría.

—Buenos días, Paco —saludo al señor mayor que está detrás de la barra.

—Buenos días, Rosa. ¿Lo mismo de siempre?

—Sí, por favor. ¡Gracias!

—¡Marchando un té negro hecho en leche y media integral con tomate y serrano! —se oye cantar a Paco desde la barra hacia la cocina.

—¡Oído, cocina! —le responden desde el fondo.

Mientras espero mi desayuno diviso el periódico y me aventuro a cogerlo para leer las noticias que han ocurrido este fin de semana, ya que no he tenido mucho tiempo de enterarme qué ha pasado en el mundo, porque ciertas personas —en especial una— me han tenido un poquitín ocupada. Mi sonrisa vuelve a mi cara cuando recuerdo todo lo ocurrido. Pero tan pronto ha venido como tan veloz se esfuma al leer el primer titular que ocupa casi toda la portada del noticiero.

El preso Sergio Rodríguez de 34 años, condenado por abusar de su mujer y maltratar a sus hijos, ha fugado del centro penitenciario Madrid IV de Navalcarnero.

En ese momento Paco trae mi desayuno y unas ganas irrefrenables de vomitar hacen que salga despavorida hacia el cuarto de baño a echar lo que aún no me he comido. Entro como las balas y me inclino sobre el retrete a vomitar, pero no consigo que salga nada. Abandono el pequeño habitáculo y me echo un poco de agua del lavabo en la nuca, respirando varias veces profundamente para que mis nervios bajen de nivel. Se abre la puerta. Es Luisa, la cocinera, que se ha apresurado a entrar al verme salir corriendo hacia al baño.

—Rosa, bonita, ¿te encuentras bien? —Su voz es de preocupación.

—Sí, lo siento, Luisa. No es por tu desayuno, es por lo que acabo de leer en el periódico.

—¿Es por ese sinvergüenza que te amenazó hace años, verdad?

—El mismo —respondo como puedo.

Es en ese preciso momento cuando recuerdo las palabras de ese malnacido.

Cuando consiga salir de la cárcel iré a por ti y te haré gemir como una perra hasta que me supliques que pare.

Me costó una eternidad borrar esas palabras de mi mente y qué fácil ha sido recordarlas de nuevo.

Salimos Luisa y yo juntas del aseo y me insta a comerme lo que me ha preparado. Aunque se me ha quitado el apetito, no pienso dejar que ese hijo de la gran puta me trastoque mi vida actual. Ya me jodió la vida por un tiempo y no va a volver a hacerlo. Esta vez no.

Por esa época yo era la abogada de su mujer y entre las dos conseguimos que ese cabrón acabara entre rejas. Cuando lo condenaron me juró —mientras los funcionarios se lo llevaban a prisión— que se vengaría tarde o temprano. Y ahora se ha escapado y sé que vendrá a cumplir su promesa.

Por lo que he podido leer en el periódico, provocó una pelea con arma blanca y terminó magullado por varias partes de su cuerpo. Lo tuvieron que atender en el hospital. Ahí, la enfermera pidió amablemente a los agentes que le quitaran las esposas para poder curar mejor la herida que tenía justo en la muñeca. Uno de los policías dio su negativa, pero la sanitaria insistió y este se las quitó. Cuando ya fue liberado de los grilletes, la enfermera con sumo cuidado empezó a curar la herida. Pero en un descuido en el que ella se giró para coger otra gasa, la empujó con fuerza contra la bandeja de curas, y sin que los agentes pudieran darse cuenta de lo sucedido escapó del hospital. La policía lo está buscando sin descanso.

Termino el delicioso desayuno que Luisa ha preparado con tanto cariño y subo rápidamente hacia el despacho de mi padre para informarle de los nuevos acontecimientos.

Cuando paso al interior de su oficina encuentro a mi padre con un semblante bastante serio y con cara de preocupación. Está hablando con alguien por teléfono.

—Bien, quiero vigilancia las veinticuatro horas. No quiero que ese perturbado se acerque a mi hija ni a nadie de su alrededor, ¿entendido? —le oigo decir bastante enfadado y cuelga.

Me mira fijamente. Ha cambiado su expresión. Ahora ya no tiene rabia, es miedo, impotencia.

—Papá, acabo de enterarme. Tranquilo, no me va a pasar nada. Seguro que la policía lo caza antes de que quiera ponerme una mano encima. Estoy segura de ello —miento como una bellaca. Seguro que viene a por mí mucho antes de lo que creo. Pero eso no se lo digo para no preocuparlo—. Así que vamos a

ponernos a trabajar, que tenemos mucho curro.

Le digo esto en tono normal y me acerco para darle un beso superfuerte en la cara. Veo un amago de sonrisa en su rostro.

—Rosa, cariño, no quiero que vayas sola a ninguna parte. He contratado agentes de seguridad para todo el edificio. Y lo siento mucho por ti, pero hasta que esto acabe tendrás a una persona vigilándote todo el tiempo. Te acompañaré si es necesario hasta el baño.

Resoplo como una niña pequeña, y cuando voy a abrir mi boca para protestar me frena levantándose el dedo índice y me indica que no se me ocurra decir ni una palabra.

De esa manera cierro mi preciosa boquita y, por segunda vez en mi vida, le hago caso. Le tiro un beso desde el umbral de la puerta y la cierro.

Me dirijo con paso firme hacia mi lugar de trabajo o por lo menos lo intento, cuando unos brazos fuertes me aprisionan y tiran de mí hacia dentro del despacho. Lo hacen con fuerza y una vez que ha conseguido su objetivo, cierra dando un portazo y me dice.

—¿Se puede saber qué coño está pasando ahí fuera?!

—Ro... Roberto, tranquilízate, por favor.

—¿Cómo quieres que me tranquilice si un poco más he tenido que explicarles a los agentes de qué tamaño uso mis bóxer?

—Eso si quieres se lo puedo decir yo —respondo traviesa, acariciándolo, para que se relaje un poco. Lo consigo, aunque también puedo comprobar que no todo su cuerpo está tranquilo con lo que le he dicho. Cierta parte abultada de su pantalón se alegra de verme y yo también me alegro de verlo.

—No me vengas con tonterías, Rosa.

—Está bien. Si te calmas te lo cuento todo. —Pero antes, buenos días. —Y le planto un beso en todos los morros—. Y ahora que veo que estás más calmado te lo explico.

Le cuento, con todo lujo de detalles, todo lo sucedido con ese malnacido hace unos años. Le digo que mi padre ya se ha ocupado de todo.

—Hay que ponerte un guardaespaldas. — Me dice con su voz autoritaria. Cómo me pone cuando hace eso. Empiezo a reír y él me mira serio.

—¿De qué te ríes? —pregunta extrañado.

—Tu querido jefe se ha adelantado. ¿Ves a ese hombre que parece un armario empotrado? Pues ese es Tom, mi guardaespaldas. Me va a acompañar hasta que todo esto pase.

—¡Joder! ¿No había otro más feo? —dice muy preocupado.

—¡Ja, ja, ja! —Estallo en carcajadas y al verme se une a mis risas—. Pues, se ve que no. Pero no te preocupes, no me voy a enrollar con mi guardaespaldas como en la peli. Yo ya tengo con quién pasar buenos momentos. —Le lanzo un guiño. En ese momento me regala una de sus sonrisas que tanto me gustan.

—Venga, vayamos a trabajar que se nos acumula la faena.

—¡Sí, mi sargento! —Y se pone en modo de saludo. Luego se marcha hasta llegar a la puerta de enfrente.

Paso la mayor parte del tiempo pegada a la pantalla del ordenador terminando informes para los juicios que tengo programados para esta esta semana. Me pongo el *bluetooth* inalámbrico en la oreja y recibo llamadas de clientes, de mi padre y de Roberto. Estos dos últimos preocupándose por mi estado de ánimo.

Roberto no ha parado me mandarme mensajes de calma, ánimo y emoticonos de besos y corazones. Me encanta que sea tan atento.

Me dispongo a hacer un descanso y mi aparato inalámbrico vuelve a sonar, pero no sé quién es. En la pantalla pone desconocido. Dudo unos instantes en contestar, pero decido no hacerlo. Sigo con mi tarea de recoger para hacer mi *kit kat* y vuelve a sonar mi teléfono. Otra vez desconocido. Esta vez sí contesto.

—¿Sí? ¿Diga? —no responde nadie. Vuelvo a preguntar.

—¿Quién es? —insisto. En esta ocasión sí que alguien me responde.

—Hola, zorra. No creas que te vas a escapar esta vez; tu papaíto y ese medio novio gilipollas que te estás tirando no van a impedir que pagues por todo lo que he pasado en ese puto infierno. Tendrás noticias más. Hasta pronto, muñeca. —Y finaliza la llamada.

—¡Grandísimo hijo de puta! ¡Déjame en paz! —comienzo a gritar como una loca y a dar vueltas alrededor de mi mesa. Al escucharme, un grupo de personas se acercan a mi despacho e irrumpen de golpe. Entre ellos estaban mi padre, Roberto y mi nuevo vigilante.

—¿Qué ha pasado, Rosa? —pregunta Roberto muy agitado.

—Ha sido él, él, ¡Me ha llamado y me ha amenazado! Me ha dicho que acabará conmigo como me lo prometió —logro decir sollozando y temblando de miedo.

En décimas de segundos Roberto se acerca a mí para consolarme con uno de

sus abrazos y mi padre se queda a cuadros cuando contempla semejante estampa. Yo me dejo abrazar y proteger por él. Por encima del hombro puedo observar la cara de circunstancia de mi progenitor, no entiende nada, pero lo pilló al vuelo. Le pide a Tomás, mi guardaespaldas, que salga junto a él mientras Roberto me calma y me hace saber que dentro de un rato se volverá a pasar para hablar conmigo a solas. Y ese a solas lo acentúa para que yo lo entienda. Y lo he entendido perfectamente.

Una vez que ya han salido los dos por la puerta, consigo deshacerme poco a poco de los brazos de Roberto. Él me observa con cara de angustia y me pasa sus manos por el rostro secándome de paso cada lágrima que he derramado minutos antes.

—Tranquila, estoy aquí contigo. Ni tu padre ni yo, vamos a dejar que ese cabrón te haga daño. Voy a hablar ahora mismo con Arturo y desde este momento te vas a venir a mi casa a vivir, por lo menos hasta que todo esto termine. Sé que nos conocemos desde hace un par de días, pero siento la necesidad de protegerte con mi vida. Pondremos vigilancia para Bea y Anna, por si ese imbécil se le ocurre aparecer por ahí.

No puedo respirar, me he quedado en shock. Me suelta con delicadeza y se dirige hacia dónde está mi padre para hablar con él.

Al rato siento pasos acercándose. Entran Roberto y mi querido padre seguido de Tomás.

—Hija, he estado hablando con Roberto. Y la verdad no me parece mala idea que pases unos días ahí en su casa. Me consta por Bea que te has ganado a sus pequeñas en muy pocos días y que ahí estarás a salvo. Eso sí, yo pasaré todos o casi todos los días verte.

—Papá, no es necesario que hagáis esto por mí. Con la vigilancia de Tomás es suficiente. No voy a trastocar mi vida por un loco. Roberto me mira enfadado y le pide a mi padre con la mirada que le eche una mano. Él le sonrío, porque sabe perfectamente que cuando algo se me mete en la cabeza es muy difícil que cambie de opinión.

—Papá, ¿podrías dejarnos un momento a solas a Roberto y a mí, por favor?

—Por supuesto, Rosa. Suerte, campeón —le suelta mi padre con un atisbo de sonrisa, un poco más relajado, dándole un golpecito en el hombro a mi adonis particular.

—Gracias, Arturo, pero no la necesito —le contesta muy seguro de sí mismo. Vaya, ya estaba tardando en salir el macho alfa que lleva dentro.

Antes de que me diga nada le digo.

—No quiero que te enfades, pero no me parece correcto irme a tu casa a vivir, cuando apenas nos conocemos de dos días. Además, no pienso dejar que el pánico ni el miedo se apoderen de mí, solo porque a un descerebrado se le haya ocurrido la magnífica idea de amenazarme. —Esos ojos verdes no hacen otra cosa que fijarse en mí cuando le estoy dando mis razones de por qué no voy a ir con él, aunque me muera de ganas.

—Vale, ¿has acabado? —es lo único que me dice.

—Eh..., creo que sí —respondo dubitativa.

—Bien, pues recoge tus cosas, porque por hoy ya has terminado de trabajar. Nos vamos a tu casa para que te mudes a la mía.

¡¿Cómo?! ¿Pero este tío de qué va?

—Roberto, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Lo he escuchado perfectamente.

—¿Y?

—Y nada. Te vienes conmigo —me lo dice con un semblante muy serio.

—No, no voy a ir a ninguna parte. La época de yo soy el hombre y se hace lo que yo diga terminaron hace tiempo, ¿no lo sabías?

Se da la vuelta, me coge de la muñeca y me acerca a su musculoso cuerpo para decirme.

—Yo, Tarzán; tú, mujer. —Arturo ya me había avisado sobre eso y es lo que hay. O te vienes conmigo por las buenas o por las malas.

—No tiene gracia, Roberto. Soy una mujer libre de hacer lo que me plazca —¡Ea! ¡Qué a gusto me he quedado!

—Tú lo has querido. —Se lleva la mano a su teléfono móvil y marca el número de la persona con la que quiere hablar y le dice.

—No entra en razón. Pasamos al plan B. —Y cuelga.

—¿Plan B? —le pregunto.

—Sí, plan B.

—¿Y se puede saber cuál es ese maravilloso plan B?

—Por supuesto, pero no creo que te guste mucho.

Al acabar de decirme esto, me coge por las rodillas haciendo que me doble y me echa en su hombro como si de un saco de patatas se tratase. Yo pataleo y grito cabreada. Al sentir los gritos, mi padre sale de su despacho. Al verme con la cabeza bocabajo empieza a reír y a decirme adiós con la mano.

—¡Traidor! —le digo a mi querido jefe cuando pasamos por su lado, y este

empieza a soltar las mayores carcajadas que jamás le haya escuchado soltar.

Cuando llegamos al ascensor me suelta en el suelo y antes de que pueda reaccionar, junta sus labios con los míos y empieza a jugar con mi lengua como si no hubiera un mañana. Ese beso hace que calme mis nervios por la vergüenza que me ha hecho pasar hace unos instantes. Mientras llegamos a la planta baja, no paramos de regalarnos besos llenos de deseo.

Al llegar a nuestro destino, se apresura a cogerme de la mano sin importarle quién pueda vernos y nos dirigimos a su coche para ir a mi casa a recoger algunas cosas y así poder descansar en la de Soy el mejor en todo y se hace lo que yo diga.

Capítulo seis

Mi nuevo compañero de piso

Llegamos a mi piso y ya estaban Bea y Anna en casa. Les cuento todo lo sucedido a lo largo de la mañana de hoy y les explico que voy a pasar unos días en casa de Roberto. Se sorprenden bastante, ya que no soy de cambiar mis costumbres ni forma de vida por cualquier contratiempo.

—Chicas, no voy a dejar de trabajar (y cuando digo esto me giro hacia Roberto y le dedico una mirada inquisidora para que no me lleve la contraria), solo voy a irme una pequeñísima temporada a casa de Roberto. Es por prevenir, nada más. Nosotras vamos a seguir con nuestra vida normal.

—No puedo creer que ese canalla se haya fugado e intente hacerte algo —dice Anna muy preocupada.

—No te preocupes por nada, Rosita. Nosotras también te vamos a proteger y si a ese asqueroso se le ocurre poner un solo pie en esta casa, le arranco los huevos con mis propias manos —suelta Bea.

Se hace un silencio sepulcral cuando todos estamos observando a Bea cómo gira su mano cerrada en un puño como si de verdad le estuviera retorciendo los testículos al individuo y no podemos aguantarnos y retener toda la tensión que llevamos acumulada durante toda la mañana y la soltamos en forma de risotada.

—Gracias, chicas, sois las mejores amigas del mundo mundial.

—¡Hasta el infinito y más allá! —dicen las dos al unísono y nos fundimos en un superabrazo de amiguis, sin parar de reír.

Entramos en la casa de Roberto y este ya ha avisado a su madre y a las niñas de que voy a pasar unos días ahí con ellos.

—¡Rosa! —Las dos niñas se acercan corriendo como dos torbellinos y tengo que aguantar el equilibrio, porque casi nos caemos las tres al suelo.

—¡Hola, preciosas! ¿Qué tal ha ido el cole hoy? —Intento establecer una conversación de lo más normal para que las niñas no noten preocupación en nosotros dos.

—¡Muy bien! Les he contado a mis compañeros de clase la canguro tan

guapa que tengo y lo bien que lo hemos pasado este fin de semana con ella — me contesta Marta con una cara de felicidad que ilumina toda la entrada.

—¿Y tú, Paula? —le pregunto a la mayor.

—Muy bien, también. Papá nos ha dicho que se te ha inundado tu casa, que tardarán unos cuantos días en arreglártela y que por eso vas a estar un tiempo con nosotros, ¿es eso cierto?

Miro la cara de Roberto y asiente con la cabeza para que le confirme la mentirijilla que les ha contado a sus hijas. Me alegro de que no haya contado el verdadero motivo por el que estoy aquí. Me acerco a la niña y le explico.

—Es cierto, a mi vecina de al lado se le ha reventado una tubería, ha traspasado mi pared y está todo hecho un desastre. Mis amigas han ido a casa de sus novios a pasar estos días mientras el seguro lo arregla todo. —Alzo la vista y es la madre de Roberto la que me mira con esa ternura que la caracteriza y me da la bienvenida con un cálido abrazo.

Parece que se lo han tragado y nuestra ya mentira ha surtido efecto. No vuelven a preguntar las razones de mi inesperada visita.

Roberto me insta que lo acompañe para indicarme cuál será mi habitación. Me lleva a un dormitorio decorado con muy buen gusto. Es una habitación muy amplia, con cama de matrimonio y, por supuesto, con su cuarto de baño dentro del mismo.

—Espero que te guste y estés cómoda aquí. Te llevaría a mi habitación, pero no lo veo factible por si mis hijas se molestan. ¿Lo entiendes, verdad?

—Por supuesto que lo entiendo. Además, yo hubiera hecho lo mismo. No te preocupes, este sitio es perfecto.

—No tan perfecta como tú —Pasa su mano por mi rostro y me acaricia todo el contorno de mi tez blanquecina.

—Por favor, para, están tus hijas en la puerta de al lado —le digo sonriéndole.

—No puedo parar, me vuelves loco. Y al pensar que te tengo en mi casa, bajo mi techo y que vas a dormir pared con pared y no conmigo, enloquezco aún más—.

—¡Calla ya, loco! —Suelto en broma, pero se me corta el cachondeo cuando al pronunciar esas palabras recuerdo el verdadero motivo por el que me encuentro en esa casa.

—¿Estás bien? —me pregunta mi empotrador nato con preocupación.

—Estoy asustada. ¿Y si...? ¿Y si consigue hacerme daño? Ese hombre es

capaz de cualquier cosa. Abusó de su mujer y maltrató a sus hijos tanto que casi los lleva a la muerte.

—No permitiré que te ocurra nada. Te lo juro.

—Gracias. Espero no ocasionarte muchas molestias.

—Déjalo ya, y no pienses en eso ni en nada más. Pasemos estos días como unas vacaciones. Ven, vamos para el salón, mi madre nos ha preparado algo de comer. No has probado bocado en todo el día.

Bajamos al salón y Dora nos había preparado un montón de cosas ricas. No pude resistirme a tanta exquisitez y me puse morada de comer. No podía creerme que después de estar todo el día con el estómago cerrado pudiera almacenar tanta comida en mi estómago. Le hice saber a la abuela de las niñas que todo estaba riquísimo. Dora se sintió espléndida con mi comentario.

Pasé la tarde terminando lo que me había dejado pendiente por la mañana antes de que el susodicho me amenazara. Le hice saber a Roberto que me iba a dar una ducha antes de acostarme.

—Roberto, voy a darme una ducha y después me iré a la cama. Mi cuerpo y mente no pueden más —le informé.

—Está bien, las niñas están terminando de cenar y en cuánto se acuesten me pasaré a ver cómo sigues. Estás en tu casa. —Se le escapa una media sonrisa con lascivia y me tengo que girar para que nadie vea la cara que estoy poniendo, porque sé que Roberto aparecerá en mi cuarto para desearme buenas noches.

He terminado de ducharme y me estoy secando, cuando siento que la puerta del baño se abre muy lentamente y veo aparecer a través del espejo a un dios del Olimpo. Acaba de ducharse también y va solo con un bóxer de color negro que le queda como un guante. Se queda echado sobre el marco de la puerta observándome con esa mirada que te derrite en un microsegundo.

Me giro para verlo y en ese momento se me cae la toalla al suelo. Rápidamente me apresuro a cogerla y un pie me impide que me la vuelva a poner.

—¿Te diviertes? —Me acerco a él.

—Mucho.

Voy a contestarle y como viene a ser costumbre últimamente, tira de mí hacia su atlética figura y me pega a su pecho para después restregar su polla empalmada contra mi sexo desnudo.

Me besa con fuerza y volvemos a fundir nuestras lenguas en una. Se acoplan

la una en la otra a la perfección sabiendo qué hacer en cada movimiento y saliendo despacio para poder mordisquearnos los labios de nuestras respectivas bocas.

Estamos embriagados de pasión y nos dirigimos a la que ahora es mi cama. Nos lanzamos sobre ella para darnos todo el placer que podemos y así liberar todo el estrés acumulado en este día de locura.

Se despoja de su bóxer y sin más preliminares me embiste con prisa hasta que un gemido de placer hace que me arquee olvidándome de dónde estoy. La saca y vuelve a penetrarme esta vez con ritmos más acelerados para acrecentar mi placer y el suyo propio. Con un movimiento veloz rasga un preservativo que supongo llevaba escondido y cuando va a ponérselo le digo que tomo la píldora y que estoy limpia (recuerdo nuestro encuentro en el baño cuando lo hizo dentro y él me comentó lo mismo que acabo de hacer yo). Por si acaso se lo recordé. Él confía en mí, y está feliz porque va a poder correrse a pelo. Sigo debajo de él y me levanta las piernas para que le rodee la cintura con ellas y así poder tocarme mi ano con su mano. Palpa despacio mi entrada trasera hasta que logra introducir el dedo. Se me escapa otro gemido de placer. Al escucharme lo vuelve más loco aún y se aventura a introducir un segundo dedo llevándome al más puro y loco placer. Se remueve de gusto y yo no puedo hacer otra cosa que seguirle. Nos revolcamos en la cama de un lado hacia otro y disfrutamos al máximo. Al ver mi cara de placer me susurra al oído que se va a correr y yo me dejo llevar hasta sentir otro orgasmo maravilloso como los de estos días atrás. Este hombre hace que pierda la cabeza. Terminamos nuestra pequeña gran fiesta del placer y con unas buenas noches rozando mis labios se despide dándome un último beso hasta la mañana siguiente.

Capítulo siete

Amapolas

De nuevo suena mi alarma a la misma hora de siempre. Apenas he pegado ojo en toda la noche y eso que Roberto puso todo su empeño en que quedara agotada para poder descansar algo.

Es hora de ir trabajar y no pensar en cierta alimaña que me trae de cabeza.

Me levanto haciendo un esfuerzo terrible hasta que finalmente lo consigo. Me despejo dándome una buena ducha y me siento de maravilla. Arreglo mi cabello y maquillo mi careto para disimular estas ojeras y mis párpados hinchados por no haber dormido bien.

Bajo al salón. Dora está preparando el desayuno de las niñas para después llevarlas al colegio. Ha decidido quedarse un tiempo en casa de su hijo, ya que el padre de Roberto murió cuando él era pequeño y como no tiene hermanos, así podrá disfrutar y atender mejor a sus nietas.

—Buenos días, Rosa. ¿Qué tal has dormido? —me pregunta Dora.

—Buenos días, Dora. Muy bien gracias. —Cualquier día me empieza a crecer la nariz como a Pinocho.

La mujer me mira y me invita a tomar algo de lo que está preparando, para que no me vaya con el estómago vacío. Le doy las gracias y le digo que desayunaré en el trabajo, ya que tengo mucho que hacer y no quiero entretenerme. Mientras declino la invitación aparece mi adonis con sus preciosas niñas bajando las escaleras. Están hablando del próximo concierto de Adexe y Nau que tendrá lugar en unos meses en Granada. No puedo evitar escucharlos y me atrevo a decirles.

—A mí me encanta cómo cantan esos niños. Mi sobrina Valeria los escucha todo el tiempo. Ella también tiene ocho años y se sabe todas las canciones. Además, mi amiga Anna ya ha coincidido con ellos alguna vez y creo que podría presentárnoslos —y sigo diciendo—. Yo soy de Granada y no habría problema en asistir ahí.

Las niñas se quedan con la boca abierta al escuchar todo lo que he soltado en un momento, pero más sorprendido se ha quedado Roberto al ver cómo sus

hijas no pueden pronunciar palabra de golpe.

Paula y Marta se miran y las dos a la vez, sin decir nada, se abalanzan sobre mí. Siento cómo me abrazan y me comen a besos y no puedo hacer otra cosa que unirme a esas muestras de cariño. Cuando consigo deshacerme de ellas les digo que no se preocupen que yo me encargaré de todo.

—Bueno, bueno, ya lo organizaremos —les dice Roberto a las niñas—. Ahora id a desayunar y terminad de arreglaros para ir al colegio. Hoy os llevará la abuela. Mamá, nosotros nos vamos para no llegar tarde.

Nos despedimos de las niñas y de Dora. Salimos de la casa. Nos montamos en su flamante coche y nos dirigimos hacia la oficina no sin antes parar a desayunar en nuestra habitual cafetería. Terminamos nuestros desayunos y llegamos a nuestro lugar de trabajo para iniciar cada uno nuestras respectivas tareas. Paso a visitar a mi padre para darle los buenos días y decirle que esté tranquilo porque me encuentro de maravilla (vuelvo a mentir).

Al salir del despacho observo que Valentina no ha llegado aún y eso me extraña, porque ella es doña puntual. En todos los años que lleva aquí con nosotros nunca ha llegado tarde, incluso en alguna ocasión ha venido a trabajar ardiendo de fiebre.

Estoy mirando su mesa cuando oigo el timbre del ascensor anunciando su llegada y de él sale una Valentina un poco demacrada.

—Valentina, ¿te encuentras bien? —le digo con tono preocupado.

—De maravilla —me responde pareciendo estar feliz.

—Anoche conocí a un tipo increíble y no he dormido mucho que digamos. —Y empieza a reír por lo bajini para que mi padre no la escuche.

—Me parece genial, pero deberías tener cuidado cuando salgas, porque tienes un aspecto un poco desastroso hoy. Anda, ven a mi despacho y entra al baño para arreglarte un poco. Te dejaré maquillaje y, con suerte, mi padre no notará tu impuntualidad ni tus pintas de hoy.

Hace lo que le digo y cuando ya hacemos lo oportuno con su cara y pelo le ofrezco un café para que por lo menos pueda aguantar la mañana de trabajo.

—Gracias —Está un poco avergonzada. Se dirige hacia su mesa y mientras va hacia ella se vuelve para decir.

—Bonitas flores.

—¿Qué? ¿Flores? ¿Qué flores? —me pregunto a mí misma.

Giro la cabeza para ver dónde se encuentran las flores y ahí están. Justo en una mesita de cristal que tengo situada en un rincón. Donde se suponía que

debía estar una lamparita, se halla un gran ramo de amapolas de color rojo. No sabía cómo actuar y lo primero que se me vino a la cabeza fue buscar el significado que tiene la amapola cuando alguien las regala. Una vez vi un reportaje sobre el significado de las flores. No sé por qué, pero de pronto se me ha venido a la cabeza buscar lo que significa. No es una flor muy común para regalar, así que, antes de alarmarme, decidí investigar su significado. A lo mejor las había dejado mi padre, aunque eso era algo imposible, porque él sabe que adoro las rosas rojas. También se me pasó por la mente que podría haber sido Roberto, pero también lo descarté, ya que se había pasado todo el tiempo conmigo.

Pincho en el buscador de Google y pongo significado de amapola. Salen las imágenes de un montón de amapolas rojas y más abajo veo un enlace donde te informa sobre ellas. Vuelvo a darle y me quiero morir por lo que leo. No puedo moverme. Mi cuerpo está temblando y no soy capaz ni de respirar. Las amapolas significan ‘muerte’. Su estambre es negro como las balas y sus pétalos rojos como la sangre.

Me acerco al dichoso jarrón y lo lanzo literalmente al suelo soltando un grito despavorido de rabia. En él se encuentra una nota: «Las pondré sobre tu tumba».

Al escuchar tal estruendo, Roberto, mi padre, Tomás, e incluso mis secretarías Estela y Valentina entran en mi despacho como almas que lleva el diablo.

—¿Qué te ocurre, tesoro?! —me pregunta mi padre aterrorizado.

—Ese hijo de puta me ha mandado flores —digo entre sollozos.

—¿Quién cojones las ha puesto ahí?! —pregunta Roberto en ese tono que me pone perraca (Rosa, por Dios, que te están amenazando y tú pensando en perrerías).

—He... he sido yo —responde Estela con un hilo de voz muy asustado—. Las ha traído un mensajero esta mañana. Me ha pedido si podía subirlas yo, porque tenía la furgoneta de reparto mal aparcada y como yo estaba en la puerta... —Y es en ese momento cuando Estela rompe a llorar como un bebé.

Intento tranquilizarme. Me acerco a ella y le hablo con voz seca.

—Estela, entiendo que ayudas al chico, porque tienes un corazón que no te cabe en el pecho, pero tenemos que ser cautos con todas las cosas que pueden llegar a nuestras manos. Esas flores no significan amor precisamente. El estambre de color negro simboliza una bala y sus pétalos rojos son la sangre.

Está clarísimo el mensaje, ¿no? —Y al terminar de decir esto, los miro a todos, porque están observándome fijamente mientras le tengo las manos cogidas a Estela, que por cierto ya ha dejado de llorar.

—También ha dejado una nota diciendo que las pondrá en mi tumba.

Silencio es lo hay en ese momento. Pero no dura mucho, porque Tomás empieza a hacerle preguntas a Estela sobre la hora de entrega de las flores, si firmó resguardo de entrega, si vio la furgoneta... Vamos, un millón de preguntas y apenas pudo responder a unas cuantas. El tipo en sí que trajo las flores llevaba una gorra y gafas de sol, por lo que no pudo verle la cara y solo le dijo que me las entregara a mí. No dejó ningún tipo de factura ni nada parecido. Estaba claro. Sergio nos había vacilado en toda la cara.

Capítulo ocho

Sin rastro

Han pasado varias semanas y no he vuelto a saber nada del cabrón de Sergio. ¡Aj!, ¡qué asco me da pronunciar su nombre! No sé si es bueno o malo que no haya dado señales de vida. La policía no ha dado aún con su paradero. Está desaparecido. Los agentes nos han explicado que tiene que haber alguien que lo esté ayudando, porque cuando creen que están cerca de atraparlo todo se va al garete. Vuelve a desaparecer y vuelta a empezar. He perdido peso durante estas semanas de angustia. Vivir en este estado de nerviosismo no debe ser bueno para mi estómago, ya que cosa que como, al poco tiempo se va fuera.

Roberto y mi padre me riñen cual niña pequeña para que me tranquilice, porque si sigo por este camino acabaré enfermado. Pero hasta que esto no termine no tendré la paz que necesito y así recuperar mi tranquilidad.

Es jueves por la mañana. Hago presencia en el trabajo acompañada por todo mi séquito de guardaespaldas, dícese de Roberto y Tomás. Y me adentro en mi despacho no sin antes recibir uno de esos besos maravillosos que mi adonis me da cada mañana antes de empezar nuestra dura tarea de defender al ciudadano. Aunque a veces metamos la pata y no llueva a gusto de todos, que es como me veo yo ahora.

Paso como todas las mañanas por la puerta de mi padre y otra vez Valentina llega tarde. Esta chica desde que sale con ese novio que se ha echado no da pie con bola. Últimamente llega tarde o se ausenta más de la cuenta y mi padre está empezando a perder un poco la paciencia con ella. Los primeros días yo la excusaba con cualquier cosa, pero ya se me han acabado las excusas y también, como mi padre, ya no aguanto más tonterías. El día menos pensado acabará en la calle. Es una pena, porque es una chica bastante competente e inteligente. Chicas como ella no se encuentran todos los días. Ese hombre que la ronda no le está beneficiando en nada. Bueno, él sí que se la está beneficiando. Ha dejado de arreglarse como hacía antes y eso es algo que da mala imagen a la empresa.

Después de darle los buenos días a mi padre, descuelgo el teléfono y marco

el número de Anna. Al segundo tono me lo coge.

—¡Hola! —me saluda con ese tono de alegría que siempre tiene.

—¡Hola! —respondo casi con el mismo tono.

—Anna, necesito un enorme favor.

—Si está en mi mano, cuenta con ello —me responde.

—A ver... La semana que viene es el concierto de Adexe y Nau, en Granada, y me gustaría asistir con Roberto y sus niñas. Están como locas por asistir a uno y yo les he dicho que tú podrías conseguirnos las entradas y que, incluso, podríamos llegar a conocerlos. ¿Puedes hacer eso por mí, por fi? —Y esto último lo digo como si se lo estuviera pidiendo una niña pequeña a su mamá.

Pasan unos segundos y la siento troncharse de risa.

—¡Pero bueno! ¡Ja, ja, ja!

—¿Qué te pasa? —pregunto con la sonrisa en los labios y empezando a reír, porque la risa de Anna, aunque no quieras, es muy contagiosa.

—Nada, nada, solo que no me esperaba que me pidieras eso. —Carraspea un poco y me habla—. De acuerdo. Tienes la gran suerte de que tu queridísima amiga, o sea yo, voy a organizar ese concierto. Es decir, como ya he estado con ellos antes y la verdad, quedaron encantados conmigo (pestañea varias veces y se besa ella misma la cara con las puntas de los dedos), han decidido volver a llamarme para ese concierto. Así que cuenta con ello amiga. Y diles a esas pequeñas que conocerán a sus artistas favoritos. Por cierto, avisa a tu sobrina Valeria, porque supongo que también irá, ¿es cierto?

—¡Sí! ¡Te superquero, Anna! —le digo toda emocionada al saber que mi amiga me ha conseguido lo que le he propuesto.

Al decir esto las dos empezamos a reír, porque así es como Bea contesta casi siempre cuando algo le encanta.

—Perfecto —me dice Anna—. Encárgate de preparar el viaje y yo me ocupo de las entradas y de los pases vip.

—Muchas gracias de verdad, significa mucho para mí. Les he cogido bastante cariño a esas niñas.

—Y al padre también —me responde en un tono picarón. Y me cuelga.

Termino mi conversación y, como me encuentro un poco más animada, decido volver a coger el teléfono para llamar a mi madre y darle la buena noticia de que voy a ir el próximo fin de semana a visitarla. La siento aplaudir a través del teléfono y le digo que no voy sola, que Roberto, las niñas y la

abuela de estas me acompañan porque asistiremos al concierto. También le digo que avise a mi hermana para que prepare a Valeria, porque me la llevaré conmigo al evento. Pasa un rato cuando finalizo la conversación con mi querida progenitora y me dedico gran parte de la mañana a informarle a mi padre y a mi querido grano en el culo Tomás que el fin de semana que viene partimos de viaje hacia Granada.

Una vez que he informado a todo el mundo de mi gran fin de semana, me apresuro a buscar hotel para poder alojarnos. Mi madre me ha ofrecido su casa, pero declino su oferta, ya que prefiero hospedarnos en una habitación para no causar molestias.

—Estupendo, muchas gracias. Nos vemos el viernes—. Es lo que le digo a la señorita que tan amablemente me ha atendido al hacer la reserva de las habitaciones del Hotel Los Chapiteles, situado en los pies de La Alhambra. Les va a encantar el lugar. He reservado dos habitaciones. Una triple para las niñas y Dora y otra doble para Roberto y para mí. La nuestra con jacuzzi, por si acaso nos da por utilizarlo y así quitarnos un poquito de estrés que llevamos acumulado durante tanto tiempo.

Paseo por mi despacho un poco para estirar las piernas y miro en mi reloj la hora. Es hora de irme hacia el juzgado. Hoy tengo un juicio. Una sentencia de divorcio. Qué pena que el amor se acabe y no seamos capaz de zanjar el asunto cordialmente. En fin, voy a avisar a Tomás de que nos vamos en cinco minutos.

Me dirijo hacia la puerta y me llama la atención algo que hace que me dé risa. Tomás está junto a la mesa de Estela. Tiene ojos brillantes cuando la mira, vamos, que creo que le hace tilín. Espero unos minutos y los observo. Ella también lo mira igual. ¡Ja, ja, ja! ¡Quién lo iba a decir!

Mientras hago de vieja del visillo, irrumpe en mi puerta un dios del Olimpo y me dice.

—¿Se puede saber qué estás haciendo ahí escondida?

—¡Chiss! ¡Calla, estoy espionando a esos dos! Señalo hacia donde están los tortolitos.

—Vaya, además de guapa, inteligente, de estar buenísima y ser pasional en la cama, también eres cotilla. Me lo apunto —termina por decir Roberto algo divertido por mi actitud.

—¡Serás tonto! —Y cuando voy a darle con la palma de la mano sobre el hombro me agarra del brazo y me planta un beso que me hace temblar hasta la

tirilla del tanga que llevo puesto.

Nuestras lenguas empiezan a bailar acoplándose las dos como ya es costumbre. Me abraza y pasa su musculoso brazo por mi cintura hasta que se asegura que me tiene bien agarrada. Seguidamente, baja despacio por mis muslos y me levanta poco a poco la falda hasta hacerse hueco entre mis piernas y llegar hasta mi ropa interior. Continúa con su tarea de meterme mano, pero queda frustrada al igual que yo cuando mi móvil suena. Es Estela. Roberto me suplica con la mirada que no haga caso, pero puede ser importante y tengo que atenderla. Me recompongo como puedo y le contesto.

—Dime, Estela —respondo un poco agitada.

—Tienes que estar en el juzgado a las doce y media y vas un poco justa de tiempo.

—Es cierto. Dile a Tomás que en cinco minutos salimos. Termino de hablar con el señor Martínez y nos vamos.

—Muy bien. Se lo diré. —Se escucha colgar el teléfono y veo la cara de perrito abandonado que me está poniendo mi empotrador nato.

—Lo siento, de verdad. Nada me gustaría más que retozar aquí en mi despacho contigo, pero tengo un divorcio a las doce y media y no quiero llegar tarde. Esta noche lo solucionamos. Además, tengo una sorpresa para todos vosotros.

—Está bien. Si no te importa, tardaré un poco en salir porque esto que tengo aquí —Se señala su miembro—, necesito que vuelva a su estado natural.

Bajo la mirada hacia su pene y no puedo evitar reír mientras salgo de mi despacho.

—¡Todo tuyo! —Y lo dejo.

Salgo por la puerta y le indico a Tomás —que aún sigue pelando la pava con Estela— que debemos irnos.

Llegamos al juzgado. Pasamos por el arco de seguridad y a lo lejos diviso a mi cliente que ya espera ansioso mi llegada. Lo tranquilizo y le digo que tengo un as debajo de la manga y que este juicio lo tenemos ganado. Él me sonrío satisfecho y nos adentramos en la instancia que nos han indicado para proceder con la dichosa demanda.

Al cabo de un rato salimos victoriosos por el resultado que hemos obtenido. La ya exmujer de mi cliente sale muy enfadada y empieza a insultarnos, porque no ha podido conseguir que su exmarido acceda a lo que ella le estaba pidiendo. Al final, la han detenido unas horas por desacato. Menuda pieza.

Mi defendido y yo nos despedimos en la puerta del juzgado y este se ofrece a llevarme de vuelta a la oficina, pero le digo que ya tengo como volver y se lo agradezco.

Ya estoy de vuelta en mi guarida. Le pregunto a Estela por Roberto y este nos deleita con su presencia justo al terminar de pronunciar su nombre.

—Te invito a comer —me dice.

Y acercándome un poco más a él para que nadie nos escuche, le respondo.

—Vale, pero yo me encargo del postre. —Y sonrío como una adolescente.

Sin más salimos a comer y más tarde lo compenso por haberlo dejado a dos velas antes de irme.

Decidimos no volver a la oficina y así marcharnos a la que lleva siendo, todo este tiempo, mi casa. Por el camino recuerdo que no he hecho reserva para Tomás y me sobresalto. Al ver mi inquietud, Roberto pregunta:

—¿Qué te pasa?

—Nada. He olvidado hacer una cosa y tengo que resolverlo ahora mismo. Llamaré a Estela para me lo haga ella desde el despacho.

Busco mi móvil en el bolso y tardo una eternidad en encontrarlo. ¿Pero cuántas cosas llevo aquí para no encontrarlo a la primera? Me ofusco un poco hasta que por fin lo encuentro. Observo la cara divertida que pone Roberto al ver mi enfado por no encontrar lo que buscaba. Me encanta cuando me mira así.

—¡Aquí está! —grito triunfante.

Pulso el número de mi secretaria y no obtengo respuesta. ¿Qué raro? ¿Dónde se habrá metido? Como en este momento no tengo paciencia, decido llamar a Valentina. Un toque, dos toques, verás que no lo coge tampoco. Tres toques...

—¿Despacho del señor Arturo Villafranca, dígame? —Bien, por fin.

—Valentina, soy Rosa. ¿Sabes dónde está Estela?

—Hola, Rosa. Creo que ha ido al baño.

—De acuerdo. No importa. ¿Puedes hacerme un favor? —le digo con bastante premura.

—Claro. Dime.

—Necesito que entres en mi despacho y encima de mi mesa encontrarás una carpeta con el teléfono de reserva del Hotel Los Chapiteles. Llámale y di mi nombre y número de reserva que tengo hecha y añade una habitación individual. ¿Podrás hacer eso por mí, por favor?

—Por supuesto. Me pongo con ello de inmediato. Te lo soluciono ya.

—Muchísimas gracias. Avísame cuando lo tengas hecho. Chao. —Y finalizo la llamada.

Cuando lo hago tengo a un Roberto extrañado.

—¿Todo bien?

—Más que bien —Tengo una sonrisa de oreja a oreja—. En cuanto lleguemos te lo explico todo.

Llegamos a la casa y salgo corriendo en busca de las niñas. No me puedo aguantar las ganas que tengo de contarles la buena noticia.

—¡Chicas! ¡Chicas! ¿Dónde estáis? —Suelto a voces por toda la casa.

—¿Qué pasa? —Sale Dora de la cocina limpiándose las manos con un paño de cocina a toda prisa.

—Hola, Dora, ¿y las niñas?

—Están en el cuarto de juegos. —Me sonrío.

Subo los escalones de dos en dos y casi tropiezo llegando al último.

—¡Joder, casi me mato! —digo en un tono más bajo, pero cierta personita me ha escuchado.

—¡Ja, ja, ja! Rosa, a veces eres un poco bruta.

—Es cierto, pero no se lo digas a tu padre, porque me riñe cuando se me escapa algún taco.

—¿Que no me diga qué?

—¡Ups! —Es lo que se nos ocurre decir a las dos y empezamos a reír sin parar.

—Bueno, ya me enteraré —dice en modo picarón.

—Marta, llama a tu hermana. Tengo algo muy importante que deciros. Roberto, llama a tu madre. Ella también debe enterarse.

Cada uno hace lo que les digo. Y cuando ya estamos todos arriba reunidos, les hago entrar en la habitación de la diversión y les doy la gran noticia.

—¿Estamos todos, verdad? —Miro a ambos lados y me cercioro de que es cierto.

—Bien, allá voy.

—¡Rosa, por favor, dilo ya! —Se impacientaron todos.

La semana que viene, concretamente el viernes, viajaremos a Granada para disfrutar de un superconcierto que un par de adolescentes va a dar. He reservado hotel cerca de La Alhambra y así también podremos visitarla después del evento. El domingo volveremos a Madrid a tiempo para ir al cole

y trabajar al día siguiente. ¡Ah! Se me olvidaba, tenemos pases vip para conocerlos y charlar un rato pequeño antes de su actuación. ¿Qué os parece? —Lo relato todo del tirón. Roberto, Dora y las niñas se han quedado atónitos.

Paula y Marta se miran, y empiezan a regar sus hermosos rostros con lágrimas de alegría y de emoción.

—¡No me lo puedo creer! ¡Verás cuando se lo cuente a mis compañeros, qué envidia les va a dar! —exclama Paula limpiándose la cara.

—¡Yupi! —Oigo decir a la pequeña Marta.

—Dora, tú también vendrás. He reservado varias habitaciones.

—Muchas gracias, corazón, pero no tenías por qué hacerlo. —La abuela muy agradecida.

—¿Y yo también puedo ir? —pregunta Roberto un poco más pegado a mí.

—¿Tú? ¡Ja, ja, ja! Tú vendrás el primero. Nuestra habitación tiene jacuzzi. —Y nada más terminar la frase, veo que baja la mirada hacia su bragueta y no me hace falta saber que la idea le ha gustado.

Las niñas vienen a darme un beso tan grande que creo que me han partido parte de la mandíbula. Estoy muy contenta. Nos vendrá bien algo de distracción, después de todo lo que estamos pasando.

Capítulo nueve

No me he olvidado de ti: ZORRA

La semana ha pasado muy rápido y ya tenemos todo listo para nuestro viaje. Estoy despidiéndome de mi padre y este me dice que me divierta y que no piense en nada que me pueda perturbar este momento. Le doy un beso cariñoso y le indico a Tomás que es hora de irnos.

Se despide de Estela con... ¿un beso en los labios? ¡Madre mía, qué barbaridad, qué rápido van estos dos! Aunque si me paro a pensar, yo solo tardé cuarenta y ocho horas en meterme en la cama de mi particular Soy el mejor en todo.

Bajamos por el ascensor y puedo observar cómo mi grano en el culo está sonriendo. «Vaya, tiene dientes», pienso para mí. Tomás no es de mucho hablar ni sonreír, pero cuando lo hace le queda muy bien. Me alegro mucho de que mi secretaria y él hayan comenzado algo.

Despierto de mi ensoñación cuando oigo el timbre del ascensor indicando que ya hemos llegado a la planta baja del edificio. Salgo del elevador y seguidamente lo hace Tomás.

Roberto nos está esperando en el aparcamiento. Está guapísimo con sus vaqueros ajustados y su polo color azul marino. Ese tono le realza sus maravillosos ojos verdes. Nos indica con el brazo que nos demos prisa, porque no está bien situado y podrían multarlo.

Nos adentramos en la furgoneta BMW de nueve plazas de color negro blindado que ha alquilado para nuestra aventura. Baja del asiento del conductor, para que sea Tomás quien conduzca.

Roberto me sitúa justo a su lado. Las niñas y Dora ya están preparadas con sus cinturones de seguridad puestos. Estamos listos para partir hacia la ciudad de La Alhambra.

El viaje lo hacemos sin complicaciones, Paramos varias veces para ir al baño, tomar algo y estirar un poco las piernas. Tardamos unas cuatro horas y media en llegar.

Una vez que estamos en la puerta del hotel, nos asignan nuestras respectivas

habitaciones y nos encaminamos a dejar las maletas, para después ir a comer a casa de mi madre y así poder presentarles a todos.

Al entrar en la habitación nos quedamos prendados con lo que vemos. Es una suite enorme. Al entrar hay un armario empotrado de color blanco. Unos cuántos pasos hacia delante te encuentras un gran sofá de color gris oscuro. Justo detrás se encuentra la maravillosa cama de dos por dos, cubierta por un montón de cojines blancos. Una delicia vamos. A la izquierda de la habitación se encuentra el baño con un jacuzzi muy grande de forma rectangular en color blanco también. Y al lado de este, el retrete y una ducha muy amplia con columna de hidromasaje. Si no es porque tenemos el concierto y venimos acompañados, me encerraría aquí todo el fin de semana con Roberto y haríamos el amor en cada rincón de esta fabulosa habitación. Aunque creo que, si nos organizamos bien, podré cumplir lo que me propongo.

Terminamos de acomodarnos y nos dirigimos a casa de mi madre. La veo esperando en la puerta de la que hasta hace poco era mi casa, impaciente y algo nerviosa. Bajo presurosa hacia su encuentro. Me recibe con besos y abrazos muy cariñosos.

—Mamá, te presento a Roberto, a sus hijas, Paula y Marta, y a su madre, Dora.

Roberto la abraza como si la conociera de toda la vida y, de inmediato, se gana a mi madre. En seguida, Dora se pone a charlar del jardín tan bonito y de lo bien decorado que está todo y quedan encantadas la una con la otra, tanto que se marchan dentro sin hacernos caso.

Al rato de llegar suena el timbre de la casa y es mi hermana Azucena con mis sobrinas Valeria y Claudia (sí, mi hermana también tiene nombre de flor). Nuestros padres fueron muy originales en elegirlos. Mi cuñado no ha podido venir porque esta de turno. Él es policía nacional.

Marta tiene ocho años al igual que Valeria, que en seguida se la lleva al que era mi cuarto para enseñarle los juguetes que tiene ahí. Bajo la vigilancia de Claudia, que es una adolescente de diecisiete años. Paula se une a ellas y congenian a las mil y una maravillas.

Hago las presentaciones oportunas y vuelve a sonar el timbre. Esta vez es mi hermano Alex con su novia Raquel.

—Ya estamos todos —sentencia mi madre.

Nuestra Mami Pepi, que es así como la llamamos, ha preparado tal festín que creemos que vamos a salir rodando en vez de ir caminando. Mis amigos

siempre han pensado que éramos ricas, porque siempre había mucha comida en casa. Mi madre es de esas personas que no deja que pases hambre.

Cuando terminamos con el postre, al rato decidimos irnos para el hotel. Antes de marcharnos, quedo con Azucena para recoger a mi sobrina e ir al concierto y nos despedimos muy cariñosamente. Llevamos algún tiempo sin vernos. No les he contado la amenaza que llevo conmigo desde hace unos meses porque no quiero preocuparlas. Si acaso, más tarde llamaré a mi cuñado y lo pondré al día.

Llegamos a Los Chapiteles subimos cada uno a nuestras respectivas habitaciones. Dora se lleva a las niñas con ella. Tomás entra en la suya y Roberto y yo en la nuestra. A las nueve hemos quedado para ir a cenar.

Cuando ya estamos en nuestra suite, Roberto me mira con mirada ladina. Yo le respondo de igual manera. Me dirijo hacia el jacuzzi y empiezo a llenarlo con agua no muy caliente, porque la temperatura ya la ponemos nosotros. Al terminar de llenarse llamo con voz sugerente a mi empotrador que se sorprende al verme dentro desnuda. Con un gesto sutil lo invito a que me acompañe. Se deshace de su ropa a la velocidad de un rayo y se mete conmigo sin darme tiempo a reaccionar.

—Bienvenido a la bañera del placer —le digo con voz sugerente—. He decidido llamarla así, porque es la que nos va a proporcionar placer puro y duro.

—Me gusta tu bañera del placer —me dice casi sin poder hablar.

—Nuestra —respondo.

Empezamos con unos dulces besos. Activamos las burbujas y el cosquilleo que sentimos en nuestros sexos hace que unas descargas eléctricas corran por nuestras entrañas y deseemos estar dentro uno del otro. Roberto está tumbado sobre el mármol blanco cubierto por espuma. Me subo a horcajadas. Busco su miembro sobre la espuma blanca y no tardo en encontrarlo, porque está más que empalmado. Me lo introduzco hasta el fondo y suelto un gemido más fuerte de lo normal. Esto hace que Roberto se excite demasiado. Comienzo un baile sensual, o más bien, sexual porque estoy tan caliente que no puedo parar de hacer movimientos de arriba hacia abajo para darnos placer. Continuamos hasta que el agua se nos pone fría y juntos llegamos al clímax.

—Me vuelves loco —me dice con ojos de deseo aún.

—Y tú me vuelves loca. —Y con tanta locura, volvemos a enzarzarnos en otras dos veces de desenfreno, amor y pasión.

Terminamos nuestra maratón de sexo y quedamos rendidos en esa fantástica cama que te engulle cuando te tumbas sobre ella.

A las ocho y media de la tarde nos levantamos a toda prisa, porque hemos quedado a las nueve en la recepción para ir a cenar todos juntos.

Al llegar al punto de encuentro decidimos a dónde vamos a ir y hay una pequeña discusión entre padre e hijas, porque ellas quieren comida basura y Roberto no está muy de acuerdo. Pero al final ellas ganan.

Tenemos una cena muy agradable. Damos un paseo por la zona que rodea el hotel. Nos hacemos fotos por el paseo de los tristes y por el río Genil. Volvemos al hotel para poder descansar.

Llega el día esperado y la mañana pasa en un abrir y cerrar de ojos.

La hora del concierto no tarda en llegar. Ya ha llegado mi sobrina a nuestro encuentro y hace muy buenas migas con Marta.

Esperamos muy poco tiempo hasta que Anna me hace señales con la mano y nos indica que entremos por la puerta de atrás. Nos dirigimos hacia ahí y mi amiga nos saluda muy emocionada. Nos reparte unas tarjetas para que nos las colguemos en el cuello. En ellas pone PASE VIP. Al concierto hemos venido Roberto y yo con las tres niñas. Bueno, y Tomás, cómo no. Dora se ha ido con mi madre a quemar la tarjeta en las tiendas del nuevo centro comercial que han abierto.

Anna nos indica lo que tenemos que hacer. Nos dirigimos hacia los camerinos de Adexe y Nau. Las niñas llevan sus camisetas puestas y los discos para que se los firmen. Al llegar a la puerta, Anna toca para pedir permiso y poder entrar. De repente, es Adexe quien nos abre y Nau nos indica que pasemos. Las niñas han perdido el color de sus caras. Sobre todo, Paula. No sabe qué decir y lo que se le ocurre es tirarse literalmente en los brazos de Adexe mientras le pone la camiseta mojada de tantas lágrimas que está derramando.

Marta y Valeria hacen lo propio con Nau y lo abrazan tanto que casi no puede seguir respirando el pobre.

Tenemos que separarlas para poder tranquilizarlas. Miro a Anna y se está partiendo de risa, al igual que Roberto y yo. Pasamos un pequeño rato con ellos. Paula, Marta y Valeria les piden que les firmen sus camisetas y los discos que ya tenían comprados.

Ya estamos en nuestros asientos. Anna se ha encargado de que nos dieran las mejores butacas del recinto.

Pasamos dos horas cantando, bailando y saltando como si nos fuera la vida en ello. Entre canción y canción, Roberto aprovecha rozarme con la mano, incluso besarme. Las niñas se burlan de nosotros. Al principio no quería que me besara delante de ellas por si no les gustaba. Pero según ha ido avanzando el tiempo lo he ido superando.

—Eres peor que ellas —me lo dice muy cerca de mi oído para que lo escuche bien, porque la música está bastante alta.

—Es cierto —digo saltando y bailando aún más exageradamente.

Al acabar el concierto mi sobrina se abraza a mí y me dice que me echa mucho de menos. Yo también las echo mucho de menos. Le prometo que no tardaremos en volvernos a ver. Diviso a lo lejos a mi hermana. Viene a recoger a Valeria.

Con un nudo en la garganta me despido de ellas y tengo que aguantarme las ganas de llorar para no dar un espectáculo ahí mismo.

Ya es por la mañana, y a las doce debemos dejar las habitaciones.

Bajamos a desayunar al bufet del hotel. Estoy esperando a que una señora termine de preparar su zumo de naranja cuando se acercan Paula y Marta y me abrazan.

—Muchas gracias por hacernos tan felices. Lo hemos pasado muy bien.

Se me llenan los ojos de gotas saladas amenazando por salir. Pero de nuevo puedo controlarlas. Observo a mi Dios del olimpo y está sonriendo por lo que acaban de hacer sus hijas. Arrugo la nariz y le saco la lengua como respuesta. Vuelve a sonreír. ¡Por favor, que me derrito!

Subimos a nuestras habitaciones para recoger nuestros equipajes y al entrar en la suite me quiero morir. Suelto un grito ahogado y Roberto se pone en alerta.

En la mesa principal hay un ramo de lirios blancos con una nota. Pero esta vez la letra ha cambiado.

«El lirio es una flor que indica poder y honor. No olvides quién tiene el poder y quién limpiará mi honor. Espero que hayas disfrutado de tu descanso. Nos volveremos a ver, zorra».

Roberto llama inmediatamente a Tomás y le ordena que baje a recepción y se informe de quién ha dejado las malditas flores ahí.

Mientras Tom —que es como últimamente lo llamamos, porque ya es como de la familia. Pasa tantas horas pegado a mi trasero que ya lo considero como a un hermano. De ahí que le diga que es mi grano en el culo— saca

información al personal del hotel, Roberto intenta calmarme rodeándome con sus brazos y besándome dulcemente.

La recepcionista tampoco puede darnos mucha información. Solo que el repartidor de la floristería las ha dejado ahí a mi nombre y nada más.

Dios mío, esto es un infierno. Al final acabará conmigo.

Decido informar a mi cuñado de lo que ha pasado y le hago jurar que no le va a contar nada a mis hermanos y mucho menos a mi madre. Me dice que no me preocupe, que sus labios están sellados y que va a investigar todo lo que esté en su mano. Me despido de él con cariño y le cuelgo.

Me recompongo del susto y vamos a la planta de abajo como si nada hubiera ocurrido.

Subimos a la furgoneta. Esta vez Anna nos acompaña y emprendemos nuestro viaje de vuelta a casa.

Lo hacemos en silencio porque estamos agotados de tantas emociones. Sobre todo, yo.

Capítulo diez

Un alto en el camino

Regresamos a casa sanos y salvos. Subo a mi habitación, me siento en la cama y poso las manos sobre mis rodillas. La cabeza me va a estallar de un momento a otro. Viene a mi recuerdo la última nota escrita y no es la misma letra que la anterior. Pero... esa letra me es muy familiar. Estoy dándole vueltas a mi cabeza y rebusco entre mis pensamientos de quién podría ser esa caligrafía. Estoy tan agotada física y mentalmente que no logro averiguarlo. Pero lo conseguiré.

No puedo permitir que Roberto ni ninguno de los que están a mí alrededor sufran o les pase algo por mi culpa. No me lo perdonaría jamás

Es hora de cenar. Les digo a Dora y a Roberto que no tengo apetito y me voy a ir directamente a la cama. Así lo hago. En décimas de segundo entro en un sueño profundo. Pensé que me iba a costar dormirme, pero con tanto estrés mi cuerpo ha quedado rendido al mullido colchón.

Vuelve a ser lunes. Vuelvo a la ¿rutina? O eso intento porque ya no es mía. Ese desgraciado está haciendo con mi vida lo que le viene en gana. Aunque yo no lo admita de viva voz, me tiene acojonada y no puedo andar con libertad todo lo que yo quisiera. Esta incertidumbre me está matando.

Llego hasta la última planta y como todas las mañanas paso a saludar a mi padre. Está ojeroso y eso me preocupa mucho. No es que sea muy mayor, pero ya tiene una edad y no me gusta verlo tan preocupado. En parte tengo yo la culpa.

Le doy su beso de buenos días y le comento lo bien que lo hemos pasado todos juntos el fin de semana. Le cuento que comimos en casa de mamá y que sus nietas están para comérselas. Le digo lo guapa que esta mamá y se estremece cuando se lo explico. Me dice que el próximo viaje se apunta con nosotros. Le omito lo de las flores. Con la mala cara que tiene solo le faltaba saber que me han vuelto a amenazar.

—Rosa, hija —me dice algo afligido.

—Dime, papá —le respondo casi de la misma manera.

—No quiero que te ocurra nada y estoy haciendo todo lo que está en mis manos para que eso no suceda. He hablado con la policía y me han recomendado que no estés en ningún momento sola y que siempre nos digas dónde te encuentras o dónde vas a ir.

—¡Pero eso ya lo hacemos! —le digo algo más irritada—. ¡No puedo ni mear sola, joder!

—Rosa, no hables así —me regaña como si aún fuera pequeña.

—Está bien, discúlpame. Esto me está superando. Intentaré informar de todos mis pasos.

—Gracias, hija. Y ahora ponte a trabajar, que tenemos muchos clientes esperándonos.

—Te quiero, gran jefe —le digo antes de salir por la puerta y a su vez lanzándole un beso.

Salgo de su despacho y me dirijo al mío con algo de inquietud, porque cada vez que entro en algún sitio me encuentro con un ramo de flores amenazándome.

Giro mi cabeza hacia la mesa de Valentina y hoy está algo más arreglada. Menos mal que se ha dado cuenta que así no iba a ninguna parte. Sin embargo, tiene una mirada mustia.

Paso por su lado y la saludo. Apenas la oigo decir un buenos días y prosigo hasta mi puerta. Me paro frente a ella y me digo: «Uno, dos y tres». Abro rápidamente y dos lágrimas se me escapan de mis ojos cuando compruebo que todo está en orden. Tocan a mi puerta sobresaltándome y don Soy el mejor en todo viene a comprobar que estoy bien. Al ver mi cara desencajada se disculpa.

—Perdona si te he asustado. Solo venía a comprobar qué tal estás.

—Estoy bien, gracias. Te veo apresurado, ¿vas a algún sitio?

—No se te escapa nada, ¿eh? Sí. Tengo que ir a hacer unas cosas. Luego te veo. —Me planta un beso y se va.

—Muy bien. Ten cuidado, por favor.

Me da otro beso cariñoso prometiéndome que lo hará y se despide. Con una sensación extraña en el pecho le veo partir.

—Hasta luego —le digo al ver cómo la puerta se cierra dejándome bastante intranquila.

Al cabo de un rato mi teléfono suena y es Dora. ¡Qué raro que me llame a estas horas! Descuelgo y oigo que me dice algo preocupada.

—Rosa, cariño, perdona que te moleste, pero han llamado del colegio de las niñas diciendo que Paula se encuentra mal de la barriga y que si podíamos ir a por ella. He llamado a mi hijo, pero no consigo localizarlo. Ha debido quedarse sin batería o sin cobertura, ¡yo qué sé! —me suelta de corrido la adorable mujer.

—Tranquila, no te preocupes. Yo iré a por ella. Si consigues hablar con Roberto dile que no se preocupe, que yo me encargo de todo.

—Ay, gracias, hija. Eres un amor.

Cuando finalizo la llamada salgo de mi despacho y sin decir nada a nadie bajo por las escaleras para darme toda la prisa que puedo y no tardar demasiado en recoger a la niña.

No sé cómo he despistado a mi grano en el culo y he podido salir sola. Se me hace raro no ir acompañada. No creo que tarde mucho. No pasará nada. Me dirijo al parking a coger mi coche y salgo cagando leches para el colegio de la niña.

Tardo unos quince minutos en llegar y ahí estaba la pobre criatura con los brazos cruzados sobre su vientre. Al verme la niña se abraza a mi cuello llorando.

—Rosa, me duele mucho.

—No te preocupes, preciosa. Vamos para casa y veremos cómo te quitamos ese dolor.

Observo que Paula tiene la cara descompuesta y me aventuro a preguntarle antes de subirnos al coche.

—Mi niña, ¿pasa algo?

—Rosa, me da vergüenza contártelo, pero necesito decírselo a alguien —me dice muy apurada—. Creo que me he hecho caca en las bragas sin querer.

—¿¿Cómo?! —le pregunto muy sorprendida.

—No te rías, por favor. Llevo toda la mañana yendo al baño y cada vez que voy estoy más manchada. No sé qué me pasa y estoy muy avergonzada. No puedo controlarlo.

Al decirme todo aquello, por mi cabeza pasó la primera vez que me bajó la regla. Yo tuve la misma sensación el día en que me hice mujer.

—¡Ja, ja, ja! —Comienzo a reírme sin querer y veo cómo Paula frunce el ceño y se dirige hacia mi coche muy enfadada.

—Me habías prometido no reírte.

—Lo siento, preciosa. Pero ya sé qué es lo que te pasa. Tienes once años, te

ha crecido el pecho y seguramente tendrás vello en... —Y le señalo sus partes íntimas—. Y, además, esos granitos de tu cara...

—¡Rosa! ¡Para ya, por favor! ¡No lo estás arreglando! ¡Qué vergüenza!

—Perdóname, mi niña, es que lo que a ti te pasa es lo que tarde o temprano nos pasa a las mujeres a partir de tu edad. No sé si me entiendes. Vamos, que te ha bajado la regla —termino diciendo.

Paula, la nueva mujercita, me mira con los ojos tan abiertos que creo que se le van a salir las órbitas de su sitio.

—¿Me... me estás diciendo que ya me he desarrollado y que voy a tener que pasar por todo esto cada veintiocho días?

—Sí, eso es.

—¡Ay, qué asco! ¿Pero por qué a mí? —Se pone la mano en la frente como si fuera a desmayarse.

No puedo más y estallo en carcajadas por la maravillosa actuación que se está llevando este proyecto de adolescente.

—No pasa nada, Paula. No te lo tomes tan a la tremenda. No se acaba el mundo. Ahora lo que vamos a hacer es parar en un supermercado y compraremos compresas, ¿de acuerdo? Después te llevaré a casa y les daremos la noticia a tu padre y a tu abuela.

Nos adentramos en el coche y paro en un pequeño súper que hay en el camino. Compró las compresas y me subo de nuevo en el coche. Arranco y cuando me voy a incorporar a la carretera un coche con los cristales tintados me está cortando el paso y no puedo salir. Comienzo a tocar el claxon una cuántas veces hasta que, por fin, veo cómo un hombre con gorra y gafas de sol se sube y lo aparta para que yo pueda salir. «¡Menudo maleducado que no pide perdón ni nada!», pienso para mí.

Me incorporo a la vía y me dirijo hacia la casa.

Llevo un rato conduciendo y observo por el espejo retrovisor que el mismo coche de cristales tintados que me estaba obstaculizando el paso antes lleva un rato siguiéndome. Me pongo en alerta. No quiero asustar a la niña, pero tengo que decirle que se agarre fuerte, porque voy a hacer un giro brusco y no quiero que se lastime.

—Paula, cariño, no quiero que te asustes por lo que te voy a decir, pero el coche de antes nos está siguiendo y voy a deshacerme de él.

La niña asiente con la cabeza sin saber qué decir. Tan solo me pregunta.

—¿Es Sergio?

—¿Pero tú como sabes eso? —le pregunto muy nerviosa—. Bueno, después hablaremos de eso. Ahora coge mi móvil, llama a Tomás y dile lo que está pasando y por dónde vamos. En cuanto lo hayas hecho, cúbrete con las manos la cabeza y agáchate debajo del asiento, ¿me has entendido?

La niña no responde y tengo que alzarle la voz.

—¿Que si me has entendido?!

—S... sí —me dice con voz temblorosa y a la vez cargada de terror.

—Perfecto. Ya puedes llamar. Ahí debajo está mi móvil —le digo señalando donde está mi bolso—. Preciosa, no voy a dejar que nos pase nada. Vamos a poner la música muy alta y no quiero que pienses en nada más, ¿de acuerdo, cariño?

La niña hace todo lo que le he indicado y desde mi sitio puedo escuchar a Tom echar espumarajos por la boca.

Acelero y el coche cada vez está más cerca de nosotras. Tanto que llegan a darnos un toque por detrás para que paremos. Me aferro al volante y piso el acelerador todo lo que puedo hasta que consigo separarme un poco del maldito vehículo. Llegamos a una transversal y es cuando giro bruscamente y de un volantazo consigo desviarnos del camino. Paula no para de gritar, está aterrorizada. Yo también lo estoy, pero como soy la adulta tengo que hacer de tripas corazón y aguantar como pueda este marrón. Veo que el coche que nos sigue intenta hacer lo mismo, pero en ese momento un camión de mercancías pasa justo por el carril contrario y se estrella contra él.

Paula y yo no podemos parar de llorar.

—Cariño, tranquila. Ya pasó todo. Lo siento. —Intento calmarla mientras cojo un atajo para retomar nuestro camino.

Llegamos a casa y no sé cómo han podido llegar Tom y Roberto antes que nosotras, pero lo han hecho.

Antes de bajarnos del coche ya los tenemos ahí, abriéndonos la puerta con bastante premura que casi no puedo ni parar el coche

—¿Estáis bien? —se apresura en decir Tomás.

—Sí —le digo sin más.

—Vamos dentro —me dice muy enfadado.

Al entrar en la casa ya nos esperaba Roberto con cara de pocos amigos y Dora muy preocupada. Roberto, al ver aparecer a su hija, se abraza a ella como si le fuera la vida en ello.

—Papá, me ha bajado la regla y por eso he tenido que llamar para que me

recojan de la escuela. No regañes a Rosa, ella no ha tenido la culpa de que ese loco nos persiguiera. Además, me ha protegido con su vida —le suelta la niña de tirón para que su padre no pudiera decirme nada. Pero me temo que me voy a llevar una reprimenda bastante importante.

—Sube a tu cuarto con tu abuela. —Es lo único que le sale de su boca en ese momento.

La niña se acerca a mí y me abraza fuertemente como si supiera que algo malo iba a ocurrir y se va.

—Rosa, por favor, acompáñame a mi despacho —me suelta iracundo.

Le seguí a paso ligero, porque en vez de andar daba zancadas de lo cabreado que estaba. Tras cerrar la puerta estalla.

—¿Se puede saber qué cojones hacías tú sola con mi hija en un coche sin Tomás?! ¿Es que estás loca?!

—Lo... lo siento mucho, de verdad. No pensé que pudiera pasar nada. Solo era recogerla y traerla a casa —digo toda acongojada. Nunca lo había visto tan furioso.

—¿Que no pensaste? Aquí no hay nada qué pensar. ¡Joder Rosa, que estás amenazada de muerte! ¿Es que no lo entiendes?

Mis ojos empiezan a escocerme y comienzo a sollozar de tal manera que no puedo parar. Roberto al verme no hace nada. Me mira lleno de rabia y encolerizado me vuelve a decir.

—Rosa, si tú no temes por tu vida, por lo menos piensa en la vida de mi hija. ¡Me cago en la puta, Rosa! ¡Iba contigo en el puto coche! Eres una irresponsable. Os podían haber matado. Si eso llega a ocurrir no sé qué hubiera sido capaz de hacer.

—Pero no ha pasado —digo algo aparentando calma.

—Gracias a Dios, no. Y no va a ocurrir, porque desde este momento tienes totalmente prohibido llevarte a mis hijas a cualquier lugar sin mi permiso y mucho menos sin nadie que os vigile. No pienso permitir pasar otra vez por la pérdida de alguien querido por no hacer las cosas bien hechas. —Termina la frase con los ojos encharcados en lágrimas.

Muerta. Así me he quedado al escuchar sus palabras. Me han taladrado desde mi cabeza hasta el corazón. Adoro a esas niñas y me está prohibiendo disfrutar de ellas. Me quedo callada secándome las últimas lágrimas que me caen por la cara y me aventuro a decir.

—No te preocupes por nada, porque no me voy a ir con tus hijas a ningún

lado. Ni con compañía ni sin ella, porque esta que está aquí destrozada llorando y pidiendo perdón se va de esta casa para no poner en peligro a nadie. ¿O también me vas a prohibir eso? Solo quería sentirme útil y no tener que depender de nadie, ya que estos últimos meses me he sentido como si tuviera cinco años. He tenido que dar explicaciones hasta cuando iba a cambiarme una puta compresa. Pero no te preocupes, ya no tendrás que temer por la vida de tus hijas y mucho menos por la mía.

Salgo por la puerta corriendo escalera arriba como alma que lleva el diablo para recoger mis cosas y desaparecer lo más pronto posible. Entro en la que ha sido mi habitación durante estos meses y me doy prisa en recogerlo todo. Mientras meto mi ropa en la maleta me permito echar unas cuantas lágrimas más y es cuando se abre la puerta de la habitación. Me encuentro a Paula hecha un mar de lágrimas. Lo ha escuchado todo y está muy apenada.

—Rosa, no quiero que te vayas. Desde que has llegado todo ha cambiado. Papá está feliz, Marta ha recobrado su bienestar y yo creía que había encontrado una más que mejor amiga. Creía haber recuperado la madre que perdí.

—Oh, cariño, siento muchísimo haber metido la pata como la he metido. Pero yo ya no puedo quedarme aquí. No estáis a salvo con mi presencia. No quiero que os pase nada por mi culpa. No podría soportarlo. —Al terminar la frase me acerco a ella y nos abrazamos llorando como si fuéramos la mismísima María Magdalena.

—¿Ya no quieres a papá? —me pregunta la niña retirándose un poco de mí.

—Más que a mi propia vida. Por eso debo marcharme. También debo protegerle a él.

A partir de hoy, solo seremos compañeros de trabajo. Mira, ven. Aquí tienes mi número de teléfono. Podéis llamarme siempre que queráis. Os voy a echar mucho de menos. Dile a Marta cuando vuelva del cole que me perdone por no poder despedirme. Pero es mejor así.

Paula coge el número de teléfono y lo guarda en el bolsillo del pantalón que se ha puesto cuando hemos vuelto.

—Rosa, ¿puedo decirte algo más? —Tiene una sonrisa en los labios.

—Claro, cariño, dime.

—Me has comprado unas compresas que parecen pañales. Son enormes.

Las dos nos miramos fijamente y empezamos a reír como locas. Cuando se nos ha pasado tal ataque de risa sale por el umbral diciéndome adiós con la

mano y se va.

Bueno, ya lo tengo todo. O eso creo. Digo en mis pensamientos. Cojo mi maleta, bajo las escaleras y me dirijo hacia la puerta no sin antes echar un vistazo y memorizar en mi retina los momentos tan felices que he pasado ahí.

En la entrada están Dora y Tom. Pregunto por Roberto y me dicen que se ha marchado.

Cabizbaja me despido de Dora y entre lamentos me dice que me echará de menos. Yo también la echaré de menos.

—Él te quiere.

—No será para tanto.

Entristecida me monto en mi coche y me subo en el asiento del copiloto, ya que Tom ha venido en el coche de Roberto. No obstante, aunque quisiera conducir, no sería capaz de ello.

Le pido que me lleve a mi ático y mientras llegamos llamo a las chicas y les cuento lo que ha pasado y que vuelvo a casa. Cuando termino la llamada, mi grano en el culo comienza a decir.

—Rosa, has puesto tu vida en peligro y la de Paula también—me dice en un tono muy calmado. Pero como no quiero otra reprimenda lo corto.

—Mira, Tom. No me apetece escuchar otro chaparrón de reproches. Con el que me he llevado hace un rato tengo suficiente, ¿no te parece?

—Está bien. No te voy a decir nada más. Tu padre se encargará de eso. —Y ya no volvimos a hablar más del tema.

Llego a mi dulce hogar cargada de un millón de emociones. Mis dos locas amigas al verme tan afligida se lanzan contra mí y así estamos varios minutos.

—Bueno, bueno. —De pronto suelta Bea. Dejémonos de tanto abrazo y vamos a pedir algo para comer. ¿Os apetece pizza? —nos dice muy alegre y esperando a que digamos que sí.

—Yo no tengo hambre. Pedid lo que queráis, yo invito.

—Mira bonita de cara, aquí o engordamos todas o la puta al río —reclama Anna entre risas. Bea y yo nos quedamos flipadas cuando escuchamos decir eso a nuestra refinada y loca amiga, porque de las tres es la que más cuerda está. Nos miramos y no hace falta decir nada cuando le soltamos:

—¡Engordamos todas! —Y seguidamente empezamos a reír tanto que tengo que respirar hondo varias veces, porque me está empezando a doler la tripa con tanta risa. Cuando conseguimos parar observo a Anna sujetándose la mandíbula y a Bea con cara descompuesta. Eso hace que paremos del tirón y

nos preocupemos por ella.

—¿Qué pasa, Bea? —le preguntamos asustadas, porque se está echando la mano al lado izquierdo de su tripa.

—Nada, tranquilas. Debe ser flato. Pidamos esas pizzas.

Se levanta rápidamente hacia la cocina y coge la publicidad de la pizzería. Anna y yo nos quedamos más tranquilas al comprobar que ha sido solamente un susto.

Pasado un tiempo llegan nuestras ansiadas pizzas, pago al repartidor y las deposito sobre la mesita que tenemos en el salón. Comenzamos a engullirlas. Al finalizar recogemos y nos tiramos literalmente como vacas en el sofá.

—Chicas, os he echado de menos —consigo decir.

—Y nosotras a ti, guarri —me dice Bea.

Después del momento pastel que me he marcado con mis amigas, busco mi bolso y cojo mi móvil por si Roberto me ha escrito algún mensaje. Pero no es así. Mi gozo en un pozo.

Me vuelvo para el sofá y les propongo ver algo en la tele. Nos enganchamos a una película policiaca donde la protagonista es una mujer, hija de un comisario de policía, que es secuestrada. El padre recibe una llamada de teléfono de su hija, pero antes de que él pueda hablar con ella, los secuestradores le advierten de que si dice alguna palabra que no deba la matarán. El padre le pregunta cómo está. Ella le responde: «Todo va sobre ruedas. Cuando ella contesta eso el padre se pone en alerta, porque es la contraseña que tienen ellos dos cuando algo no marcha bien. Al final todo se soluciona y todos tan felices. Nos quedamos prendadas de la peli y comentamos algunas cosas. Pero lo que más nos ha llamado la atención ha sido cómo la mujer ha pedido ayuda sin que los malos se dieran cuenta.

Llega la noche y sigo sin noticias de Roberto. Pienso en qué estarán haciendo las niñas..., pero cuando estoy sumida en mis pensamientos oigo a Bea vomitar en el baño.

—¿Bea, estás bien? —pregunto algo preocupada. Al escucharme, Anna se acerca también preocupándose por el estado de nuestra amiga.

—Chicas, me encuentro fatal. Me duele mucho la tripa —nos dice con un hilo de voz.

La observamos y está sudorosa y ardiendo de fiebre.

Se está tocando mucho el lado izquierdo.

—Vamos, te llevamos a urgencias —digo. Saco mi móvil y llamo a Tom

para que nos lleve.

En un santiamén se presenta en nuestro ático y la llevamos al hospital. Una vez ahí nos dicen que nuestra amiga tiene apendicitis y que la van a operar de inmediato, porque si esperamos más tiempo podría desencadenarse en una peritonitis y podría morir.

Capítulo once

Os querré siempre

Roberto

No puedo creer lo que ha pasado. Por culpa de ese hijo de puta, Rosa y yo ya no estamos juntos. Hemos tenido una discusión muy fuerte y eso ha provocado que vuelva a estar solo. Me siento como una mierda. Estoy desolado.

Cuando Tomás me llamó para decirme que Rosa se había ido sola, me temí lo peor. Estaba desprotegida. Y si cabía más preocupación en mí, se dirigía al colegio de mis hijas. Paula se había puesto mala de barriga y teníamos que ir a recogerla. Mi madre me llamó varias veces, pero el móvil estuvo un tiempo sin cobertura y por eso no pude responder.

Ella, en un acto de desesperación, llamó a Rosa para preguntarle si sabía dónde podría estar, y ni corta ni perezosa salió en busca de una de mis princesas sin importarle las consecuencias que podría acarrearle esa imprudencia.

Cuando las vi llegar respiré aliviado y cuando me relató lo ocurrido la llevé al despacho que tengo en casa y estallé. Lo hice con rabia. Estaba furioso, porque les podría haber pasado algo más grave. ¡Joder! Dos de las personas que más quiero estaban en ese coche y estaban siendo perseguidas por ese loco. No medí mis palabras y la cagué; la cagué, pero bien. Le prohibí que se llevara a mis hijas a ningún lado y no sé cuántas cosas más. Ella lloraba sin parar hasta que se armó de valor para decirme que no me preocupara más por ella, porque se iba. Se iba de mi casa y de mi vida. Y así fue cómo pasó. Salió dando grandes zancadas por la puerta de mi despacho y llorando cuando subía las escaleras. Entró en la habitación y empezó a recoger sus cosas. Acto seguido la perseguí sin que pudiera darse cuenta y cuando iba a entrar en el cuarto la escuché hablar con Paula. Mi hija le decía que no quería que se fuera y que si aún me quería. ¡Mierda! En todo este tiempo no nos habíamos dicho esas dos palabras. Yo no estaba preparado aún para hacerlo o eso creía. Al oír que Rosa le decía que me quería más que a su propia vida me derrumbé. Las dos estuvieron llorando abrazadas. Como un depredador acecha a su presa, así

estuve un rato más escuchando detrás de la puerta, observando cómo la persona por la que empezaba a sentir algo más que cariño se preparaba para salir de mi vida. De repente, Paula le dice a Rosa que le ha comprado unas compresas muy grandes y se han echado a reír las dos juntas. Dios, cómo voy a echar de menos esas risas.

Al ser consciente de lo que han dicho me paro a pensar y me pregunto a mí mismo. ¿Compresas? ¿Han dicho compresas?

Ese era el dolor de barriga de mi princesa mayor. Se había convertido en toda una mujer con tan solo once años. Recuerdo vagamente lo que me dijo Rosa en su explicación cuando llegó. Y es que pararon en un supermercado para comprarlas. Pero yo estaba tan enfadado que no presté atención a sus palabras. ¡Joder, a mi hija le había bajado la regla! Ha llegado el momento de darle lo que su madre dejó para ella y su hermana. Otra vez tendré que pasar por aquel momento tan amargo. Salgo despavorido hacia mi despacho y les hago saber a mi madre y a Tomás que le digan a Rosa que me he ido. Me encierro en mi rincón de pensar y busco en la caja fuerte las dichas cartas que mi difunta mujer dejó para nuestras princesas. Introduzco la contraseña y *voilà*. Aquí están. Cada una en un sobre y con el nombre de cada una. Aunque parezca increíble aún huelen a ella. Me cercioro de que Rosa ya se ha ido y para mi sorpresa Marta ya ha llegado del cole. La han traído una compañera de clase con su madre. Se lo agradezco y se marchan.

Los dos juntos nos dirigimos hacia la habitación de su hermana y por el camino le hago un resumen de lo que ha ocurrido. La niña me mira con incertidumbre. No sabe qué es lo que va a pasar ahora.

Nos adentramos en el cuarto de Paula y les enseño lo que tengo en las manos.

—Mirad, esto que tengo aquí son dos cartas que vuestra madre dejó antes de fallecer. Son dos cartas completamente iguales. Ella quiso que tuvierais una copia cada una.

Con manos temblorosas les doy su carta, ya que tienen la rúbrica de Sandra con el nombre de cada una. Paula comienza a leer su carta cuando Marta rompe su silencio:

—Pau... Paula ¿te importaría leerla en voz alta y yo te sigo con la mía, por favor?

—Claro que sí, no me importa. —Y comenzaron con la lectura.

Para mis princesas.

Hola, preciosas:

Si estáis leyendo esto es que ya ha llegado el momento en el que Paula ha dado un gran paso. Se ha hecho mayor. Estas palabras son para ti tesorillo.

No te preocupes por nada. Seguro que papá ha puesto el grito en el cielo cuando se ha enterado de que su primogénita ya se ha hecho una mujer. (Es cierto, lo he puesto). Estoy segura de que vas a ser una preciosa mujer. Quiero que sepas que siento mucho todo lo que ha pasado y que me arrepiento cada momento que me llevaba un cigarrillo a la boca. Como bien le dije a papá, espero que algún día lleguéis a perdonarme. No estés triste. Aunque yo no esté en casa con vosotras siempre estaré en vuestros corazones. Sé feliz en cada momento. Lucha por lo que quieres. Tú puedes conseguir todo lo que te propongas. Estoy muy orgullosa de ti. Nunca dejes de soñar. Estudia mucho para que puedas conseguir un buen trabajo. Y si algún día te casas y tienes hijos, háblales de mí. Cuida de tu hermana y ayuda a tu padre en todo lo que puedas. Y lo más importante. No dejes que el tabaco ni ninguna otra droga te atrape. No cometas el error que yo cometí. Y, por último, quiero que sepas que te voy a querer siempre. No me olvides jamás. Yo no lo haré ahí donde esté.

Ahora es tu turno, bizcochillo mío.

Eras muy pequeña cuando todo ocurrió y por eso decidí que estas palabras que te dedico las leyeras a la misma vez que tu hermana.

Quiero decirte que voy a echarte mucho de menos al igual que a tu hermana. Espero que tú también me perdones por dejarte solita con papá y Paula. Hazle caso en todo y no pelees mucho con tu tata (Sé que a veces la llamas así). Estudia mucho también y espero que encuentres un hombre tan maravilloso como el que yo me encontré. Sé feliz siempre que puedas. Sonríe cada mañana, y si te encuentras un poquito triste no pasa nada. Mira hacia el cielo y ahí estaré yo para sacarte esa sonrisa tan bonita que tienes. Supongo que habrás leído todo lo que le dicho a tu hermana anteriormente. Aplícate el cuento en lo referente a las drogas. Protegeos la una a la otra. Te quiero bizcochillo.

Y esta parte es para las dos.

Siento perderme tantas cosas...

Quiero que me prometáis que pase lo pase siempre vais a estar los tres juntos.

Os queda mucho por recorrer. La vida no es un camino de rosas. Cada uno tiene que esforzarse por lo que quiere. En ese trayecto os encontrareis con algunas piedras. No importa. Vosotras sois lo suficiente fuertes como para apartarlas. Y si tropezáis y os caéis tendréis que ser capaces de levantaros.

Hacedlo todas las veces que haga falta, pero nunca abandonéis lo que os propongáis. Perseguid vuestros sueños hasta lograr alcanzarlos. Yo conseguí uno de los mejores sueños que una mujer puede llegar a soñar. Ese sueño fue ser la madre más afortunada del mundo por tener unas hijas como vosotras.

Os recordaré siempre.

Os quiere, mamá.

Paula termina de leer la carta. La dobla con mucho mimo y antes de volver a meterla en el sobre le da un beso y dice en un susurro.

—Nosotras también te querremos siempre y te seguimos echando de menos.

Y con el papel en las manos Paula se acerca a mí y a su hermana llorando a no poder más y los tres juntos nos fundimos en un abrazo que nos deja rotos. Rotos de dolor. Para animar a mis hijas les propongo que este fin de semana haremos lo que ellas quieran. Eso las anima un poco, pero es la pequeña Marta la que formula la pregunta esperada. Bueno, más bien me acribilla a preguntas.

—Papi, ¿Rosa también vendrá? ¿Ya han arreglado su casa? ¿Por qué no está aquí? —me pregunta sin parar. Parece que le han dado cuerda.

—¡Para, para, por favor! —le digo a mi pequeña torbellino. Paula me interrumpe.

—Marta, ¿te quedas un rato aquí conmigo y te lo explico todo? —Miro a mi hija con admiración y ahí está. Con la misma calma que tenía su madre. Ha heredado muchas cosas de ella y me lo demuestra cada día que pasa.

—Vale, tata.

—Papi, me quedo con mi hermana un ratito aquí, ¿te importa?

—Claro que no me importa, bichucho.

Le doy un beso. Me levanto del suelo, que es donde habíamos acabado los tres sentados, y me acerco a Paula para darle un cariñoso beso en la mejilla. Antes de salir de la habitación, me giro hacia mi proyecto de adolescente y le digo en un susurro.

—Gracias.

Sonriéndome me lanza un beso que atrapo en el aire y me lo guardo en el bolsillo de la camisa que tengo justamente en el lado del corazón.

Han pasado varias horas desde que les di las cartas a las niñas y se han quedado desde entonces las dos juntas en la misma habitación. Paula ha ayudado a Marta a hacer los deberes y también con el baño. En todo este tiempo he estado encerrado en mi rincón de pensar replanteándome mi ayer y mi hoy. Es curioso cómo han cambiado las cosas. Hace unos meses la sola mención de Sandra me habría dejado muerto en vida y, sin embargo, ahora solo puedo pensar en Rosa. ¿Qué has hecho conmigo, dulce Rosa?

Salgo del despacho y voy en busca de mi madre que está en la cocina preparando algo para cenar. Vaya, que rápido ha pasado el tiempo.

Me dispongo a poner la mesa cuando mi móvil empieza a sonar con insistencia. Miro la pantalla y es Tomás. Me pongo nervioso, por si le ha pasado algo a Rosa.

—Dime, Tom. ¿Ha ocurrido algo?

—Tranquilo, Rosa está bien. Es Bea. La están operando de apendicitis. Es solo que creí oportuno contártelo. Nada más. Yo estaré con ellas —me cuenta de carrerilla.

—Gracias por llamarme. ¿Has visto a Rosa? ¿Cómo está? — me apresuro a preguntar.

—Roberto, no voy a engañarte. Después de todo lo acontecido y si le sumas la operación de su amiga, pues muy bien no está. Tengo que dejarte. Las chicas vienen a lo lejos y no quiero que sepan que te he llamado.

—Muchas gracias, de verdad. Manténme informado, por favor.

—De acuerdo. Hasta mañana.

No puede estar pasándome esto. Mi amor lo está pasando mal y yo no puedo hacer nada para remediar su angustia. Me gustaría estar ahí para poder abrazarla, besarla y hacerle saber que me muero por estar con ella. Pero eso de momento no va a suceder. Estoy a punto de salir corriendo hacia el hospital, pero al final decido no hacerlo por temor a que cuando la vea, ella me rechace con su indiferencia. No podría soportarlo. Bastante duro va a ser verla todos los días en el trabajo y no poder sentir su contacto como cuando lo hacíamos con cualquier excusa al entrar cada uno en el despacho del otro.

Una vez que hemos cenado y preparado las cosas del día siguiente, nos vamos a la cama a descansar y reponer fuerzas para comenzar el que será una vida sin Rosa. Aunque será una tarea difícil de conseguir, porque me había

acostumbrado a tenerla aquí conmigo. Tendré que volver a lidiar contra mi propia soledad.

Capítulo doce

El comienzo del fin

Llegamos angustiadas al hospital y nos comunican después de varias pruebas que nuestra amiga va a ser operada de urgencia, ya que si esperan más podría empeorar.

Nos encargamos de llamar a Carmen, su madre, y también hacemos lo propio para informar a Ian de lo sucedido. Estamos muy nerviosas y no paramos de dar vueltas por el pasillo que hay al salir de la sala de espera, donde nos encontramos ahora mismo.

Divisamos en la entrada a Ian y nos saluda con afecto. La madre de Bea vive en Granada y nos ha dicho que viene para Madrid en unas horas. Le informamos que Bea está en quirófano. Aún no sabemos nada.

Nos sentamos en las sillas tan incómodas de la sala de espera y por inercia saco mi móvil. Desbloqueo la pantalla de inicio y veo una llamada perdida. Miro quién ha llamado con la esperanza de que haya sido el que fue mi adonis. Pero la desilusión se apodera de mí cuando en la imagen leo que ha sido mi padre quien ha llamado.

Me retiro al pasillo para llamarlo.

—Hola, gran jefe. Lo siento, tenía el teléfono en el bolso y no lo había escuchado —le digo a modo de disculpa y algo apenada.

—No te preocupes, hija. ¿Sabes algo de Bea? —Se le nota preocupado.

—No. De momento no sabemos nada. En cuanto sepa algo te lo comunico. Acuéstate y descansa. Por la mañana te informaré de todo. Nos vemos en la oficina. Te quiero, papá.

—Y yo a ti, cariño. Hasta mañana, hija.

Finalizo la llamada con mi padre y pasados cinco minutos aparece el celador empujando la camilla que lleva a Bea hacia la habitación, seguido por el cirujano que la ha operado.

—¿Familiares de Beatriz Cruz? —Y cuando está diciendo el apellido salimos todos corriendo para que nos informe cómo ha ido la intervención.

—Aquí, aquí. Somos nosotros —le dice Ian levantando la mano con

impaciencia.

—Hemos quitado el apéndice a Beatriz. Debe permanecer aquí cuarenta y ocho horas y después podrá volver a casa. Mañana le daremos todas las pautas a seguir para el post operatorio. Ahora solo podrá quedarse un acompañante. Los demás deberán irse a casa a descansar —nos informa el médico que la ha operado.

Les damos las gracias y mientras suben a mi amiga a la planta, Anna, Ian y yo nos organizamos para no dejarla sola mientras su madre llega.

Busco mi móvil y llamo a Carmen.

—Hola, Carmen. Bea ha salido ya de quirófano y todo ha ido como esperábamos. Te llamo para decirte que es mejor que salgas por la mañana, ya que ahora mismo está dormida y es Ian quien se va a quedar con ella esta noche. No nos dejan quedarnos a ninguno más. Es un acompañante por paciente. Duerme un poco y mañana nos vemos. La informo con tranquilidad.

—Muchas gracias, cielo. Mi hija tiene mucha suerte de contar con amigas como vosotras. No sé cómo os lo voy a agradecer.

—No digas tonterías, Carmen. Aunque si te empeñas... puedes prepararnos cuando Bea esté recuperada esos maravillosos canelones que haces tan ricos. —Siento a la mujer reír y nos despedimos mandándonos un gran beso.

Anna y yo decidimos que ahí ya no podíamos hacer nada más y nos vamos para nuestro piso. Nos despedimos de Ian y le hacemos saber que si necesita cualquier cosa que nos lo diga y en un periquete estaremos aquí de nuevo. Él asiente agradecido y desaparece por la puerta del ascensor.

Al salir a la calle voy a llamar a mi querido grano en el culo, pero no hace falta, porque ya está esperándonos en el aparcamiento de urgencias. Nos subimos al coche y llegamos por fin a casa.

Me despido de Tom desde mi puerta y él hace lo mismo en la puerta de al lado. Sí, mi querido padre le alquiló el piso de al lado la misma semana que comenzó mi infierno.

A la mañana siguiente siento como si me taladraran la cabeza. ¡Qué dolor más grande tengo! Bajo a la cocina a por una pastilla y me encuentro a Anna haciendo lo mismo.

—Vaya, veo que no soy la única que necesita un analgésico.

—Pues, no. Tengo un terrible dolor de cabeza. No he pegado ojo en toda la noche. —Se sujeta la frente con la palma de la mano.

—Pues, ya somos dos. Anda, pásame una pastilla para que se me pase lo

más pronto posible. Tengo que ir a trabajar.

—Rosa, no te preocupes por Bea. En unos días estará como nueva. Esta noche me quedaré con ella. Aunque me va a costar Dios y ayuda convencer a su madre. Le diré que vaya para nuestro ático a descansar y reponer fuerzas para poder cuidar a su hija por la mañana. A ver si así lo consigo.

—Que la suerte te acompañe. —Le suelto de golpe y las dos empezamos a reír. Sabemos que Carmen es cabezona como ella sola y no va a ser tarea fácil convencerla.

Miro la hora en el reloj de pared que tenemos colgado en la cocina y me tengo que dar bastante prisa para no llegar tarde. Me visto con uno de mis trajes de falda y chaqueta. Me maquillo un poco más de lo habitual para disimular las ojeras que llevo y me peino dejando rienda suelta a mis rizos pelirrojos. Me calzo mis tacones preferidos y me perfumo con unas gotas de mi esencia favorita. ¡Y lista!

Aviso a Tom de que ya estoy preparada para irnos a la oficina.

Al llegar a la última planta y pasar por el despacho de mi padre, me llama mucho la atención que Valentina no está en su puesto. Vaya, ya ha vuelto a las andadas otra vez. Pienso para mí. Doy unos golpecitos con los nudillos en la puerta de mi padre y me hace pasar. Me quedo petrificada al ver lo que veo. Roberto está hablando con él. Al verlo, siento cómo todo mi cuerpo se estremece y un escalofrío recorre todo mi ser. Me paro en seco.

—Buenos días, papá. No sabía que estabas ocupado. Luego hablamos. —Y sin dejar que ninguno de los dos me diga nada salgo pitando de ahí hacia mi despacho. Entro en mi lugar de trabajo y por el teléfono interno llamo a Estela para que entre y podamos hablar tranquilas, sin que cierto cuerpo de infarto nos distraiga.

Tocan a la puerta y es mi secretaria.

—Buenos días, Estela. Pasa y siéntate por favor. ¿Sabes por qué no ha venido aún Valentina? —le pregunto con bastante curiosidad.

—Ha llamado diciendo que estaba enferma y que hoy no vendría a trabajar. Pero la he notado muy nerviosa y cuando he intentado preguntarle algo más ha colgado.

—¿En serio? Eso es muy raro. Valentina nunca ha faltado a trabajar. Incluso estando enferma se ha presentado a su hora y no ha habido manera de convencerla para que se quedara en casa. Y ahora de buenas a primeras llega tarde, no viene a trabajar y cuando lo hace, se presenta con unas pintas que no

son propias de ella. Debe de estar pasándole algo. ¿No crees?

—Eso mismo he pensado yo. Es muy extraño.

—Bueno, mañana veremos qué tal está y veremos qué podemos hacer por ella. Ahora vamos a ponernos a trabajar. Muchas gracias, Estela. Eres estupenda.

—Por eso me tienes aquí contigo. —Me sonrío mientras se va hacia su mesa.

Me dispongo a retomar mis tareas cuando mi puerta vuelve a ser golpeada. Esta vez lo toques son más fuertes. Supongo que será algún cliente.

—Adelante —informo a quien quiera que esté tocando.

—Rosa, ¿puedo pasar? —me pide con cautela Roberto. Y ahí se queda plantado mientras yo no puedo dejar de mirarlo. Asiento lentamente con la cabeza. Él avanza hacia mi mesa dejando un rastro de su perfume y yo quiero morir en el momento que ese olor tan maravilloso y al que tanto echo de menos se introduce por mis fosas nasales. Sin quererlo se me ha escapado un pequeño gemido. Él sonrío, porque sabe el efecto que causa en mí desde el primer día que lo conocí.

Consigo quitar la cara de lerda que se me ha debido de poner al verlo y vuelvo a mi estado profesional, el cual había perdido hace unos instantes.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Martínez? —digo con toda mi profesionalidad.

—¿Señor Martínez? —me dice muy extrañado a la vez que enfadado—. Creí que íbamos a tutearnos, señorita Villafranca.

—Vamos a dejarnos de rollos y dime qué quieres Roberto —respondo en un tono más seco.

—Las niñas te echan de menos. Y yo también. —Me suelta así, a bocajarro. Lo miro con añoranza.

A mí me pasa lo mismo. Pero no se lo digo. Me había acostumbrado a verlos todos los días.

—¿Ellas están bien? —consigo decir con un hilo de voz—. Espero que Paula no esté llevando muy mal su cambio hormonal.

—Bueno, lo lleva lo mejor que puede.

—Si no te importa me gustaría hablar con ella en la noche. ¿O también lo tengo prohibido? —le suelto con un poquito de esa mala leche que últimamente me sale de vez en cuando.

—No seas así, Rosa. —Y antes de que vuelva a decirme nada más lo corto.

—¿Que no sea cómo? —Me levanto de mi asiento y me acerco un poco más a él para intimidarlo. Me agarra de la muñeca como solo él sabe hacer y me pega a su cuerpo diciéndome.

—Si sigues acercándote así de esa manera voy a tener que quitarte ese mal humor que tienes encima de tu mesa.

Y eso es lo que obtengo por respuesta. Me separo rápidamente como si el contacto con su piel me quemara.

—Por favor, márchate. No lo hagamos más difícil. —Las lágrimas amenazan con salir, pero consigo controlarlas.

—Siento mucho haberme puesto así el otro día. Perdí los papeles. Me importáis muchísimo y no quiero que os pase nada.

—Yo también me preocupo mucho por vosotros, pero es mejor dejar las cosas como están. No quiero que por mi culpa os veáis más implicados de lo que ya estáis. —Estiro mi brazo señalando la puerta para que salga por ella.

—Si me disculpas, tengo mucho trabajo por hacer.

—Está bien, siento mucho haberte importunado. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. —Y con la cabeza gacha sale de mi despacho.

Hecha polvo, así es cómo me he quedado al verlo salir de mi estancia y de mi vida. Hasta ahora no quería darme cuenta de cuánto lo necesito conmigo, pero eso no es posible, ya que solo pienso en proteger su vida y las de las niñas, aunque tenga que sacrificar lo que siento por él. Cuanto antes me olvide de esta relación mucho mejor para todos.

Estoy saturada y necesito despejarme un poco. Me acerco al despacho de mi padre y le digo que me voy a ir para casa. No he descansado lo suficiente y no logro concentrarme en nada. Me da su beneplácito y dándole uno de mis besos me despido de él. Con la misma sensación de angustia de hace unos días, salgo por la puerta y le hago saber a Tom que por hoy hemos terminado. Me lleva a casa y me dice que si no me importa irá a recoger a Estela a su casa antes de que llegue la noche, ya que quiere invitarla a cenar en su ático. Le digo que sí.

—Muchas gracias. No tardaré en volver. Por favor, no salgas de casa sin avisarme, ¿de acuerdo?

—Sí, pesado. Vete ya. Voy a portarme muy bien como si fuera una niña buena. —Y me cruzo de brazos a la vez que le pongo carita angelical.

—Rosa, no bromeo —me riñe un poquito.

—De acuerdo. No lo haré. —Y con una sonrisa de malote se marcha a por su querida conquista.

Entro en el salón y suelto mis cosas en el mullido sofá. Anna no ha vuelto aún del hospital y decido llamarla.

—Hola, loca —me responde en su tono habitual de júbilo.

—Hola, amiga.

—¿Qué te ocurre?

—Nada. No te preocupes. Estoy cansada. Te llamaba para preguntar por Bea.

—¡Ni me la menciones! ¡Entre su madre y ella me están volviendo tarumba!

—Al oír aquello suelto una carcajada enorme y Anna no puede hacer otra cosa que unirse a mis risas.

—¡Qué exagerada eres! No será para tanto.

—Rosa, son igualitas las dos. No sé quién es más cabezota. Pero mira, allá ellas. ¡Que se maten si quieren!

—Eso quiere decir que está mejor. Me alegro por ella.

—Espero que se recupere pronto, porque si no, voy a tener que hacer uso de tus servicios, porque seguro que mato a alguna de las dos o las dos.

—¡Ja, ja, ja! —No puedo para de reír—. Ay, Anna, tú y tus ocurrencias. Te quiero mucho, amiga. Gracias por estar siempre cuando se te necesita.

—Rosa, ¿te encuentras bien? Me estás asustando.

—No pasa nada, de verdad. Es solo que tengo mucha suerte de teneros como amigas. Nada más.

—Te voy a decir una cosita —me dice en ese tono de marimandona—: en cuanto la loca de nuestra amiga se recupere nos vamos a pegar la mayor fiesta que podamos imaginar, ¿de acuerdo?

—Me parece una idea fantástica. —Doy saltitos en medio del salón—. Anna, tengo que dejarte. Voy a prepararme algo de comer.

—No creo que sea posible que encuentres algo. Como mucho algún huevo y alguna otra cosa para hacer una ensalada. Con todo este lío del hospital y demás no hemos tenido tiempo de ir a la compra. Luego cuando salga de aquí te aviso y vamos juntas al supermercado, ¿vale?

—Vale, amiga. Quedamos en eso. Chao. —Después de haber hablado y echado unas risas con Anna busco algo comestible en la cocina y consigo hacerme una tortilla francesa y un tomate picado aliñado. Cuando termino mi succulento manjar, mi estómago me lo agradece y subo a mi habitación a descansar un rato. Me tumbo bocarriba sobre mi cama y hago el intento de dormir un poco. Pero no lo consigo. Mi mente vuela hacia Roberto. Me

levanto y me dirijo a la cómoda que hay justo enfrente de mi cama para coger mi iPod y escuchar un poco de música. Le doy al *play* y comienza a sonar la canción de Malú, *Desprevenida*. Así es como me pilló Roberto el día en que llegué a su casa y lo vi por segunda vez. ¿Qué estará haciendo en este momento? Me pregunto a mí misma. Estoy tentada a llamarlo, porque necesito escuchar su voz. Esa voz que es melodía para mis oídos. Necesito tocarlo. Sentir cómo sus labios besan los míos con pasión. Al recordarlo todo, rompo a llorar. Acaba la canción que estaba escuchando y salta la siguiente. Es *90 minutos*, de India Martínez, y eso provoca que llore aún más. Lloro con todas mis ganas. Necesito desahogarme. Este desasosiego está acabando conmigo y ya no puedo más. Cuando creo que ya me he deshidratado lo suficiente me quito los auriculares y caigo rendida en los brazos de Morfeo.

De pronto, me sobresalto y miro nerviosa la hora en mi móvil. ¡He dormido más de tres horas! Son casi las nueve de la noche. La verdad es que esta vez me ha sentado muy bien. Pego un salto hacia el cuarto de baño y al mirarme en el espejo tengo un aspecto horrible. Mis párpados están hinchados y mis ojos azules enrojecidos. Un ruido de tripas enorme hace que salga de mi estado de compasión por mí misma y decido llamar a Anna. Al primer toque me lo coge.

—Hola, loca. ¿Cuándo vienes?

—Hola, amiga. Siento no haberte llamado antes. Se me fue el santo al cielo. Sigo aún en el hospital. Al final, Carmen me ha ganado la batalla y se va a quedar esta noche con Bea. Ha bajado con Jorge a la cafetería a cenar. Aunque las enfermeras le han ofrecido traerle algo, ella se ha negado. Dice que la comida de aquí es incomible.

—¡Ja, ja, ja! —Comienzo a reír.

—Rosa, bonita. Me alegra escucharte reír. Por cierto, mi bombero me va a invitar a cenar. Pero si no quieres, le digo que lo dejamos para otro día y voy para casa.

—¡Ni loca dejaría que hicieras eso! Disfruta de tu cena. Mañana iremos a la compra. Acabo de despertarme de una larguísima siesta y ahora voy a llamar a nuestra pizzería favorita para que me traigan esa *pizza calzone* que tanto nos gusta. Me la pienso zampar entera. —Ahora es mi amiga la que se parte de risa al oír decir eso.

—¡Ja, ja, ja! Vale, pedazo de vaca. Nos vemos más tarde en casa. *I love you baby!* Y me cuelga soltando carcajadas.

Sonriendo como las bobas saco mi móvil del bolso y marco el número de

nuestra pizzería favorita. Hago el pedido y me aseguran que estará en el menor tiempo posible. Les doy las gracias y cuelgo.

Me tumbo en el sofá y enciendo la tele para que la espera se me haga un poco más corta. Pasan unos treinta minutos cuando tocan al portero. Me acerco al video portero y compruebo que es el repartidor de pizza con mi pedido. Me apresuro en abrirle y espero detrás de la puerta con el dinero en la mano hasta que llegue a nuestra planta, para no entretenerme mucho, ya que la siesta ha despertado mi apetito. Me muero de hambre.

Escucho llegar el ascensor y sin darle tiempo a que vuelva a llamar, abro la puerta y al ver salir a la persona que trae mi comida me paralizó al instante. Hago un amago de cerrar la puerta, pero mi acosador es más rápido que yo y se cuela dentro de mi casa arrastrándome con él. Comienza el principio del fin.

Capítulo trece

Traición

—Hola, zorra. ¿Me echabas de menos? —Es lo que escucho justo antes de que Sergio me arrastrara con él hacia el interior del piso.

—¡Hijo de Puta, suéltame! —gritaba con desesperación a la vez que intentaba soltarme.

—¡Cállate, puta! —volvía a decirme.

—Vas a escucharme y a obedecer atentamente, porque si no lo haces tendré que matarte antes de tiempo. Pero mi intención es divertirme un poco antes de que tu maldita alma se la lleve el diablo.

—Eres un desgraciado. —Es lo único que mi boca es capaz de decir en ese momento.

Lo siento reír con ansia y se acerca un poco más a mí. Siento asco. Mucho asco de oler su asqueroso aliento a tabaco y alcohol. Va vestido con el uniforme de repartidor de pizza y se ha dejado barba para que nadie lo reconozca.

—¿Dónde está el chico de reparto? ¿Qué has hecho con él?

—Está durmiendo una placentera siesta. Me ha costado lo mío quitarle la ropa y ponérmela. Pero dejemos de hablar de terceras personas y centrémonos en lo importante, que somos tú y yo, zorrita mía. Voy a cumplir la promesa que hice hace unos años. He estado esperando este momento desde el primer día en que pisé aquel maldito infierno por culpa de un par de putas como lo sois mi exmujer y tú. Cuando acabe contigo iré a por ella.

—Eres un completo hijo de la gran puta —e lo digo con una tranquilidad colmada de rabia a la vez. Y de repente, siento como si mi cara ardiera. Me ha pegado con la mano abierta en la cara. Me ha dado tan fuerte que he acabado en el suelo trastornada.

—Si no te callas, la próxima vez no te daré tan suave.

Al terminar de decirme eso mi móvil cobra vida y empieza a sonar. Saco fuerzas de donde no las tengo y me dirijo a cogerlo rápidamente, pero mi maltratador ya ha llegado antes que yo a por él.

—Si no contesto, pronto estarán en mi puerta y será tu final —le advierto con un hilo de voz.

—Como digas algo te mato aquí mismo, ¿entendido?

—Sí... sí. ¿Di... diga?

—¡Nena! —Oigo que me gritan. Es Anna—. Ha llamado la policía para informarnos de que han visto a ese cabrón cerca de tu calle. Por favor, no le abras la puerta a nadie. Me he pasado por el hospital después de cenar, porque me he dejado la chaqueta aquí y nuestra amiga me está entreteniéndome. Enseguida iré para casa.

Hago una breve pausa, porque no puedo hablar del miedo que tengo. Él me insta a que conteste no sin antes enseñarme el arma que llevaba escondida. Ahora me está apuntando con ella la cabeza.

—¿Rosa, estás bien? ¿Me has escuchado? —Anna se preocupa.

—Tranquila, Anna. Estoy bien. Solo que me ha impactado tu noticia. —Y al acabar de decir esto me acuerdo en ese momento de la película que vimos las tres el día que me separé de mi adonis y me aventuro a decir.

—Aquí va todo sobre ruedas.

Anna, al escucharme, no lo entendió muy bien.

—¿Estás segura?

—Anna, querida. Ya te he dicho que todo va sobre ruedas. Esta vez lo digo más acentuado y parece ser que sí lo ha pillado.

—Llama a Tom y dile que se tome la noche libre. Yo voy a salir con Roberto esta noche —miento como una bellaca—. Así que no vengas para casa. Ve a tomar algo con Jorge y disfruta. —Intento hablar lo más calmada posible, porque si Sergio nota lo más mínimo me matará sin contemplaciones.

—Está bien. Ten mucho cuidado. Pasadlo muy bien. Me alegro de que lo hayáis arreglado.

—Muchas gracias, amiga. A partir de ahora todo irá sobre ruedas. Le recalco. —Y antes de que pueda decir nada más me quita el móvil de un guantazo. Esta vez ha sido más fuerte que la primera. Me duele mucho, pero no se lo hago saber. Aguanto el dolor como puedo. No le voy a dar la satisfacción de derrumbarme tan pronto, ya que sé que me queda una gran tortura por delante. Espero que Anna pueda pedir ayuda y me rescaten antes de que este malnacido acabe con mi vida.

—Muy buena actuación, putita. Ahora, vamos a ir a por tu coche y no vas a hacer ninguna tontería —me ordena sin dejar de apuntarme con la pistola.

Salimos al rellano y subimos al ascensor. Me aprisiona contra él y me sonrío con malicia. Le gusta verme asustada. Ha empezado su juego. Pulsa el botón donde pone parking y descendemos hasta llegar a él. Mientras bajamos me da la vuelta hacia la pared y comienza a tocarme por debajo de la ropa. Intento zafarme de él, pero es una ardua tarea, ya que es un espacio muy pequeño. Al llegar, me saca del ascensor con premura y nos dirigimos hacia mi coche.

—Sube. Me indica. Y no me queda otra que obedecer. Así que lo hago sin decir nada. Voy a hacerlo por el lado del conductor, pero me frena en seco y me empuja.

—Buen intento, putita. ¡Al maletero!

Arranca mi coche y nos ponemos en marcha. Tengo ganas de vomitar, aquí dentro me falta el aire. Me ha puesto un pañuelo en los ojos y me ha atado las manos. He sentido cómo un pinchazo me atravesaba la piel. Estoy aterrorizada.

Durante el trayecto mis lágrimas salen sin permiso. Lloro todo lo que puedo para desahogarme. Me estoy acordando de mis padres, de mis hermanos y sobrinas. Me vienen imágenes de esas dos niñas tan lindas que he conocido no hace mucho y que siento como si fueran algo mío. Y también de mis amigas. Pero sobre todo me acuerdo de Roberto. Lo echo mucho de menos y quizás ya no vuelva a verlo nunca más. Siento mucho que la gente que quiero sufra por mi culpa cuando se enteren de que he sido secuestrada y que probablemente el día que nos volvamos a ver mi cuerpo se encuentre magullado y torturado en una triste caja de pino.

Tengo mucho sueño. Siento como si mi cuerpo no me perteneciera y me dejo llevar en un profundo sueño.

No sé cuánto tiempo ha pasado.

Ya hemos llegado a nuestro destino. Bueno, he llegado a mi destino final.

Siento cómo me echa en su hombro y nos adentramos en algún sitio. Supongo que es una casa, porque siento ruido de cacerolas como en una cocina. Sube conmigo a cuestras por unas escaleras y me tira sobre una cama. Me quita la venda de los ojos, pero las manos las sigo llevando atadas.

—Despierta, puta. ¡Despierta, joder! Me grita para que lo haga.

Consigo separar mis párpados y ahí está. El mayor hijo de la gran puta que puede existir. Sergio Rodríguez: maltratador y abusador de su propia familia. Y dentro de poco añadirá a su currículum la palabra «asesino».

Vuelven las ganas de vomitar y esta vez lo hago. Él me observa y disfruta con lo que ve. Está consiguiendo su objetivo: verme sufrir y pasarlo mal.

—¡Valentina! ¡Valentina! —empieza a gritar.

Se me hiela la sangre cuando veo de quién se trata. Sí, es Valentina. La maravillosa Valentina. La secretaria de mi padre que tantos años lleva trabajando con nosotros resulta que es la que ha estado dando información de todos mis pasos. Con su ayuda, Sergio sabía perfectamente dónde me encontraba en cada momento. Estela y ella son amigas. Supongo que ha estado sacándole información a mi secretaria de todos mis movimientos.

—No me grites, cabrón —le dice ella a él.

De pronto se oye un gran golpe. La ha tirado contra la pared.

—No me vuelvas a llamar cabrón o lo lamentarás. Ahora limpia eso de ahí. Nuestra querida invitada te ha dejado un regalito de agradecimiento. Y diciendo esas palabras sale por la puerta con aire triunfante. Cuando cierra la puerta me atrevo a decir.

—¡Tú! ¿Cómo has podido? Te hemos tratado como si fueras de la familia, ¿y así nos lo pagas? ¿Por qué? ¿Qué te he hecho para que me traiciones de esta manera?

—Chiss. Cállate o vendrá y te pegará de nuevo, porque veo que ya lo ha hecho. —me advierte en voz baja para que él no nos escuche.

Me quedo callada. No me apetece que ese loco me vuelva a pegar.

—Rosa —comienza diciendo—, yo no estoy aquí por propia voluntad. ¿Te acuerdas de que te dije que había conocido a un tipo y que no había dormido nada? —Claro que lo recordaba. Llegó hecha un desastre al trabajo y tuve que ayudarla a arreglarse un poco para que mi padre no la viera en ese estado—. Pues bien, el día anterior, al salir del trabajo, me dirigía hacia casa. Por el camino recibí la llamada de mi hermana Julia. Sergio estaba ahí.

—¿Julia? —le pregunto extrañada. Se me ha puesto el vello de punta.

—Sí, Julia García, exmujer de Sergio, madre de sus hijos y tu defendida.

No puede ser. «¿Valentina es hermana de Julia?», pienso para mí. Estoy bloqueada. No soy capaz de hablar, así que la dejo continuar.

—Cuando recibí la llamada me temía lo peor. Ese cabrón juró matar a mi hermana el día que la volviera a ver. Llegué a tiempo, pero no pude evitar que le pegara a ella y a los niños, que por desgracia se encontraban en casa ya. Cuando ese malnacido me vio entrar por la puerta, se volvió loco. En varias ocasiones me había propuesto que me acostara con él, pero siempre me

negaba. Hasta ese día.

Hace un pequeño silencio que, para mí, se hace eterno y prosigue con su relato. El rostro se le llena de lágrimas.

—Le propuse que si dejaba en paz a mi hermana le entregaría mi cuerpo. Pero que si no cumplía con su promesa yo misma lo mataría. Y así fue. Le dije a Julia que cogiera a sus hijos y se marchara algún tiempo de la ciudad. Mi hermana no sabe lo que he hecho. Si se llegara a enterar no se lo perdonaría jamás. Y para mí ellos son lo más importante de mi vida. Ahora ella está a salvo. Cuando saltó la noticia de que su exmarido se había escapado de la cárcel cuando se encontraba en el hospital, nos pusimos muy nerviosas. Intenté que se fuera mucho antes de que él la encontrara, pero mi esfuerzo fue en vano. Él fue más astuto y los encontró antes. Ahora están en una casa de acogida hasta que este infierno acabe.

—No... no sé qué decir, Valentina. Lo siento mucho. No puedo imaginar por el infierno que habéis pasado tú y tu familia. ¿Pero yo qué tengo que ver en todo esto?

—Tú eres la razón por la cual el acabó en la cárcel. Tú conseguiste que lo encerraran y ahora quiere hacértelo pagar.

—Un momento. ¿Te has acostado con él? —le pregunto con bastante preocupación.

—En realidad... —Empieza a titubear y sus labios comienzan a temblarle —. En realidad, él me obligó a hacerlo. Yo le dije que lo haría, pero llegado el momento me repugnaba que ese tío me tocara un solo pelo. Al negarme me cogió por la fuerza e hizo conmigo lo que le vino en gana.

—¿Me estás diciendo que te violó aquel día?

—Sí. Y eso no es todo. Estoy embarazada. Me he enterado hace poco. Él aún no lo sabe. Tampoco pienso decírselo.

No puedo más. Mis neuronas no dan para más. Mi cabeza me da vueltas y creo que voy a desmayarme. Valentina me coge con cuidado y me deposita con cuidado sobre la cama.

—¿Dónde estamos? —le pregunto por si ella sabe dónde nos encontramos.

—Estamos en la casa de verano que compartía con mi hermana cuando estaban casados. A mí también me trajo de la misma manera que a ti.

—¿Por qué nunca me dijiste que Julia era tu hermana? —le recrimino con lágrimas en los ojos.

—Porque cuando comencé a trabajar no quería que se supiese nada de mi

vida personal. Yo no sabía que tú eras la abogada de mi hermana hasta que empecé aquí. Por lo visto, él sí lo sabía. Me ha estado obligando a decirle dónde te encontrabas en cada momento. Por eso él sabía de todos tus pasos. Durante un tiempo no le dije nada, y para mí fue lo peor. Me violaba cada noche. Si yo no le decía algo con lo que acosarte me castigaba a hacerle cosas que no quisiera recordar. Tuve que decirle lo de tu viaje a Granada, porque me amenazó con matarme. O aun peor, me dijo que mataría a mi hermana y a mis sobrinos.

—Mira, Valentina, siento mucho por lo que estás pasando. Y nadie mejor que yo sabe la historia de tu hermana. ¡Pero esto que has hecho no tiene nombre, joder! Ese loco de ahí fuera ha jurado matarme después de hacerme Dios sabe qué. Y no lo voy a permitir. Así que ahora me vas a escuchar muy bien. Tienes que sacarnos de aquí como sea. A mí me tiene atada, pero tú sí que puedes moverte con facilidad por la casa. Tienes que buscar la manera de poder salir de aquí y pedir ayuda. Mi móvil lo lanzó en mi casa cuando me pegó la primera vez. Si de verdad quieres salir de aquí con vida haz lo que te digo. Mi coche está fuera. Busca las llaves e intenta escapar y encontrar auxilio.

Valentina ha dejado de llorar y se apresura a limpiar lo que he vomitado. Sale de la habitación hacia la cocina, que es donde se encuentra nuestro secuestrador. Al cabo de diez minutos vuelve con una toalla húmeda y un vaso de agua. Me la da para que me limpie y me dice.

—Espero que puedas perdonarme. Ya sé dónde tiene las llaves de tu coche. Esta noche cuando venga a traerte la cena te dejaré un cuchillo para que puedas cortarte las cuerdas. Me arriesgo mucho con esto. No obstante, procuraré que no me vea cogerlo.

Al llegar la noche Sergio hace acto de presencia en la habitación. Mi cuerpo se pone en alerta y comienza a temblar.

—No tiembles, zorrita mía. Espero que te haya gustado la sorpresa que te había preparado. Pero aún tengo más para ti.

Se me acerca mucho más y comienza a tocarme los brazos, la cara... Me acaricia el pelo y aspira mi olor.

—Me encanta cómo hueles. Me pone cachondo sentir que estás jodidamente cagada de miedo.

—Eres un puto loco. ¡No me toques, cabrón!

—No, me, llames, así —me dice separando las palabras y cogiéndome el

rostro tan fuerte que, si no me suelta, creo que me lo va a partir. Y como propina me da otro bofetón que me deja semiconsciente tumbada sobre la cama.

Al recuperar el sentido, un líquido caliente recorre por mis labios. Me toco y es sangre. Ese perturbado me ha partido el labio. Abro los ojos como puedo y reconozco la silueta de mi maltratador.

—Hola, puta durmiente. He tenido que parar, porque te me has dormido. Pero como veo que ya has despertado, voy a terminar lo que había comenzado. Valentina te traerá algo de comer. No quiero que te desmayes en plena faena. Esperaré a que termines de cenar y vendré a tomarme mi postre.

Se marcha de la habitación y es Valentina quien entra por la puerta para darme un plato de comida que ha preparado. Me insta a que coma, pero desconfío de su ofrecimiento. Me asegura que no lleva nada que pueda perjudicarme. Se acerca el tenedor a la boca y prueba un bocado para que vea que es cierto lo que me dice. Empiezo a comer y ella me ayuda con el tenedor hasta que me acabo todo. No puedo comer sola. Sigo con las manos atadas. Me ha dejado el cuchillo escondido debajo de la almohada. Le doy las gracias y se va. A los pocos minutos, Sergio regresa donde me encuentro.

—Quiero mi postre.

Capítulo catorce

Sálvese quien pueda

Al escuchar semejante frase mi mente se activa. No pienso dejar que ese perturbado me toque.

Se acerca poco a poco. Cuando llega hasta donde me encuentro se sube a la cama y comienza con su cometido.

Está muy excitado, eso me provoca aún más ganas de vomitar. Empieza a pasarme la lengua por la cara y me retuerzo de asco. Comienzo a gritar, pero eso le excita aún más.

—¡No me toques, asqueroso!

—Cuanto más chilles, mejor me lo voy a pasar.

Sigue con su tarea.

Se tira encima de mí y comienza a quitarme la ropa. Pongo todo mi empeño en moverme para que no lo logre y no paro de gritar. Valentina, al oír mis gritos, se apresura a rescatarme.

—¡Déjala, gilipollas! —Y lo empuja como puede para que se quite de encima. En un movimiento veloz consigue cortarme las cuerdas. Saca rápidamente el cuchillo que me había dejado escondido debajo de la almohada y se lo clava en el costado.

—¡Hija de la gran puta! ¡Te vas a enterar, zorra!

Mientras se quejaba y me insultaba, Valentina tira de mi brazo y logra sacarme de la habitación. Corremos como almas que llevan al diablo hacia la salida de la casa. Estamos muy asustadas.

—Valentina, dame las llaves del coche.

—Rosa, no las tengo. Han debido de caérseme cuando veníamos corriendo.

—¡No puedo creerlo, joder!

—Lo siento. No me di cuenta de que no las llevaba.

—¿Buscáis esto, zorras?

En la puerta de la entrada vemos a un Sergio sonriendo y sangrando por el lado. Está agitando las llaves en el aire.

—No vais a escapar de mí ninguna de las dos. Os atraparé y os daré vuestro

merecido —nos amenaza.

—¡Ni lo sueñes, cabrón! —le grita bien fuerte Valentina.

—¡Tú! ¡Te he dicho que no me llames así! Me las vas a pagar. —Se mete de nuevo en la casa.

—¿Estás bien, Rosa?

—Sí, sí, tranquila.

—Dime que no ha podido hacerlo, por favor. Dime que he llegado a tiempo.

—No, no ha podido hacerlo gracias a ti. Me has salvado de ese depravado.

—Vamos, corramos hasta aquella carretera. Alguien nos ayudará —me dice con un hilo de esperanza y yo la sigo sin mirar atrás.

Llegamos a una carretera solitaria. Tenemos la esperanza de que algún coche pase y nos rescate. Pasa un rato y no tenemos suerte. Empezamos a creer que por ahí no pasará nadie cuando de repente sentimos el motor de un coche. Eso hace que no perdamos la esperanza. Lo vemos avanzar y las dos agitamos nuestros brazos con fuerza para que nos vea. Valentina se pone en mitad del asfalto y el coche para de un frenazo.

—¡Por favor, ayúdenos! —ruega al conductor del vehículo. Este empieza a bajar la ventanilla y todas nuestras esperanzas se esfuman como el viento. Al ver quién está sentado hacemos el amago de salir corriendo, pero Sergio abre de golpe la puerta y golpea a Valentina en el estómago. Ella cae al suelo dolorida. Corro hacia ella para socorrerla, pero un fuerte golpe en la cabeza hace que me desplome en el asfalto.

Me despierto con un horrible dolor de cabeza. Me pongo las manos en las sienes porque así parece que el dolor mengua. Escucho golpes y voces. Son Sergio y Valentina. Él le está pegando. No puedo dejar que lo haga. Busco algo en la habitación donde me encuentro con lo que poder zurrarle. Observo a mi alrededor, abro y cierro cajones con cuidado de que no me escuche y por fin lo encuentro. En uno de los cajones de la cómoda diviso una pistola. La cojo y compruebo que esté cargada. Nunca he disparado a nadie, pero siempre hay una primera vez para todo. Salgo de la habitación tambaleándome un poco; hago un gran esfuerzo por mantener el equilibrio.

—¡Eh, cabrón! ¡Suéltala o te mato, hijo de perra! Al escucharme, nuestro acosador suelta de golpe a Valentina y se dirige hacia mí.

—No te muevas o disparo. —le advierto aparentando seguridad. Él me mira confuso a la par que divertido. Veo a Valentina acercarse por detrás con una barra de hierro para golpearlo. Sin embargo, él la escucha y en un momento de

distracción me quita la pistola y le dispara en la pierna. Le cojo la barra a la secretaria de mi padre y lo golpeo en la cabeza con tan mala suerte de que antes de que Sergio caiga rendido al suelo vuelve a apretar el gatillo. Se escucha un enorme estruendo. La pistola ha vuelto a hacer su trabajo y lo ha hecho muy bien. Siento cómo arde mi cuerpo y cómo poco a poco me va abandonado. En décimas de segundo pienso en toda la gente que quiero y en Roberto. Me gustaría mucho que estuviera aquí conmigo, en este momento, para darle un último beso.

Entre sueños oigo un gran bullicio de gente gritando y sirenas de ambulancia a lo lejos. Unos brazos fuertes me atrapan y me piden que no me vaya. Hago el intento de mantener los ojos abiertos y mi sueño se ha hecho realidad. Roberto me estrecha entre sus brazos y me dice algo, pero estoy tan débil que no logro entender lo que me dice. Le sonrío con dificultad. Ya no tengo dolor. Me besa con delicadeza en los labios. Ya no resisto más y me dejo ir. Mi cuerpo abandona todo dolor posible y reposa en los brazos de mi amor.

Capítulo quince

No me dejes solo

Roberto

Desde la última vez que la vi en su despacho e intenté acercarme a ella no he podido dejar de pensar en su cuerpo, su cara, su sonrisa, su vitalidad. Rosa en cierto modo me devolvió a la vida cuando ya parecía que el amor no volvería a llamar a mi puerta. Me siento solo, vacío. He vuelto del trabajo hace un rato y se me hace extraño no tenerla aquí, conmigo. Me ha dicho que es mejor que no estemos juntos para no perjudicarnos. No se lo perdonaría jamás. Pero la verdad, es que yo daría la vida por ella. Sí, he tenido que perderla para darme cuenta de que no puedo vivir sin Rosa y que voy a hacer todo lo posible por protegerla, aunque sea en la sombra. Tengo que recuperarla y si para eso tengo que darle tiempo, se lo daré. Le daré todo el tiempo que necesite. He sido un imbécil al no percatarme de esto antes. Cuando Sandra me escribió la carta de despedida pidiéndome que encontrara a alguien que me hiciera feliz, me negué en rotundo a aceptar que otra mujer pudiera ocupar su lugar. Me decía que debía cumplir las dos cosas que me pedía. La primera sí que la cumplí. A nuestras hijas no les falta de nada. Pero la segunda no la había cumplido hasta ahora. No es que me haya olvidado de mi mujer. Pero en Rosa he encontrado lo que ella me pedía. Sé que quiere a mis hijas como si fueran de ella. Es amable con todo el mundo y hace que me sienta el hombre más afortunado del universo. Voy a luchar con uñas y dientes para que eso sea así.

«Gracias, Sandra, por ponerla en mi camino. Estoy seguro de que tú has tenido algo que ver en todo esto», se lo digo lanzándole un beso hacia el cielo y llevándome la mano derecha al lado del corazón.

Doy un salto al escuchar cómo mi teléfono móvil me reclama. Voy en su busca, porque lo he dejado en el bolsillo de la chaqueta que hay en la silla de mi rincón de pensar. Miro la pantalla y es Tom.

—Hola, Tom, ¿qué ocurre? —le pregunto impaciente porque solo me llama cuando algo no va bien.

—Roberto, siento ser yo quien te dé esta noticia. Al parecer, Rosa está en

apuros. No se encuentra en casa y su coche tampoco está en el garaje. Han encontrado al repartidor de pizzas inconsciente y semidesnudo en el portal de casa de Rosa. Anna acaba de llamarme muy preocupada.

—¿Cómo?! —respondo muy enfadado.

—Estoy llegando al hospital. Anna se encuentra ahí todavía. Estaba en la habitación de Bea cuando sucedió todo. He llamado a Carlos para que nos oriente cómo debemos actuar. Me ha dicho que llamará a sus compañeros para que lo dejen entrar en la investigación y así poder rescatar a nuestra tocapelotas. Cogera el vuelo más próximo y nos ayudará. Te espero en quince minutos.

—Me sobran diez. Gracias.

—Nos vemos.

Cuando termino la llamada intento asimilar toda la información que mi cerebro es capaz de recordar. Rosa ha desaparecido y no sabe nadie dónde se encuentra. Seguro que ese hijo de puta la tiene retenida en algún lado. En un segundo me dispongo a salir de mi casa y doy de bruces con mi madre.

—Hijo, ¿estás bien?

—No, mamá. Acaban de llamarme para decirme que Rosa ha desaparecido y no sabemos dónde se encuentra.

—¡Ay, Dios mío! Llama a la policía —me aconsejaba mi madre llena de angustia.

—No te preocupes, Tom se está encargando de todo. Ha llamado a Carlos, el cuñado de Rosa que es policía y él lo está organizando todo desde Granada. He quedado con él para saber qué ha pasado. Te llamo luego. No les cuentes nada a las niñas. Te quiero, mamá.

—Ten cuidado, cariño. Yo también te quiero. —Y dándole un beso cariñoso me despido de mi madre.

Salgo pitando de casa, subo al coche y arranco dejando la marca de las ruedas en el asfalto como si se me fuera la vida en ello. Y la verdad es que si a ella llegara a pasarle algo no lo podría soportar. Por mi culpa está en peligro. Si no la hubiera dejado marchar de casa, ella estaría aquí conmigo y no vete a saber dónde.

—¡Gilipollas, gilipollas! —me recrimino una y otra vez dándole golpes al volante.

En menos de lo que canta un gallo llego al hospital. Subo de dos en dos las escaleras hasta la planta donde se encuentra Bea, porque no tengo la suficiente

paciencia como para esperar a que llegue el ascensor y que pare en casi todos los pisos.

—Ya estoy aquí. —Irrumpo en la habitación. Todos me miran expectantes, me da igual. Yo solo busco a Anna para que me explique todo lo que ha pasado.

—Roberto, ya se lo he dicho a la policía. Acaban de irse.

—¡Me importa una mierda lo que le hayas contado a esos incompetentes! Han dejado que ese malnacido se pueda llevar a Rosa. Así que empieza a contarme lo que sepas. Al decir esto Anna se echa de nuevo a llorar.

—Tranquilízate, Roberto. Nadie tiene la culpa de lo que ha pasado. Vamos a calmarnos. —me dice el padre de Rosa que también se encontraba ahí en ese momento y yo no me había dado cuenta.

—Lo siento, Arturo. Estoy muy nervioso y últimamente pierdo las formas muy rápido. Anna, discúlpame, por favor. ¿Estás bien? —les digo a los dos bajando la cabeza porque me siento muy avergonzado por lo que acabo de hacer.

—Está bien, muchacho. Vamos fuera para no molestar a Bea. Sentémonos y hablemos de lo sucedido. —Salimos los tres a la sala de espera y comenzamos a hablar.

—No pasa nada, Roberto. Yo estoy bien. Pero tenemos que localizar a mi amiga.

—Lo haremos, Anna. Pero para eso tienes que contarme qué ha pasado.

—Vale —me responde aún un poco compungida y comienza a relatarme lo ocurrido.

—Hace un rato me llamó Rosa para saber cuándo iría para casa. Íbamos a cenar juntas, pero unos minutos más tarde Jorge me llamó para quedar con él. La llamé para decirle que, si no le importaba cenar sola, porque yo cenaría con Jorge y que después de eso regresaría al piso. En un principio me dijo que pediría pizza y que no se movería de casa. Cuando salimos del restaurante me di cuenta de que no llevaba mi chaqueta. La olvidé aquí. Vine a por ella y ya de paso le daba las buenas noches a Bea. Así que la llamé para decirle que me encontraba aquí y también que me había enterado de que Sergio había sido visto por la zona donde vivimos. Le dije que tuviera cuidado y que pronto iría para casa. Cuando descolgó el teléfono la noté rara, nerviosa. Y le pregunté si se encontraba bien. Ella me respondió que le había impactado la noticia y que todo iba sobre ruedas. Me dijo que llamara a Tom para decirle que se tomara

la noche libre porque al final había quedado contigo para cenar, ya que lo habíais arreglado.

—No entiendo nada, Anna. ¿Por qué te dijo que llamaras tú a Tom en vez de hacerlo ella? ¿Y por qué te ha mentado sobre nosotros? Si todo iba sobre ruedas... Mi cabeza me va a explotar dentro de muy poco.

—Roberto, Rosa me estaba pidiendo ayuda. Me di cuenta en cuánto colgué el teléfono. «Todo va sobre ruedas», me dijo. Es una forma de decirme que está en peligro. Hace unos días, cuando salió de tu casa, llegó aquí hecha un mar de lágrimas y la estuvimos animando como pudimos. Pedimos comida y nos pusimos una peli policíaca donde una mujer utilizaba esa frase para indicarle a su padre que estaba en peligro. Por eso, cuando terminé la llamada, me puse en contacto con Tomás y se lo conté todo. El resto ya lo sabes.

Mientras Anna relataba todo lo sucedido mi cuerpo no podía parar de temblar. Estaba lleno de rabia e impotencia. Rosa se encontraba en peligro y fue lo bastante astuta para hacérselo saber

—¿Tenemos alguna pista de dónde se la ha podido llevar? —pregunto muy nervioso.

—No. Aún no. La policía no sabe nada. Valentina también está desaparecida —me cuenta Tom algo confuso—. Estela me ha dicho que la ha llamado varias veces para saber cómo se encontraba y que no le responde. Ha ido a su casa, preguntado a sus vecinos y lo único que le han sabido decir es que la vieron salir con un hombre en su coche y que no ha vuelto.

—¿Qué tiene que ver Valentina en todo esto? —Mientras estoy haciendo la pregunta aparece Carlos. Se le ve cansado. Pero a estas alturas ya está acostumbrado a dormir pocas horas o incluso no hacerlo. No me he dado cuenta de lo rápido que ha pasado el tiempo. Me da mucha alegría que esté aquí, ya que con él a nuestro lado podemos tener más información de la que nos están dando.

—Carlos, ¡qué alegría de verte! —Me acerco a él para darle un fuerte abrazo. Aunque en Granada no tuvimos mucho tiempo de estar juntos sé que es buena persona y me consta que a Rosa le tiene un cariño especial y por eso mismo se encuentra aquí.

—Yo también me alegro de verte, Roberto, aunque me hubiese gustado haberlo hecho en otras circunstancias. —Se gira hacia el lado donde se encuentran Anna y Arturo y los saluda. Cuando termina de hacerlo nos sienta a los tres y nos dice.

—Acabo de hablar con mis compañeros y lo que tengo que contaros no os va a gustar demasiado. Como bien sabéis, Rosa está retenida en contra de su voluntad por Sergio. Pero no lo ha hecho solo.

—Eso ya lo sabemos —digo algo molesto, porque para eso no hacía falta que se pegara tal paliza desde Granada para decirnos tal cosa. Pero eso no se lo digo para no molestarlo, ya que ha puesto mucho interés en poder ayudar.

—Déjame continuar, Roberto, por favor.

—Lo siento, continúa —me disculpo.

—Como decía, mis compañeros me han pasado información sobre Sergio. Lo condenaron a prisión por abusar de su mujer y maltratar a sus hijos. Su mujer se llama Julia García Montesinos. ¿Te suenan los apellidos, Arturo?

Observo al padre de Rosa y su cara ha cambiado de color. Ahora su rostro esta pálido.

—Sí... sí, claro que me suena. Así se apellida Valentina.

No doy crédito. «¿Lo habré escuchado bien?», pienso para mí mismo. Y me aventuro a preguntar, porque sigo sin entender nada.

—Carlos, ¿estás queriendo decir que Valentina y la mujer de ese hijo de puta son hermanas?

—Exacto —nos confirma apenado.

—¿Ella ha ayudado a Sergio? No puedo creerlo. Teníamos al enemigo en casa y no lo sabíamos. ¿Cómo no hemos sabido eso antes? —vuelvo a preguntar.

—A ella no le gustaba hablar de su vida privada en el trabajo —nos dice Arturo con un hilo de voz.

—Al parecer, Valentina comenzó a trabajar justo después de que Rosa consiguiera que lo condenaran y, de algún modo, Sergio se enteró y comenzó a tramitar un plan para su venganza. Su cuñada era una manera muy fácil de llegar hasta ella. Hemos hablado con su hermana, que en estos momentos se encuentra en una casa de acogida, y nos ha relatado todo con pelos y señales. Valentina, en cierto modo, se ha cambiado por ella, para salvar a su hermana y a sus sobrinos. Julia tuvo que hacer de tripas corazón y salir de su casa aun sabiendo que su hermana podría cometer alguna tontería por ellos. Se hizo la loca para que su Valentina no sospechara que ella sabía que se cambiaría por ella... —En ese momento Carlos recibe una llamada y nos pone a todos en alerta.

—Inspector Carlos Blanco, dígame.

—Inspector, Julia, la ex mujer del secuestrador, nos ha dado una posible dirección de dónde pueda estar con Valentina y Rosa. Al parecer, siguen teniendo una casa en la Sierra Norte de Madrid. Está retirada de las demás casas. Ahí fue donde se llevaba a su mujer para abusar de ella cada vez que le venía en gana. No tiene vecinos alrededor y nadie puede ver ni oír lo que ocurre. Es posible que aún se encuentren ahí.

—Muchas gracias por la información. Enseguida voy para comisaría y vamos al lugar indicado.

—Inspector, prepare a su familia para lo peor. No sabemos si la encontraremos ahí y si estará bien.

—De acuerdo. Así lo haré. Gracias de nuevo—.

Al finalizar la llamada Carlos nos mira y nos informa.

—Chicos, es posible que sepamos dónde se encuentran Rosa y Valentina.

—¿En serio? —pregunto impaciente. ¡Vamos para allá! —Apresuradamente, tiro del brazo de Carlos.

—Roberto, no puedo dejar que vengas conmigo. Es peligroso. No sabemos con seguridad si se las ha llevado ahí; y de ser así, no sabemos si estarán bien. Debemos prepararnos para lo peor. Siento decirlo de esta manera, pero así son las cosas.

Y nos deja de piedra con la frialdad con que lo ha dicho. En su trabajo es mejor mantener la cabeza fría y no pensar demasiado en la situación en sí, porque con la de cosas que ve todos los días se volvería loco si se para a pensar en cómo decir las cosas. En algunos casos es mejor ser directos y no dar muchas esperanzas, por si acaso el operativo de rescate no sale bien. Es muy duro hablar así y puede ser que los traten de inhumanos, pero no es fácil dar ese tipo de noticias. Aunque sé que ellos nunca pierden la esperanza de que su plan salga casi siempre como ellos esperan.

—Carlos, entiendo tu postura, pero ni tu ni nadie va a impedir que vaya donde se supone que está el amor de mi vida. Y al decir esto su padre me mira con una cara que no sabría describir. Me giro hacia él y le digo: —Sí, Arturo, al estar separado de ella me he dado cuenta de que mi vida no tiene sentido si no está a mi lado. La quiero, y haré todo lo que esté en mi mano para que vuelva a mi vida. Porque eso es lo que ella es para mí. —Vuelvo a girarme, pero esta vez es para dirigirme a Carlos—. Así que, si no quieres que te acompañe, tendrás que detenerme—.

—Veo que no me lo vas a poner fácil.

—Pues no. Y en vez de estar discutiendo si me vas a llevar o no, ya deberíamos estar andando hacia donde quiera que esté ese lugar.

—Está bien. Vendrás conmigo, pero con una condición: te mantendrás al margen y harás caso en todo lo que se te diga, ¿entendido?

—Entendido.

Salimos corriendo hacia comisaría para unirnos a los compañeros de Carlos y que nos cuenten lo que tienen planeado cuando llegemos a la casa donde se supone que las tiene retenidas.

Cuando llegamos a la puerta de jefatura, los policías encargados del caso nos estaban esperando impacientes. Nos relatan el plan que tienen preparado y nos facilitan la dirección de la casa. Nos ponemos en marcha. Un par de ambulancias sigue nuestros pasos por si fueran necesarias.

Durante el camino muevo la pierna derecha sin parar. Carlos me mira y me dice que todo saldrá bien, pero me repite que debo estar preparado para cualquier cosa. Eso me pone aún más nervioso.

—Ya hemos llegado —me indica en tono muy serio—. Quédate dentro del coche y yo te avisaré cuándo puedes salir.

Asiento con la cabeza porque se me ha secado la garganta y no puedo pronunciar palabra. A lo lejos diviso el coche de Rosa; necesito salir del coche de policía para dirigirme hacia él. Sin embargo, cuando voy a poner un pie en el suelo, Carlos tira de mi camisa y me vuelve a meter en el coche.

—¡Roberto, no me toques los cojones! ¿Dónde crees que vas? No me obligues a tener que esposarte al volante. Esto no es un juego.

—Lo siento. Su coche está ahí. —señalo con fuerza hacia el vehículo.

—Lo sé, tranquilo. Si ella está dentro, te avisaré. Lo juro.

Carlos entra bruscamente en la casa junto con sus compañeros y se encuentra a Valentina desangrándose y a Rosa con un disparo en el hombro. Sale a la velocidad de un rayo para avisar a la unidad sanitaria que nos ha acompañado hasta lugar del secuestro. Seguidamente, me hace señales con las manos para que salga del coche y lo hago lo más rápido que puedo.

Cuando entro en el habitáculo diviso a Rosa tirada en el suelo, inconsciente. Tiene un disparo cerca del corazón. Se está desangrando al igual que Valentina. Aunque me da igual el estado de esta, porque no se merece vivir después de todo el calvario que nos ha hecho pasar. Si hubiera acudido a la policía y se lo hubiese contado todo desde un principio, nos habríamos ahorrado muchos disgustos.

—¡Rosa! —grito desesperado. La tomo en mis brazos y parece ser que ella reacciona al verme. Me sonrío y de nuevo la pierdo. No reacciona. Cae rendida sobre mi cuerpo y mi alma se desvanece con ella.

—Roberto, deja que se la lleven.

—Está bien. Por favor, sálvenla. No podría volver a pasar por lo mismo otra vez. Otra vez no, por favor. —De repente me la arrebatan y se la llevan en la ambulancia. Está perdiendo mucha sangre y no responde cuando la he llamado de nuevo.

En el momento en que soy capaz de recomponerme me acuerdo del cabrón que le ha hecho eso y me aventuro a preguntar por él.

—Roberto, cuando hemos llegado Sergio no estaba. Ha huido. Pero sabemos que está herido, por lo que no irá muy lejos. Seguramente pedirá ayuda en algún sitio. No obstante, ya tenemos dado el aviso en todos los hospitales por si aparece por alguno. Lo cogeremos.

—¿Que ese malnacido se ha vuelto a escapar? ¡Pero bueno! Espero que se desangre por el camino y no toparme con él, porque yo acabaré con su sufrimiento.

—Cálmate, te lo ruego. Ahora tu sitio está al lado de Rosa. Son momentos muy duros y ella te necesita a su lado.

—Llevas razón. Avisaré a todos para decirles que la hemos encontrado. Te veo en el hospital. — Y sin más salgo pitando para el centro hospitalario donde se la han llevado.

Una vez ahí, me encuentro con todos nuestros amigos y parte de la familia de Rosa. Llamo a casa para que mi madre sepa que Rosa ha aparecido y también en el estado en que se encuentra. Estamos a la espera de que alguien nos diga algo.

Es casi de madrugada y por fin salen a informarnos.

—Familiares de Rosa Villafranca.

Como si de un tsunami se tratase todos nos abalanzamos sobre la enfermera que viene a informarnos y que a su vez viene acompañada por el médico que la ha operado.

—Señorita, somos nosotros —Acierto en decir.

—Bien, el doctor Marín les va a informar sobre el estado de la paciente. Yo los veré en la habitación quinientos veintitrés.

—Buenos días, soy el doctor Marín y he sido el cirujano encargado de operar a su...

—Mujer, ella es mi mujer. —Bueno, por lo menos lo siento así. Todos me miran extrañados, pero con una leve sonrisa en los labios. Pienso decirle todo lo que siento cuando despierte. No voy a perderla otra vez.

—Su mujer tiene un traumatismo craneoencefálico por los golpes que ha recibido. Pero lo que más nos preocupaba era el disparo que traía en el costado, cerca del corazón. No voy a andarme con tecnicismos que los médicos solemos utilizar. Para que me entiendan, Rosa ha estado a punto de dejarnos. La bala ha pasado muy cerca de la vena Aorta y eso le hubiera ocasionado la muerte. Por suerte, el disparo ha tenido un orificio de salida por el hombro y eso, en cierto modo, ha facilitado nuestro trabajo y poder salvarle la vida. En este momento se encuentra en la UCI. Ahora mismo está sedada y en un par de horas podrán entrar a verla. Deberán hacerlo de uno en uno. Ahora su marido puede entrar solamente cinco minutos.

—Muchas gracias, doctor Marín. Estamos en deuda con usted.

— No me dé las gracias. Solo hago mi trabajo. Mucho ánimo. Cualquier cosa que necesiten no duden en llamarme. Hoy tengo turno doble, así que estaré pendiente de la evolución de Rosa. Ustedes deberían de ir a tomar algo y descansar un poco. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando el médico se marcha, antes de entrar en la UCI, me giro sobre mí mismo y veo al padre de Rosa abatido por toda la situación.

—Arturo, pasa tú. Yo la veré más tarde. Es tu hija y seguramente querrás estar con ella. —El hombre me mira agradecido por el gesto que acabo de hacer y me da un fortísimo abrazo. Dándome unas silenciosas gracias sale corriendo hacia el ascensor que lo llevará hasta la puerta en la que se encuentra su hija.

Mientras tanto, todos los demás decidimos bajar a la cafetería del hospital. Carlos me dice que él prefiere quedarse en la puerta para vigilar la habitación de su cuñada. Le doy mi beneplácito y bajo con los demás.

Ya en la cafetería me encuentro con un Tom muy afligido.

—¿Qué te ocurre, Tom?

—Lo siento mucho. Debí estar más pendiente de ella. Me dijo que no se movería de casa.

—Y no lo hizo. Solo cometió el error de no avisarte de que pediría comida. Tú no sabías nada. No te mortifiques por eso.

—Gracias, pero aun así quisiera que aceptaras mi renuncia. No creo que sea

la persona más indicada para cuidar de ella.

—¿Quieres no decir más tonterías? —Escuchamos a Arturo reñir al guardaespaldas—. Tú no irás a ninguna parte. Mi hija es una tocapelotas de mucho cuidado y aunque la quiero más que a mi propia vida, esto que ha pasado ha sido por pura imprudencia de ella. Así que hazme el favor de no decir más sandeces que para eso están los tertulianos de Telecinco.

Nos quedamos inmóviles y, de pronto, empieza a reír y nos unimos a él como dos bobos. No sé qué ha pasado, pero debe ser la tensión acumulada, porque nos sentimos con fuerzas a pesar de no haber dormido y estamos preparados para todo lo que tenga que venir.

Una vez que hemos terminado nuestros cafés, nos dirigimos hacia la UCI. Estamos esperando la hora de visita para poder ver a Rosa.

Es la una del mediodía y por fin nos dejan entrar para verla. Me preparo para entrar. La enfermera me ha dado un gorro, una bata y unos patucos de plástico verde. Aquí dentro es muy importante proteger a los pacientes de posibles bacterias que puedan traer de la calle por culpa de los familiares. Cualquier infección solo complicaría las cosas. Ya he terminado de ponerme todo lo que me han dado y con ansia me dirijo hacia la parte donde se encuentra Rosa. Al entrar en su cortina, me quedo paralizado. Tiene la cara llena de golpes y el labio partido. Su hombro está vendado y tiene muchos cables y aparatos conectados alrededor de ella. Me vengo abajo al contemplarla así. Suelto unas lágrimas y una enfermera muy agradable me dice que no llore delante de ella, porque puede escucharme y eso no es bueno para su recuperación. Le pido disculpas y ella me da unas palmaditas en el hombro y me dice en voz baja que no me preocupe, que saldrá adelante. Me acerco a la cama y le cojo la mano. Quiero que sepa que estoy a su lado.

—Cariño, si me estás escuchando apriétame la mano. Estoy aquí contigo. Necesito que despiertes. Te quiero.

Pasan unos minutos y no obtengo respuesta. Supongo que es pronto para que lo haga. Aun así, lo vuelvo a intentar.

—Rosa, cariño, sé que puedes escucharme. Vamos, campeona, abre esos ojos que me vuelven loco y mírame. —Mientras le hablo no dejo de acariciarle la mano.

Al poco tiempo percibo cómo me aprieta con su delicada mano la mía.

—Muy bien, preciosa, sigue así, lo estás haciendo muy bien —digo un tono un poco más alto, lo que provoca que el médico que ha operado a Rosa se

acerque de inmediato, porque uno de los aparatos que tiene vigilando su frecuencia cardiaca ha empezado a emitir unos pitidos muy frecuentes.

—Apártese, por favor —me pide la enfermera.

—¿Qué ocurre? —pregunto muy angustiado.

—Vamos a quitarle el tubo de la garganta, Rosa está despertando.

Me aparto y me quedo observando en una esquina de la habitación sin parar de mirar cómo mi diosa va despertando poco a poco. Tose varias veces mientras le sacan el incómodo tubo de la garganta. Me emociono al ver cómo sus preciosos ojos están mirándome y su hermosa boca esboza una tímida sonrisa. Me acerco muy lentamente cuando los sanitarios me dan su consentimiento y vuelvo a cogerle la mano.

—Hola, cariño. Bienvenida a la vida. —Ella me mira extrañada.

—¿Qué... qué ha pasado? —pregunta algo aturdida por la anestesia.

—Te han disparado y has sido operada de urgencia. —Me mira asustada—. Tranquila, ya pasó todo. Por suerte la bala salió por tu hombro y no tienes de qué preocuparte. Ahora solo tienes que pensar en recuperarte.

Me mira complacida, pero con un atisbo de... ¿miedo aún? Este proceso de recuperación me temo que va a ser muy largo, pero lo vamos a pasar juntos y la voy a ayudar en todo lo que esté en mi mano. No va a pasar por esto sola. Yo estaré a su lado pase lo que pase y daré hasta el último aliento si hiciera falta. Ya no estoy solo ni lo estaré.

Capítulo dieciséis

Juntos para siempre

Rosa y Roberto

Me siento muy rara. Siento oscuridad en mi interior. Me duele todo y nada a la vez. Es raro, sí. Oigo voces y llantos. Pero hay una en concreto que me hace estremecer. Roberto me dice angustiado que no me vaya. ¿A dónde demonios no quiere que me vaya? Es todo tan... extraño. Sí, yo diría que sí. Me pide que le apriete la mano. ¿Por qué? En ese momento no sé por qué, pero hago lo que me dice. Se arma un revuelo y no entiendo nada. De pronto, una luz me deslumbra. No veo con claridad. Me asfixio. Algo me obstruye la garganta. Pero en segundos eso que me impedía respirar ya no lo hace. Me siento en gran parte liberada de esa angustia. Por fin logro adaptarme a la luz y veo lo más maravilloso que me podía encontrar. Mi adonis se encuentra frente a mí. Veo su rostro un poco demacrado. Tiene una expresión de preocupación a la vez que feliz. Me da la bienvenida y no sé a qué se refiere. Cuando me cuenta todo lo sucedido no puedo creerlo. El miedo se apodera de mí.

—¿Cómo está Valentina? —pregunto con un atisbo de voz.

Observo cómo Roberto se pone tenso y frunce el ceño.

—Valentina ha muerto. No ha tenido tu misma suerte. Se ha desangrado antes de que pudieran ayudarla —me lo dice sin un mínimo de pena.

—Estaba embarazada, ¿lo sabías? Sergio abusaba de ella. Quiso proteger a su familia y se dejó hacer todo lo que ese malnacido le ordenaba. Gracias a ella pude desatarme y clavarle el cuchillo a ese cabrón. Por favor, no quiero que nadie hable mal de ella. —La cara de Roberto es un poema.

—Lo siento, no sabía nada. Pero eso no la disculpa de todo el mal que ha hecho.

—¿Han avisado a Julia? Debe saberlo. Es su única familia. —le pregunto ansiosa por saber más cosas—. ¿Y... Sergio? ¿También ha muerto? —Roberto agacha la cabeza. Le noto preocupado.

—Contéstame: ¿ha muerto? ¿sí o no?

—Siento decirte esto, pero cuando llegamos a la casa de ese hijo de puta

había huido. No se encontraba ahí. Carlos y sus compañeros lo están buscando.

Empiezo a temblar. La cabeza me da vueltas y tengo unas ganas tremendas de vomitar. No me aguanto y lo hago. Roberto asustado llama a la enfermera para que me ayude. Cuando esta entra en la habitación me pide que salga para poder atender mejor a su paciente. Hace caso a la enfermera y sale al pasillo.

Roberto

Cuando salgo al pasillo, ahí me encuentro al padre de Rosa apoyado en una de las ventanas que dan a la calle. Tiene la mirada perdida mientras habla por teléfono. Lo ha pasado muy mal. Su secretaria, que tanto tiempo llevaba con ellos, los ha traicionado. Y ahora está muerta. Esto como poco es para escribir un libro o dos. Me acerco a él y al verme termina la conversación.

—¿Qué haces aquí fuera? —me pregunta Arturo.

—Rosa ha vomitado. Le he contado que Sergio sigue en la calle y que no sabemos nada de su paradero.

—No tenías que haberle contado nada. Bastante tiene ya con lo suyo como para que también se tenga que preocupar por ese malnacido —me reprende mi jefe. Está muy enfadado.

—Lo siento, Arturo, creí que debía saberlo. Ella me preguntó... y yo...

—Tú no pudiste hacer nada, porque la tocapelotas de mi hija te hizo un tercer grado. ¿Es así?

—Bue... bueno, algo así es lo que ha sucedido —le respondo algo avergonzado.

Arturo se acerca un poco más a mí, apoyándose en uno de mis hombros y me dice suavemente entre risas.

—Recuerda que es abogada al igual que tú, pero parece ser que esta vez te ha ganado la partida, «abogado». —Y comienza a darle rienda suelta a la carcajada que llevaba un rato aguantando y no me queda otra que unirme a él. Mientras nos descojonamos de risa, la enfermera sale de la habitación y un hombre que supongo que es el celador entra y comienza a empujar la camilla hacia el pasillo. Al verla salir, la risa se nos corta del tirón.

Rosa

—¿A dónde la llevan? —pregunta mi padre un poco hastiado por la situación.

—Me llevan a la habitación. Ya no es necesario que esté más en el apartado de la UCI. —respondo yo misma—. Mi habitación es la quinientos veintitrés. Por cierto, ya podéis seguir riendo. Por mí no os cortéis. Seguro que estabais cotilleando sobre mí como dos marujas de patio de vecinas. —Ahora soy yo la que se ríe y ellos, al verme, estallan en carcajadas.

—Pueden ir subiendo si quieren. Nosotros lo haremos por el ascensor —les dice el celador tan amable que me acompaña.

—Está bien, ahí nos vemos, preciosa —responde Roberto con voz alegre después de habernos echado unas risas. Este kit kat de júbilo nos ha venido muy bien.

Al llegar a la habitación que me han destinado, el celador empuja la camilla hasta situarme en el lado de la ventana. Es una suerte porque no hay nadie más. La paciente que ocupaba esta habitación ha sido dada de alta esta misma mañana y de momento no tendré que compartirla.

—Ya está todo listo. Ahora descansa hasta la hora del almuerzo.

Una vez que estoy en mi nueva ubicación, hacen acto de presencia mi padre y Roberto. Junto a ellos mis dos locas amigas acompañadas de Ian y Jorge.

Mis amigas, al verme, se tiran sobre mí para abrazarme. Bea lo hace con cuidado porque está recién operada. Pobre, convaleciente y todo ha venido a verme. Nos estrechamos las tres juntas entre risas y llantos y cuando creemos que ya es suficiente, Bea se aparta un poco de nosotras y se pone con los brazos en jarras.

—Que sea la primera y última vez que me quites el protagonismo, cacho perra. No sabías cómo llamar la atención y... ¿tenías que venir con un disparo? —Anna la mira con cara de no saber qué está diciendo y, cuando va a regañarle, Bea empieza a reír diciendo que era una broma.

—¡Ja, ja, ja! ¡No me puedo creer que os lo hayáis creído! Rosa, he pasado mucho miedo pensando en que te podría haber sucedido algo.

—Yo también, amiga. Dice Anna uniéndose a la conversación. Y ya que estamos hablando... Si alguna de las dos vuelve a darme otro susto parecido, juro por Dios que la que se lía a tiros soy yo, ¿entendido?

Bea y yo miramos a nuestra amiga que en ese momento parece más bien la novia de Hulk, porque se está poniendo verde del enfado que tiene. Cuando vamos a empezar a reír, atino a decir.

—Lo sentimos mucho, amiga —digo en un hilo de voz. Es verdad que la pobre se ha comido un montón de marrones en los últimos días por nuestra

culpa. Es la mejor amiga que podíamos tener.

—Anna nos mira y la vemos que sale corriendo para el baño. Pero cuando está a punto de llegar, cae redonda al suelo. Nos asustamos muchísimo y rápidamente llamamos a un médico.

El colegiado entra en la habitación junto con una enfermera y les pide a todos los que están dentro que se marchen fuera. Solo nos quedamos Anna y yo con ellos. Le toman la tensión, le hacen la prueba del azúcar y no sé cuántas cosas más. Vemos a la enfermera salir y en un minuto vuelve a entrar con un botecito para que mi amiga haga pis dentro.

—Anna, ¿cuándo fue tu última regla? —pregunta el médico que la está atendiendo. Mi amiga, al escuchar esto, palidece. Ya no está verde. Ahora está transparente. Y yo no salgo de mi asombro. Creo estar viendo una película de ficción, porque lo que no pase aquí, no pasa en ninguna parte. Solo me faltan las palomitas.

—Ve al cuarto de baño y haz un poco de pis. Te vamos a hacer una prueba de embarazo —le indica el doctor Marín.

Anna, sin rechistar, coge el bote que le da la enfermera y se dirige hacia el aseo. En un instante, sale de nuevo y el médico le indica que en unos minutos saldremos de dudas.

La enfermera hace lo propio con la orina. Al pasar esos minutos que a mí me están pareciendo horas, se dirige al médico para enseñarle la tira que ha introducido dentro del bote y este, a su vez, busca a Anna para decirle el resultado.

—Enhorabuena, vas a ser mamá.

—¡Ay, Dios mío! —grito tan fuerte que todos los que estaban fuera de la habitación irrumpen de golpe y porrazo. El médico en vez de llamarles la atención comienza a reír.

—¿Qué pasa? —pregunta muy preocupado Jorge al ver a su novia sentada en una silla; está más blanca que la pared del hospital.

—¿Es su novio? —le pregunta la enfermera.

—Sí... sí, de momento sí —dice Anna temblorosa aún por la noticia.

—¿Cómo que de momento? —Jorge está desconcertado.

—Cariño, siéntate. Porque puede ser que te caigas al suelo cuando te cuente lo que me pasa. ¿Te acuerdas de la noche en que tú y yo fuimos a cenar en aquel restaurante tan bonito de Granada a los pies de la Alhambra y cuando terminamos y nos fuimos a tu casa para tomarnos una copa y lo de después de

la copa y tú no te pusiste el...?

—Ejem, ejem. —carraspea.

—Anna, al grano, porque la que se va a desmayar soy yo como no se lo digas ya. —Todos en la habitación estamos expectantes a la conversación que tiene mi amiga con su bombero.

—Sí... sí, me acuerdo. ¡Cómo olvidarlo! Fue la noche más maravillosa de mi vida.

—Pues, vamos a tener un recuerdo para siempre de esa noche. Estoy un poquito embarazada.

Todos los que estamos escuchando, menos Jorge que se ha quedado helado, comenzamos a aplaudir emocionados. Jorge, al escuchar semejante escándalo, reacciona, coge a su chica en brazos y comienza a besarla apasionadamente como si ahí no hubiera nadie. Una vez acabado el beso, el doctor le recomienda a Anna que pida cita con su médico de cabecera para comenzar con las pruebas necesarias. Les da la enhorabuena a los futuros papás y se marcha junto con la enfermera.

—Ahora, ¿quién es la que se va a liar a tiros, eh? —Rompe en carcajadas. Se acerca hasta mi cama para abrazarme y darme un beso sonoro en la frente.

—Te quiero, amiga. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero, cacho de guarri. ¡Que te han preñado! —le respondo de cachondeo. Bea se acerca a nuestra amiga y, para rematar, comenta levantando las manos en modo de rendición.

—Vale, me rindo. Anna, nos has ganado a las dos. Ahora la protagonista eres tú. ¡Ten amigas para esto! —Las tres volvemos a abrazarnos de nuevo y a llorar. «Esto se está pareciendo cada vez más a *La casa de la Pradera*», pienso para mí. Pasado un rato, Jorge y Anna se marchan. Tienen un montón de cosas de las que hablar. Un bebé es una responsabilidad muy grande. Se despiden de mí hasta el día siguiente. Bea e Ian también se despiden de todos nosotros, al igual que nuestra amiga había hecho tan solo hacía unos instantes. Mi padre se levanta de la silla donde estaba sentado y me informa que también debe marcharse. Tiene una empresa que dirigir y unos clientes a los que atender. Le digo que Estela lo ayudará en todo. Es una secretaria ejemplar. Él asiente con la cabeza y me da un beso en la mejilla. Y ya que me tiene cerca me dice que me quiere y que mañana volverá para verme. Se despide de Roberto estrechándole la mano, momento que aprovecha para darle un fuerte

abrazo y decirle algo al oído. Pero como mi sentido auditivo es muy fino, logro enterarme de lo que le dice: —Mucha suerte, campeón. La vas a necesitar. —Y sale con una sonrisa de oreja a oreja. A los pocos segundos llaman a la puerta de nuevo. Madre mía, si sigue viniendo gente esto se parecerá al camarote de los hermanos Marx. Menos mal que no se quedan mucho rato. Me río para mí misma.

Roberto se aproxima hacia la entrada de la habitación para abrir la puerta y cuál es nuestra sorpresa al ver lo que hay en el suelo de la misma. Hay una caja estrecha, de color blanco y alargada adornada con un lazo negro. Roberto duda si cogerla o no, pero la curiosidad nos vence y le digo que la acerque hasta donde estoy y la abra. En la esquina pone mi nombre. Instintivamente sale corriendo por el pasillo y se encuentra con un niño que estaba justamente pasando por mi puerta y le pregunta si ha visto a alguien dejando la caja ahí. El niño le responde que ha sido él mismo quien la ha dejado en la puerta. Se la ha dado un señor muy extraño. Le ha indicado lo que tenía que hacer y le ha pagado cinco euros por entregarla. Roberto riñe un poco al niño y le dice que no debe fiarse de los desconocidos. El niño le pide perdón y se marcha hacia la habitación donde se encuentra su madre ingresada. El pasillo está vacío. Carlos no se encuentra ahí. Es muy raro. Ha debido de ir al baño o algo. Antes de averiguar lo que contiene la misteriosa caja decidimos llamar a mi cuñado. Al primer toque lo coge.

—Carlos, ¿dónde estás?

—Lo siento, Rosa, estoy en el baño. Por increíble que parezca, me he quedado encerrado. Aunque creo que no ha sido fortuito. He escuchado cómo entraba una persona y se marchaba justo después de trastear mi puerta. Alguien lo ha hecho adrede. Iba a llamarte justo en este momento. ¿Estás bien? ¿Está Roberto contigo? No os mováis de la habitación. Salgo enseguida. Ya hay alguien abriéndome para poder salir.

—De acuerdo, tranquilo. Me han dejado un regalito en mi puerta y no me atrevo a abrirlo si tú no estás aquí conmigo. Tengo mucho miedo.

—No te preocupes. No abras ni toques nada. Voy para allá.

A los pocos segundos Carlos aparece en mi habitación como un rayo.

—¿Dónde está la dichosa caja?

—La hemos dejado en aquella mesa —responde Roberto.

—Bien. Voy a abrirla con mucho cuidado. —Se queda en la entrada de la habitación abriéndola. Cuando le quita la tapa y ve lo que hay dentro maldice

todo lo que puede y comienza a relatar todos y cada uno de los tacos que se le vienen a la mente.

—¿Qué ocurre? —me aventuro a preguntar.

—Rosa, ese hijo de la gran puta ha estado aquí y se ha reído de nosotros en toda nuestra cara.

—Déjame ver qué contiene esa caja, por favor —le imploro.

Cuando descubro lo que tiene, me entran unas inmensas ganas de llorar, pero reacciono y no me voy a permitir echar ni una puñetera lágrima más por ese cabrón. En su interior hay una rosa seca y marchita acompañada por una rata muerta. También hay una nota que dice: «Querida putita: así te vas a ver dentro de muy poco. Muerta entre ratas. Hasta pronto, zorrita mía».

Al ver semejante majadería miro a mi cuñado que me está observando y le digo.

—Bien, pues tú dirás qué vamos a hacer.

—De momento, tú te vas a recuperar. Se me ha ocurrido un plan para poder atraparlo por fin de una vez por todas. Tienes que seguir mis indicaciones una a una como yo te diga, ¿de acuerdo? —Lo veo hacer unas llamadas y cuando cuelga me cuenta lo que ha pensado. Sale muy deprisa de la habitación no sin antes decirme que todo se va a solucionar.

Al fin nos quedamos los dos solos después de tantas emociones. Mi adonis coge una silla y se acerca todo lo que puede a mi cama. Coge mi mano derecha y me la estrecha entre las suyas, ya que en la izquierda tengo el suero puesto.

—Rosa, tenemos que hablar —me dice cabizbajo.

—Sí, tenemos que hablar —le respondo al momento.

—El día que te marchaste de casa... —Empieza diciendo. Pero en ese instante mi teléfono comienza a sonar; es mi cuñado Carlos. Quiere hablar conmigo y con Roberto del plan que ha tramado. Me lo relata al detalle.

—Rosa, quiero que le cuentes exactamente a Roberto todo lo que te acabo de contar. ¿Lo has entendido todo bien?

—Sí, perfectamente —le contesto y le cuelgo para explicarle a mi adonis lo que tenemos que hacer. Se lo explico al detalle y aunque es algo peligroso estamos seguros de que va a funcionar.

Pasa un rato y esta vez es una celadora la que viene en mi busca acompañada por un enfermero. Descuelgan el suero y me trasladan a otra habitación tapándome por completo con la sábana para que nadie pueda verme salir de ahí. Orden de la policía. Cuando la celadora se dispone a empujar la

camilla se acerca a mi oído y me dice.

—Tranquila, soy Amanda compañera de Carlos y ahora lo único que tienes que hacer es quedarte quieta como si estuvieras muerta, ¿entendido?

—Entendido.

Cuando estamos saliendo por la puerta de la habitación, otra camilla se cruza en nuestro camino y la sitúan en el lugar donde me encontraba. No veo quién está tumbado, porque estoy completamente oculta entre la tela blanca que han puesto sobre mí. Entramos en el ascensor y es ahora el enfermero el que me habla. Me destapa y me dice.

—Hola, Rosa, mi nombre es Alex y al igual que Amanda también soy compañero de Carlos. Lo tenemos todo controlado. Creemos que tu secuestrador está a punto de llegar. Una patrulla lo ha localizado y lo ha estado siguiendo todo este tiempo y por lo que hemos podido averiguar tiene planes de volver. Te vamos a poner a salvo. En cuanto lo hayamos hecho actuaremos y todo esto habrá acabado. Me vuelve a tapar y siento el timbre del elevador indicando que ya hemos llegado a nuestra planta. Me depositan ahí y, al entrar, Roberto está esperándome impaciente.

—Todo terminará pronto —me dice para tranquilizarme. Pero hasta que todo acabe yo no podré descansar.

—Me ha llamado Carlos y me ha comentado que le han tendido una trampa a Sergio. Si todo sale como esperamos pronto no tendremos que preocuparnos más por ese malnacido. Ahora intenta descansar. Ya hablaremos cuando la situación esté más calmada.

Cierro los ojos intentando mantener la calma, pero al final es un somnífero el que hace el trabajo por mí y me dejo llevar por al menos unas horas.

Mientras tanto, en la quinta planta....

Carlos

La puerta de la habitación donde se encontraba Rosa se abre poco a poco. Ella está tumbada del lado donde se halla la ventana, mirando hacia ella. De pronto...

—Hola, zorrita. He venido a por ti, como te prometí.

—Al darse la vuelta, su secuestrador se sorprende al verla. O, mejor dicho, al no verla y encontrarse con una policía que ha hecho de su doble. Ha caído en la trampa. Una de mis compañeras saca su pistola de debajo de la almohada

y le apunta. Pero Sergio se lanza sobre ella y logra quitarle el arma. Mi compañera también intenta arrebatársela, pero le da con la culata en la cabeza y la deja inconsciente. Al escuchar tal alboroto todos nosotros que esperábamos en puntos diferentes del pasillo nos acercamos rápidamente para atraparlo. Uno de ellos consigue dispararle en el costado. Pero aun así escapa de nuevo. Se dirige hacia la sexta planta. A través de la radio informo a mis compañeros hacia dónde se dirige el delincuente.

Rosa

Cuando despierto aún no ha amanecido. Roberto se encuentra a mi lado. Está dormido. Tiene su cabeza apoyada en el lateral de mi cama. Es el momento que aprovecho para tocarle el cabello y pasar mi mano sobre su cara. Tiene una barba de varios días y sentirla entre mis manos hace que me estremezca. Está guapísimo de todas las maneras que lo veo. Al sentir mi contacto se despierta sobresaltado.

—¿Qué pasa?

—Chiss... No pasa nada. Solo te observaba.

— ¿Y te gusta lo que ves?

—Me encanta.

Comenzamos a sonreír, pero algo que no es de nuestro agrado nos interrumpe. Sentimos muchos gritos y, lo que es peor aún, Disparos.

Me asusto muchísimo, porque sé que ese jaleo proviene de la planta de abajo y solo espero y deseo que lo atrapen pronto.

—¡Se escapa! ¡Se escapa! —Oímos decir a la policía.

—¡Va para la sexta planta! —No puede ser, esa es la planta donde me encuentro. Comienzo a temblar. Siento las manos de Roberto sobre mí y me insta a levantarme para esconderme en el baño. Cuando estoy dentro del aseo, Roberto aún no ha llegado a entrar conmigo cuando de un portazo abren la puerta de la habitación y encontramos a Sergio desangrándose y con una pistola en la mano. Se ha paseado de habitación por habitación sin que puedan atraparlo hasta que ha dado donde me encontraba. Se abalanza sobre Roberto y comienzan un forcejeo entre los dos. Mientras tanto, siento a mi secuestrador gritarme para que salga.

—¡Putá! ¡Sal de ahí, quiero que veas cómo revienta a tu querido abogado!

Escucho disparos desde dentro del aseo. Me decido a salir y un último

disparo hace que mi mundo se me caiga encima. Los dos hombres caen derrotados a mis pies dejando un río de sangre a mi alrededor. No se mueven. Comienzo a gritar hasta que Amanda y Alex aparecen. Se apresuran a comprobar que siguen con vida

—Amanda, llévate a Rosa de aquí. Le ordena Alex a su compañera. Amanda me mira y con una sonrisa me dice:

—En casa mando yo.

—Yo no me muevo de aquí hasta que sepa que Roberto está bien.

Me tiro literalmente sobre mi adonis y me importa una mierda mis heridas. De rodillas en el suelo compruebo su estado. Busco dónde ha podido darle el disparo y no lo encuentro. Tiene mucha sangre y no logro localizar dónde ha podido darle. De repente, lo veo sonreír.

—Me haces cosquillas. —Al escucharlo no sé si besarlo o matarlo.

—¡Gilipollas! ¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre pelear con semejante salvaje? ¿Sabes el susto que me has dado? —Al gritarle, este me mira, me zampa un beso en los labios y me enseña un chaleco antibalas que la policía le había puesto.

—Iba protegido. Tu cuñado me lo dio mientras tú subías en el ascensor.

—¿Si tú no estás herido...? —Cuando digo esto me giro sobre mis talones y veo el cuerpo sin vida de Sergio. No puedo creerlo. Ha intentado matarme hasta quedarse sin aliento. Y nunca mejor dicho. Por fin, podré volver a mi vida normal.

Cuando consigo sobreponerme al impacto, varios sanitarios del hospital acuden en nuestra ayuda seguidos de varios agentes de policía. Nos atienden y comprueban que estamos en perfecto estado. También un médico certifica la muerte de mi torturador. Nos trasladan a una habitación para que podamos descansar después del momento tan aterrador que hemos vivido. El móvil de Roberto comienza a reclamar su atención y lo descuelga rápidamente al comprobar que es su madre quien lo está llamando.

—Hola, mamá.

—¡Ay, hijo! ¿Estás bien?

—Sí, mamá, ¿por qué lo preguntas?

—En las noticias acaba de salir que ha habido un tiroteo en el hospital donde os encontráis Rosa y tú.

—Mamá, es cierto. La policía le puso una trampa al secuestrador de Rosa y ha caído en el engaño.

—¿Cómo han conseguido engañarle?

—Durante estos días la policía se ha encargado de que saliera en los medios de comunicación el estado de salud de Rosa y todos los movimientos que esta hacía por el hospital. Así se aseguraban de que Sergio se enterase y así poder ejecutar lo que él quería. Afortunadamente no ha podido salirse con la suya y ha fallecido.

Roberto le omite a Dora el hecho de cómo ha muerto Sergio. No hay que darle tantos detalles a la pobre mujer. No queremos que se preocupe más de lo que ya está. Cuelga el teléfono dejando a su madre un poco más tranquila y le promete que mañana pasará a recogerla para que pueda venir a visitarme con las niñas.

Lo miro entusiasmada porque me muero de ganas de verlas a las tres. Adoro a esas niñas y también a Dora. Me acogieron en su casa como si fuera una más de la familia y pude olvidarme por un tiempo de la pesadilla que estaba viviendo. Hasta que metí la pata y salí corriendo de esa casa. Pero eso es agua pasada ya. Ahora me apetece mucho darles un achuchón bien fuerte. Llevo muchos días sin verlas y si se han enterado de lo ocurrido estarán bastante preocupadas. Quiero que sepan que, aunque su padre y yo no estemos juntos, para mí, ellas serán siempre algo muy especial. Es verdad que estos días en el hospital mi adonis (me gusta seguir llamándolo así) y yo hemos tenido algún roce que otro de cariño. Pero aún no hemos tenido esa conversación que tenemos pendiente y, por tanto, de momento solo somos amigos y compañeros de trabajo. Aunque no puedo negar que me encantaría pasar el resto de mi vida con él. Ha puesto su vida en peligro para salvar la mía.

Cuando acabo la conversación con mi yo interior, Roberto está observándome, frotándose las manos sin parar. Está nervioso.

—¿Me vas a contar que te preocupa? —le pregunto en tono curioso.

—Es... esto... Vamos a ver, quiero hablar contigo. Antes de todo este embrollo, quería hablarte de algo y creo que ahora es el momento. Si no te lo digo ya, creo que me va a dar algo. El día que te marchaste de casa fue uno de los peores días de mi vida. La situación se me fue de las manos y la cagué. La cagué, pero bien. Eso que dicen que no te das cuenta lo que tienes hasta que lo pierdes, te puedo asegurar que es del todo cierto. Aunque en el fondo he sabido que te quería tener para siempre.

Me lo dice de corrido para que no pueda interrumpirlo.

—Quiero que sepas que, aunque parezca extraño, desde que te vi por

primera vez nunca he dejado de pensar en ti. Y cuando me enteré de tu secuestro una parte de mí quiso morir en ese momento, porque no podía protegerte e imaginar que nunca más volvería a verte me hizo entrar en un estado de locura.

—Roberto, yo...

—Por favor, déjame terminar. Lo que siento por ti es inmenso. No puedo explicarte con palabras lo que siento cuando estoy junto a ti entre tus brazos, en ese momento mágico en el que tus labios se acercan a los míos y me besan. Mi corazón comienza a latir como un loco cada vez que siento tu respiración cerca de mí. Eres un sueño hecho realidad. Solo puedo decir que te quiero.

Atontada, embobada y no sé qué adjetivos más acabados en —ada se me ocurren, pero así es cómo me siento después de esta declaración de amor en toda regla.

—Te quiero —repite.

—Un te quiero no es para tanto —respondo entre risas.

—¿Y un te amo?

—Es para siempre.

Epílogo

Dos años después...

Hoy es diecinueve de agosto y estoy atacada de los nervios. Ya estoy recuperada del todo. Tuve que asistir a unas cuantas sesiones de rehabilitación y otras sesiones de psicoterapia para poder recuperar cien por cien mi vida. Por fin ha llegado mi gran día: ¡me caso! Cuando Roberto me hizo esa declaración de amor en el hospital supe que ese hombre era el amor de mi vida y no pensaba dejarlo escapar otra vez. No. Esta vez seguiríamos juntos.

Me encuentro sumergida en mis pensamientos en la habitación que solía utilizar de soltera en casa de mi madre, en Granada. Hemos decidido casarnos en mi ciudad natal. En la ciudad de La Alhambra. Aquí hemos pasado momentos maravillosos y queríamos dejar constancia de ello. Es momento de ser feliz. Los dos nos lo merecemos. Todos nos lo merecemos. Son las diez de la mañana y ya hay un jaleo tremendo en casa. Mi madre ha dispuesto una habitación para Roberto y así pueda vestirse él y su madre. Sí, ella es muy tradicional y dice que el novio no puede ver a la novia antes del enlace. Paula y Marta están encantadas de que de nuevo forme parte de la familia, con la diferencia de que esta vez es para siempre. Me han pedido si pueden llamarme mamá. Les he dicho que por mí no hay problema, siempre y cuando su padre esté de acuerdo y con la condición de que jamás olvidarán a su madre. Roberto ha aceptado encantado la propuesta de las niñas. Así que, dentro de unas horas, tendré marido e hijas. Habré dado a luz a dos preciosas niñas y sin dolor, ¡ja, ja, ja! Me río por lo que acabo de decir. Salgo de mi habitación no sin antes echarle otro vistazo a mi maravilloso vestido de novia. Es un espectacular vestido sin tirantes con escote palabra de honor. Está realizado con tela de organza y encaje, lo que aporta un estilo elegante y romántico a la vez. Es de color blanco. Lleva un velo de cuatro metros de largo de encaje. He elegido un fantástico ramo de rosas rojas en forma de cascada. Esta flor es mi favorita. Para sorpresa de todos, mis zapatos irán a juego con la corbata de Roberto, aunque eso él no lo sabe. Va a llevar la famosa corbata que le puse el primer día que entré en su casa para cuidar a las que ahora van a ser mis hijas. ¡Qué fuerte, mis hijas! Las quiero muchísimo. Ellas serán mis damas de honor junto con mis sobrinas Claudia y Valeria.

—Ya está todo preparado —me informa mi madre—. Noelia te está esperando en el salón para peinarte y maquillarte.

—¿Y Roberto? —pregunto nerviosa porque no le he visto desde anoche.

—Se ha marchado a casa de tu padre para vestirse ahí. Hemos pensado que es mejor que lo haga ahí con su madre y así evitamos que te vea. Lo verás esta tarde cuando llegemos a la catedral.

Una vez que mi peluquera ha terminado de peinarme y maquillarme me desea toda la felicidad del mundo y se marcha para seguir atendiendo a más novias. Es la mejor peluquera del mundo. Su peluquería se encuentra situada en Maracena. Es un pueblo de Granada y toda persona que se pone en sus manos la deja espectacular, que es como me ha dejado a mí.

Me dirijo a la cocina para ver a mi madre y está espléndida al igual que mi hermana Azucena.

De repente, siento unas enormes ganas de vomitar y salgo corriendo para el baño. Mi madre no me ha visto, pero mi querida hermana que no se le escapa una; viene pitando en mi busca. Cuando termino de echar la primera papilla me dice:

—Tú estás preñada. —La miro con los ojos desencajados y comienza a reír.

—¿Y tú qué eres ahora? ¿La bruja Lola?

—¡Ja, ja, ja! —Estalla en carcajadas y me uno a ella.

—Solo hay que verte cómo comes últimamente y el arreglo del vestido que han tenido que hacer de urgencia porque habías engordado un poquito de tripa. Y no me digas que es por los nervios porque eso no se lo cree nadie. O al menos yo no. Así que me voy en un cerito coma dos a la farmacia y te traigo una prueba de embarazo y salimos de dudas. No pensarás que nos vamos a ir con esta incertidumbre y ya está. No tardo.

Y sin mediar ninguna palabra más se va más veloz que un rayo y en menos de quince minutos ya está de vuelta. No me da tiempo a pensar en que puedo llevar dentro de mí el resultado de nuestro amor, cuando la veo venir por el pasillo a toda prisa, acompañada por mis amigas que acababan de llegar a la casa. Anna trae de la mano a la pequeña Sofia. Y Bea hace su entrada con su incipiente barriga de cinco meses. Anna se casó con su bombero justo antes de que se le empezara a notar la barriga y Bea lo hará justo después de dar a luz y recuperarse un poco.

—Toma, ya sabes cómo va, ¿no? — Me da un *predictor* y me indica con el dedo hacia el baño. Me dirijo hacia el aseo y veo a tres cotillas de mucho

cuidado detrás de mí.

—Si no os importa me gustaría mear sola, ¿es posible?

—Hija de mi vida, todo lo malo se pega. Cada vez te pareces más a mí hablando —replica mi hermana—. Vale, pero no tardes. Esta angustia me está matando.

Cierro la puerta y me dispongo a abrir el paquete que me ha entregado mi hermana. Salgo de inmediato y se lo doy para que lo vean ellas. Yo no puedo mirarlo. Estoy demasiado nerviosa para hacerlo.

Mientras el test hace su trabajo, comento:

—Una rayita es negativo y dos positivo.

—Lo sabemos. —Bea me señala su barriga para indicarme que ella ya ha pasado por eso.

—Y bien, ¿qué pone? —pregunto muy excitada.

—Pues, ¡dentro de nueve meses vamos a ser tías!

—¡¿Cómo?! —decimos todas al unísono. Y es tal grito el que pegamos que mi madre nos honra con su presencia en la puerta del baño.

—¡¿Qué os pasa, manada de locas?! —

—Mamá, vas a ser abuela de nuevo —le dice mi hermana con la prueba de embarazo en la mano.

—Azucena, por Dios, ¿otra vez? —Mi hermana, mis amigas y yo no podemos aguantarnos la risa y empezamos a reír como descosidas. Mi madre frunce el ceño y está a punto de irse cuando la agarro del brazo y le digo.

—Mama, no es Azucena la que está embarazada, sino yo. —Los ojos de mi madre comienzan a inundarse de lágrimas.

—¡Ay, mi niña, qué alegría me das! Pensé que la loca de tu hermana traía el tercero. —Volvemos a reír todas juntas. Salimos del aseo y nos dirigimos hacia el jardín donde nuestra mami Pepi tenía preparado un banquete para comer y nos lanzamos a devorarlo todo. Entre risas y bromas, nos apresuramos a vestirnos para las fotos que nos va a hacer el fotógrafo en casa de mi madre y luego marcharnos a la catedral y decir por fin el ansiado «Sí, quiero».

Ya estoy preparada para marcharme hacia el altar. Llegamos cinco minutos tarde. Como marca la tradición. La novia tiene que llegar un pelín tarde al enlace. Me bajo del coche nupcial que hemos decorado para la ocasión y mi padre me está esperando en la puerta de la Iglesia. Me da un sonoro beso en la mejilla, me dice que me quiere y me ofrece su brazo para que entre con él. Comenzamos a subir las escaleras y ya están todos los invitados esperando

que entremos. Al final del pasillo diviso a mi adonis con su traje de novio en gris oscuro con camisa blanca y chaleco y corbata rojos. Lleva un pañuelo en la solapa de la chaqueta de color rojo también. Está guapísimo. Me paro un segundo en el centro del pasillo, me levanto un poco la falda de mi vestido y le enseño mis tacones haciendo juego con él. Me sonrío y mueve la cabeza de un lado a otro indicándome que no tengo remedio. Llegamos hasta el altar y me entrega a Roberto diciéndole un «cuídala». Me da otro beso y se va hacia su sitio. Mi madre está sentada a su lado y observo que se están echando unas miradas cómplices entre ellos. Quizás estén empezando a encender el fuego que se les apagó hace un tiempo. Porque donde hubo fuego siempre quedan ascuas.

Roberto me mira alucinado. Y yo lo miro a él de igual manera. Su madre está sentada a mi lado. Y posa su mano sobre la mía para indicarme todo el cariño que me tiene. Yo también se lo tengo a ella. Y da comienzo a la ceremonia.

Terminado el enlace y después de echarnos como no sé cuántos kilos de arroz y pétalos de rosas, nos dirigimos al restaurante donde lo vamos a celebrar. Cuando llegamos, los camareros nos reciben con dos copas de champán. A punto de beber, veo a mi grupo de arpías cotillas haciéndome gestos con las manos para indicarme que no lo haga. Reacciono al momento y solo me mojo los labios tras brindar con mi recién estrenado marido. Qué bien suena llamarlo así. Él me mira con cara extraña, pero lo deja pasar y nos adentramos en el salón para celebrar con todos nuestros invitados nuestro matrimonio. Una vez sentados en la mesa presidencial Roberto se acerca a mi oído y me dice:

—Ya me contarás luego en casa qué es lo que te traes entre manos con las locas de tus amigas. —Un calor infernal recorre todo mi cuerpo por su contacto. Mi marido me lo nota y continúa—. Y también me dirás por qué no te has bebido la copa.

—Te lo contaré en nuestra celebración particular que tengo planeada para cuando lleguemos a casa. —Lo veo aflojarse la corbata porque se ha puesto nervioso cuando se lo he dicho y veo que otra parte de su cuerpo también se ha puesto algo nerviosa por lo que pueda venir.

—Aunque si me insistes un poquito... —le digo en un tono provocador.

En ese momento me agarra de la muñeca y en un abrir y cerrar de ojos me encuentro encerrada con él en los baños de señoras. Me sube el vestido con

una destreza que me deja, como poco, asombrada; se baja los pantalones y me empotra contra la pared. Después, me echa un polvo de esos que quitan el sentido. No tardamos en acabar, ya que no tenemos mucho tiempo antes de que alguien pueda venir y pillarnos *in fraganti*, aunque eso también tiene su morbo.

Salimos del baño con bastante premura y nadie se ha percatado de lo que hemos hecho hace un instante, menos mis amigas que me están mirando partiéndose de la risa porque he salido algo despeinada. Les saco la lengua y les sonrío.

Ha llegado la hora del baile. Pero antes de comenzar a bailar me acerco al escenario, cojo el micrófono y comienzo a decir.

—Hola a todos. Antes de comenzar con la juerga, me gustaría deciros que mi marido y yo... —Todo el salón comienza a vitorearnos—. Como iba diciendo, mi marido y yo estamos muy felices de que nos hayáis acompañado en este día tan especial para nosotros —continúo—. Mi amor, soy la mujer más feliz del mundo a tu lado. Y por eso aquí y delante de todos nuestros invitados, quiero decirte que... —¡Vamos a ser papás!

Al escuchar mi frase, Roberto se abalanza sobre mí y me besa apasionadamente. Son nuestros familiares y amigos los que nos tienen que parar porque si me sigue besando así no respondo de mis actos.

—Por eso no querías beber alcohol, ¿verdad?

—Sí, esa era la razón. Me he enterado esta mañana y quería que todo el mundo lo supiera.

—Soy el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. —Me da un beso en los labios—. Te quiero.

—Un te quiero, no es para tanto.

—Un te amo, es para siempre.

Y con estas palabras sellamos nuestro amor.

Fin

Biografía



Ángela Martínez Camero nació el 29 de octubre de 1980, en Granada. Felizmente casada con un hombre desde 2006, quien la ha inspirado en la descripción de su protagonista, Roberto.

Estudió en el colegio de La Presentación y en el I.E.S. Fray Luis de Granada. Ha trabajado en diversos sectores de la hostelería y comercio. Le encantan las manualidades y, sobre todo, leer novelas erótico-románticas.

Tras asistir a un encuentro de romántica, en su ciudad natal, decidió escribir la historia de Rosa y Roberto. Arropada por su familia y amigos se embarcó en esta gran aventura.

Le encanta interactuar por las redes sociales y hacer comentarios en los grupos en los que se encuentra.

Es una persona muy alegre y, a veces, un poco tímida.

En estos momentos se encuentra escribiendo su segunda novela y está llena de ideas para muchas más.

Podéis ver información sobre la autora en las siguientes redes sociales:



Aquí podrás saber más sobre sus historias y sus personajes.



En Instagram podrás enterarte de las últimas novedades.



En el canal de Eve Romu podrás disfrutar del booktrailer